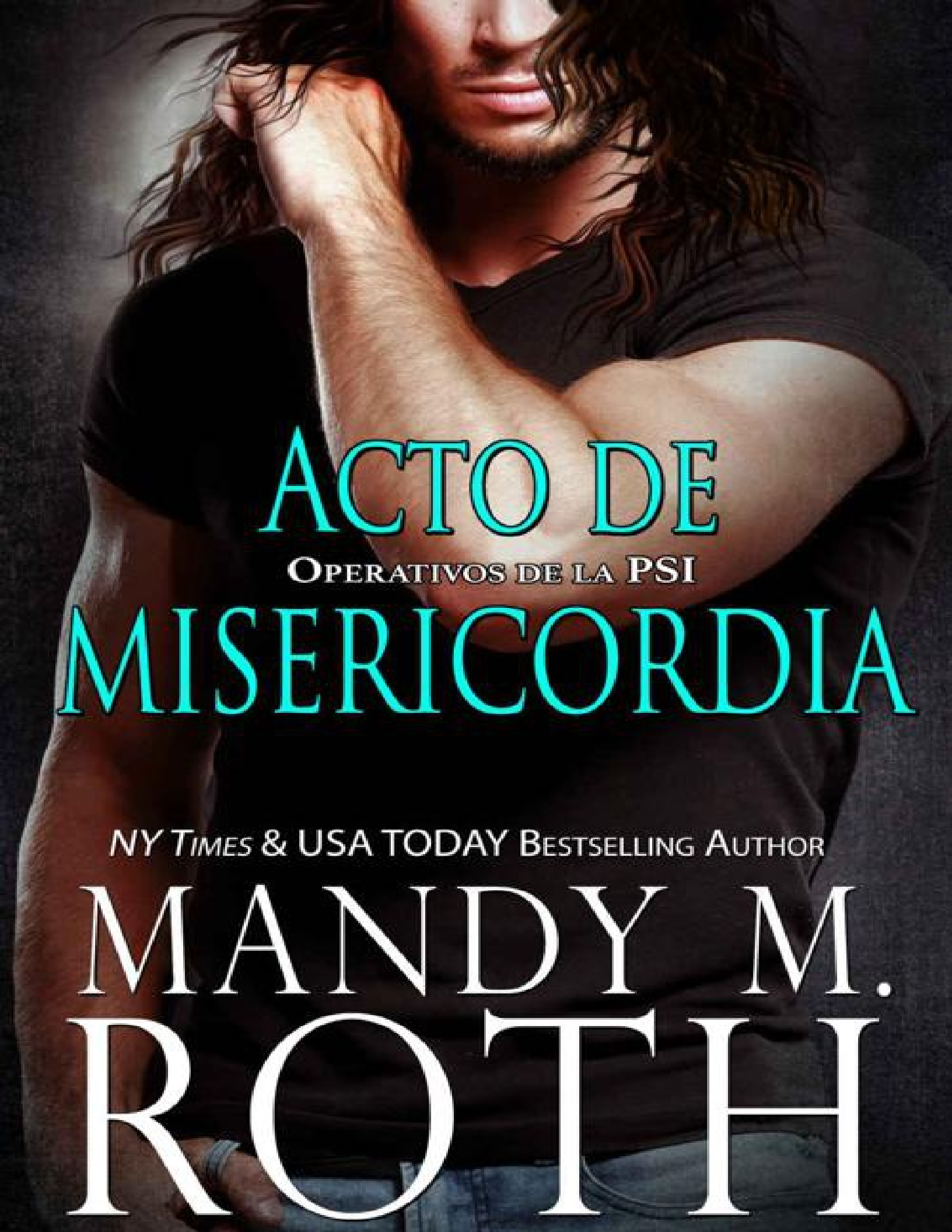

ACTO DE
OPERATIVOS DE LA PSI
MISERICORDIA
NY TIMES & USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
MANDY M.
ROTH

ACTO DE MISERICORDIA

Operativos de la PSI

Libro 1

MANDY M. ROTH

Acto de Misericordia (Operativos de la PSI) © Copyright 2014, Mandy M. Roth

Primera Impresión Electrónica, Marzo 2014, Raven Happy Hour, LLC

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

Todos los libros tienen copyright de la autora y no pueden revenderse ni regalarse sin permiso escrito de la autora, Mandy M. Roth.

Esta novela es una obra de ficción destinada exclusivamente a un público adulto. Todos y cada uno de los personajes, acontecimientos y lugares son fruto de la imaginación del autor y no deben confundirse con hechos reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o sucesos o lugares, es mera coincidencia.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Sobre el autor

Sobre el libro

Acto de Misericordia (Operativos de la PSI)
Libro Uno de la Serie Operativos de la PSI

El agente de seguridad e inteligencia paranormal Duke Marlow tiene una nueva misión: encontrar, interrogar y posiblemente eliminar al objetivo: Mercy Deluca. Sabe que las apariencias engañan, pero le cuesta creer que la bella y estrafalaria mujer que va por ahí con una camiseta de superhéroe sea una amenaza viable. La pequeña ingeniera biomédica no tarda en demostrar que es más de lo que él esperaba, e Intel se equivoca: no es el enemigo. Ni mucho menos. Intel también olvidó mencionar un dato vital: es la pareja de Duke. Y a este lobo-cambiante alfa inmortal no le hace ninguna gracia que ella esté en peligro.

Cuando Mercy aceptó un puesto en la Corporación Dynamics, pensó que era para ayudar a curar enfermedades y marcar la diferencia para la humanidad. No tenía ni idea de lo que realmente implicaba su nueva carrera: monstruos disfrazados de investigación científica. Incapaz de digerir las atrocidades que ha descubierto, pide ayuda a través de lo que espera que sean los canales adecuados. Mercy recibe más de lo que esperaba cuando un equipo de bellezas paranormales aparece en su puerta dispuesta a acabar con la Corporación. Una en particular es capaz de meterse en su piel, agravándola y excitándola de un modo que no puede explicar.

Capítulo Uno

Cuartel General de la División B de Seguridad e Inteligencia Paranormal, lugar clasificado...

DUKE MARLOW ESTIRÓ los dos dedos que utilizaba para escribir, ya que no estaba precisamente dotado para el teclado, y buscó y picoteó el último de los informes que debía entregar a su supervisor, que también era el capitán de su equipo de operaciones, varios días antes. Dada la reticencia de Duke a llevar cualquier tipo de registro, por no hablar de los que implicaban un ordenador, su supervisor se alegraría de ver los archivos con tanta rapidez. En realidad, Duke se había adelantado al menos un mes, si se tenían en cuenta sus fechas de entrega anteriores o el hecho de que, en ocasiones, nunca entregaba ningún informe. Se le había pasado por la cabeza dejar las malditas cosas reposar unas semanas más.

Eso cabrearía a Corbin, seguro.

Corbin Jones dirigía uno de los muchos Equipos Operativos de Seguridad e Inteligencia Paranormales (PSI-Op), y Duke ya sabía que era el miembro del equipo de Corbin que más se esforzaba. Llevaba la insignia con honor. ¿Qué podía decir? Después de conocerlo durante más de cien años, tenía que hacer todo lo posible para que su relación laboral siguiera siendo interesante. Además, Duke era muy rígido. No aceptaba los cambios.

Nunca lo tuve.

Además, disfrutaba metiéndose en la piel de Corbin. Corbin era un león cambiante y todo el mundo sabía que los perros y los gatos no se llevaban bien. Como cambia-lobos de pura cepa, Duke solía hacer pasarlo lo peor posible a Corbin.

Le resultó bastante fácil, y eso casi le quitó la diversión.

Casi, pero no del todo.

Y Corbin parecía un modelo rubio de ropa interior. Solo eso ya era motivo para hacerle pasar un mal rato.

El teléfono de su mesa sonó, sacándole de sus pensamientos. Suspiró. No le gustaban los teléfonos de la ISP. Demasiados botones. Demasiadas opciones. Nunca era contestar y ya está. Había personas que se encargaban de enrutar las llamadas. Sin ellos, Duke estaría totalmente perdido. Era muy tarde y sabía que aún quedaba algún grupo en algún lugar del edificio ocupándose de ese tipo de cosas. Lo que no podía entender era por qué le enviaban una llamada. Corbin le había quitado los privilegios telefónicos a Duke cuando le había dicho que se atreviera a participar en una conferencia telefónica llena de gente. Luego sugirió que le lamieran las pelotas.

A Corbin no le había hecho ninguna gracia y dijo que Duke carecía de toda etiqueta telefónica. Duke podría habérselo dicho para empezar.

Contestó al teléfono. Diablos, el Apocalipsis podría estar empezando, y Duke sospechaba que Corbin no querría que le llamaran por eso. «¿Qué?».

Se hizo el silencio al otro lado. Duke esperó una fracción de segundo y colgó el teléfono. No estaba de humor para tonterías. Si era importante, volverían a llamar.

El teléfono volvió a sonar.

«¿Qué?», prácticamente gritó al volver a contestar.

—Diga.

Una voz suave y dulce, extremadamente femenina y caliente como el infierno, hizo que se le acelerase el pulso y le sorprendiera. «Me dijeron que llamara. ¿Recibiste la información que te

envié?».

Por mucho que la voz le conmoviera, lo que decía su dueño no tenía sentido. «¿Qué?».

«¿Sabes decir algo más?», preguntó ella, sonando molesta con él. La mayoría de la gente tendía a hacerlo tras breves ráfagas.

Se puso rígido. «¿Has llamado para echarme la bronca? Striker te metió en esto, ¿no?».

«¿Striker?» Se oyó un pitido en su extremo. «No puedo hablar mucho. Me oirán».

«Mujer, lo que dices no tiene sentido». Pero, maldita sea, su voz no le estaba excitando. Casi se avergonzó de su reacción ante ella. No tenía por costumbre correrse con cualquiera. La idea del sexo telefónico le había parecido poco atractiva, pero ahora, al oír la voz de aquella mujer, estaba cambiando rápidamente de opinión.

«Necesito saber si son ellos», dijo.

«¿Quiénes? Por muy excitado que estuviera, tenía informes que hacer y la conversación no iba por el camino del sexo telefónico, así que tenía que terminar cuanto antes.

«A ellos. Al que el Sujeto de Pruebas 87P me dijo que le enviara la información», insistió.

Estupendo.

Voz sexy y loca de remate. Tuvo suerte. Colgó. El juego que Striker estaba jugando no funcionaría. Duke estaba ocupado. Demasiado ocupado, incluso para voces sexys con acertijos.

Duque giró el cuello y se pasó las manos por el pelo oscuro que le llegaba hasta los hombros, deshaciendo un pliegue mientras olfateaba el aire, y el lobo que había en él capturó el olor de la lluvia pendiente.

Muy bien.

La zona necesitaba un poco de lluvia. Sonrió, sabiendo que pronto correría libremente por ella. Bueno, en cuanto terminara ese maldito papeleo. No entendía para qué servía. No era como si la organización existiera para cualquiera que preguntara por ella… No es que nadie lo hiciera. Eran fantasmas. Operativos que nunca fueron y nunca serían, al menos, sobre el papel.

¿Para qué coño querían entonces un rastro de papel? ¿Disfrutaban redactando mierda después? Quizá los tipos que se sentaban a dibujar líneas negras sobre la información importante tenían fotos de chantaje de personas en altos cargos y amenazaban con denunciarlas si no conseguían que pasaran suficientes papeles por sus mesas.

No tenía sentido para él.

No implicó mucho a las personas que dirigían el programa de la PSI.

Parecía que no querían llevar ningún registro. Los registros demostraban muchas cosas. Los inmortales tendían a evitarlos, así como las fotografías y otros similares. Cada vez era más difícil esconderse a la vista de todos. En lo que a él respectaba, el puto internet era una maldición. No pillarías a los sobrenaturales haciéndose fotos a sí mismos y colgándolas en Internet.

La mayoría de los sobrenaturales se cuidaban mucho de reinventarse cada tantas décadas. Desviaba las sospechas. Ya había sido varias veces el único beneficiario de su propia fortuna.

A Duke le gustaba reinventarse de cara al público humano cada veinte o veinticinco años. Eso, siempre que pudiera no envejecer. Eso era difícil. La mayoría de los sobrenaturales lo mantenían durante unos quince años. Luego, se desconectaban durante otros tantos. Al principio, fue duro saber que nunca podría ver a los amigos humanos que había hecho durante la vida de ese personaje inventado. Con el tiempo, se hizo más fácil y cada vez se hacía menos amigo de humanos para evitar problemas posteriores.

La PSI le proporcionó una red de sobrenaturales en situaciones similares. En parte por eso se quedó, a pesar de los avances tecnológicos y de los estúpidos superiores. También le gustaba el bien que hacían, pero prefería que nadie se enterara.

El bienhechor no encajaba en su código varonil.

Simplemente, era más fácil juntarse con otros como él. Era joven en la PSI. Además, apenas era un cachorro. La mayoría de los miembros de la organización llevaban mucho tiempo en ella. Más tiempo del que cualquier administración había estado al mando de la Casa Blanca. Por lo que le habían contado a Duke, llevaban más tiempo del que había existido la Casa Blanca. Actuaban por encima de la ley y solo respondían ante sí mismos. Ciertas personas que ocupaban puestos de poder en el Gobierno necesitaban conocer las operaciones de la PSI.

La mayoría no necesitaba saber una mierda, así que no lo hicieron.

A Duke le gustaba así.

Los que estaban en el bucle solían ser sobrenaturales que se ocultaban ante los humanos. Duke casi se echó a reír solo de pensarlo. Había visto suficientes humanos enloquecidos a lo largo de su vida como para saber que no podían soportar la verdad. Demonios, no podían soportar muchas cosas, y mucho menos el conocimiento de la inmortalidad.

Inmortalidad.

La idea llevaría a pensar en la vida eterna. En la invencibilidad. No, no era así. Solo significaba que un inmortal era más difícil de matar y solía vivir mucho más que un mortal. Suficientes familiares y amigos habían muerto como para saber que se les podía matar.

El tiempo y el volumen no hicieron nada para disminuir las pérdidas. Y siempre parecía haber más pérdidas dispuestas a abrir las costras de las antiguas.

Odiaba a la gente que moría.

Los odiaba.

El teléfono volvió a sonar y el temperamento de Duke, ya de por sí delgado, se agotó. Cogió el auricular y se lo acercó a la oreja. —¡Qué!

«Por favor, necesito saber si sois vosotros», llegó la voz sexy como la que más.

Sus fosas nasales se encendieron. «Mujer, esta es una línea privada reservada para mierdas que no te caben en la cabeza. Deja de utilizarla para tus locuras».

«No estoy loca».

«¿Vas por ahí hablando de sujetos de prueba todo el tiempo?», preguntó. «Déjame adivinar, te raptaron unos alienígenas que te hicieron cosas traviesas».

«Lo siento, ¿qué?», respondió ella, resoplando.

—Oye, si lo que buscas es un sondeo anal, estaré encantado de ofrecerme voluntario.

«Eres un cerdo», le gritó ella.

«No, soy un lobo. Entonces, ¿eso es un sí o un no al sondeo anal?». Joder, tenía una voz ardiente, y le encantaría tenerla inclinada ante él. Su pene palpitó ante la idea.

«¡Idiota!», le gritó antes de colgarle.

Como quieras.

Miró a través del despacho principal del cuartel general de la división. Filas de escritorios negros llenaban la gran sala gris. Había un pasillo elevado que rodeaba la sala redondeada. Había varias puertas. Algunas eran despachos. Otras eran salas de interrogatorios. Otras eran salas de reuniones. El pasillo de la izquierda conducía a los aseos. En las paredes del pasillo había varios premios y otros objetos de valor, excepto el Premio al Imbécil de la Semana. Excepto el Premio al Imbécil de la Semana. Ese no era exactamente legítimo, pero igualmente se divertían otorgándolo.

Boomer Walsh era el actual ganador del premio. Llevaba dos semanas consecutivas ostentando el título. Se había emborrachado como una cuba y se había quedado dormido en una posición extraña. El resto del equipo lo había llevado al zoológico, había desbloqueado el hábitat

de las panteras y había añadido a Boomer. Se despertó con una pantera hembra intentando convencerle de que era material de apareamiento. Todo ello dio lugar a una gran foto que colgó junto a la placa del premio.

Duke también había ostentado el título de Gilipollas de la Semana unas cuantas veces a lo largo de su carrera.

La vez que había decidido provocar a toda una guarida de vampiros, cuando lo único que tenía para defenderse era un palo, le había valido el título durante dos meses consecutivos. Los equipos de limpieza tardaron más o menos ese tiempo en limpiar toda la zona de vampiros muertos. Tardó el doble en quitarse de encima el hedor a vampiro muerto. Algunos olían a podrido sin importar nada y otros retenían un olor muy poco tiempo. Siempre se lo había preguntado, pero no lo suficiente como para molestarse en preguntárselo a ninguno.

El pasillo de la derecha conducía a la enfermería. A Duke no le gustaban los hospitales ni las clínicas, por muy punteros que fueran. No le molestaban las agujas ni nada por el estilo. Era solo que había visto mucha muerte en su vida. Demasiada como para que le complaciera estar cerca de gente cercana al final. Los hospitales le producían escozor. No tanto como los aviones o cualquier cosa que volara.

Joder, odiaba volar.

Había tenido que volar más veces de las que le había importado la semana anterior, cuando le habían llamado para ayudar a un compañero PSI-Op, Eadan Daly, al que consideraba un amigo. También era la razón por la que Duke se veía obligado a mecanografiar informes.

Maldita Hada.

Eadan era joven, apenas tenía treinta años, pero, al igual que Duke, había dejado de envejecer. De algún modo, Eadan, incluso a su corta edad dentro del mundo inmortal, había conseguido encontrar el amor y la felicidad. Él y su pareja estaban juntos. Eso era lo importante. No me interesaban ni los motivos ni cómo habían llegado a estar así. Demasiada gente se metía donde no debía y se burlaba de la idea de una felicidad duradera. A Duke el asunto no le hacía ninguna gracia. Habría dado cualquier cosa por tenerla, aunque solo fuera durante unos minutos. En cambio, no le quedaba más remedio que rascarse el picor varonil con mujeres que no significaban nada para él. Sinceramente, a menudo ni se molestaba en escuchar sus nombres. No eran su pareja ni su material de pareja, así que no sentía la necesidad de apegarse a ellas.

Así era más fácil.

La mayoría de las mujeres a las que permitía calentar su cama no eran sobrenaturales, por lo que no se les permitía saber que existía algo paranormal. Nunca es bueno empezar nada serio con alguien a quien no puedes decirle la verdad. Nunca le dijo a ninguna de ellas que la quería. Demonios, ni siquiera se molestaba en decir que le gustaban. Eso estaba implícito si se las follaba. Era sincero con todas ellas: les decía con firmeza que solo estaba en ello para excitarse, nada más. Ellas querían pasar una noche con él, así que lo aceptaron. No se sentía culpable por ello.

Además, eran mortales. No podrían durar. Envejecerían y morirían. Él no, al menos durante mucho, mucho tiempo.

A menos que lo mataran. Lo cual podría ocurrir si mantenía esa actitud de diablo que mostraba en algunas cosas.

Tenía que tener mucho cuidado con los humanos. Eran cosas frágiles.

Las hembras sobrenaturales que se había llevado a la cama estaban bien para pasar el rato, pero no era con ellas con quien quería pasar la eternidad. Diablos, Duke ni siquiera estaba seguro de ser material para siempre. A pesar de lo mucho que sabía que lo deseaba. El anhelo aún

perduraba en lo más profundo de Duke. Quería lo que tenía Eadan. Lo que muchos de los Inmortales tenían: una pareja.

No ocurriría.

No a su edad. No era como si de repente apareciera de la nada después de tanto tiempo. Él no tenía esa suerte.

Si su mujer hubiera estado ahí fuera, ya la habría encontrado.

Las Operaciones Inmortales acaban de encontrar a sus compañeros, pensó para sí.

Podría ser la esperanza.

El maldito teléfono volvió a sonar. Lo descolgó, esperando que fuera la chiflada que le ponía la polla dura. «Mujer, ¿y ahora qué? ¿Te has replanteado el sondeo anal?».

La mujer hizo un ruido de fastidio. «No he avisado de ninguna abducción alienígena y no quiero que me sondees analmente. ¿Puedo hablar con alguien que no seas tú? Allí tienen a alguien que no es gilipollas, ¿no?».

Ella se lo pensó.

—No. Todos somos bastante gilipollas.

Suspiró. «Si se enteran de que te estoy llamando, me matarán».

Dejó de prestarle atención y empezó a escuchar; no es que su pene hubiera dejado de estar atento a la voz, pero la conversación se estaba poniendo seria. «Vale, más despacio. ¿Quién te matará?».

«La Corporación», dijo, haciendo una pausa que le pareció eterna. «Tengo que irme».

Colgó.

Duke trató de averiguar cómo devolver la llamada, pero ni siquiera podía conseguir una línea del edificio sin ayuda. Era así de difícil con el teléfono. La preocupación por la mujer corría por sus venas y sostuvo el teléfono en la mano hasta que empezó a pitar, indicando que la línea estaba muerta.

Esperó, con la esperanza de que ella volviera a llamar.

No lo hizo.

Su mirada se desvió hacia abajo, hacia su ingle. Seguía muy interesado en la voz de la mujer. Más de lo que debería, teniendo en cuenta que solo era una llamada…ueno, varias llamadas.

Todavía.

Tu suerte, tu compañero, llamándote de sopetón, imbécil.

Gruñó, odiando lo sentimental y emotivo que se estaba poniendo. Tendría que localizar a Jinx, una madame que dirigía burdeles paranormales clandestinos en Seattle, y ver qué tipo de chicas tenía disponibles. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que practicó sexo, y muy pronto el lobo que llevaba dentro también se lo exigiría.

Le gustaba el sexo tanto como a él.

Tal vez más.

Animal cachondo.

«Es lo que hay», refunfuñó, picoteando el teclado una vez más, con la mente ligeramente puesta en el trabajo. Habían ocurrido muchas tonterías. Más de lo normal.

Hasta hace unos meses, las divisiones PSI e I-Ops estaban muy separadas. No sabía por qué, solo que ambas partes habían guardado silencio al respecto. Todo eso había cambiado. Ahora tenían que trabajar juntos.

Y eso significaba aún más papeleo.

Maldito I-Ops.

Se centró en sus informes. Aunque estuvieran hechos, aún tenía que enviarlos por correo

electrónico. Maldita sea, odiaba los ordenadores. Todo el mundo a su alrededor los adoraba, pero a él le gustaba poner la pluma sobre el papel, no las yemas de los dedos sobre el teclado. En la oficina se quejaba mucho de su aversión a ciertas tecnologías. No era un lúdica, pero a los demás de la ISP les gustaba llamarle así.

No le gustaba la tecnología y no le gustaba volar a miles de metros sobre el nivel del mar en un trozo de metal. La gente debería protestar más. Venía de una época en la que se trabajaba con las manos y las locomotoras de vapor eran impresionantes. La gente solía hablar cara a cara. No como ahora, que todo el mundo tiene la nariz pegada al teléfono.

Echaba de menos los viejos tiempos.

Aunque siempre aparentaba tener unos treinta años, en realidad era considerablemente mayor. A esa edad se tenía reticencia a aceptar los cambios con facilidad. Además, era testarudo por naturaleza. La verdad es que la mayoría de los aparatos tecnológicos se rompían. En su opinión, era una mierda. La calidad de todo seguía bajando, pero los precios parecían subir.

Era una estafa.

Había visto muchas cosas a lo largo de su vida. Algunas buenas. Algunas no tan buenas. Y algunas francamente horribles.

Un gigante de pelo castaño y barba asomó la cabeza en la habitación. Striker McCracken estaba allí con una sonrisa que indicaba que estaba dispuesto a todo. El hombre era más musculoso y alto que Duke. Era impresionante, teniendo en cuenta lo grande que era Duke.

Striker solo era Dougal para su madre, que había sido enterrada hacía más de un siglo. Duke conocía su verdadero nombre porque había conocido a la madre de aquel hombre tiempo atrás. Había sido una mujer dulce, la mitad de grande que su hijo, y, sin embargo, había conseguido mantenerlo a raya. La muerte de esta seguía afectando mucho a Striker. Nadie había hablado nunca de ella.

«¿Ya casi has acabado?», preguntó Striker, dejando entrever rasgos del acento escocés. El acento de Striker había sido tan malo que casi nadie le entendía. Para lo que le había servido, podría haber hablado en gaélico. «Estoy seguro de que en el bar de la esquina hay cervezas con nuestros nombres. ¿Qué te parece si vamos y nos llenamos de alcohol barato?».

Con un gemido, Duke envió sus informes por correo electrónico. «Odio este puto trasto», se dijo, mientras intentaba que el ordenador se durmiera, pero este seguía despertándose al instante. Estaba maldito. O eso o le tenía manía. Una cosa o la otra.

«Dime una cosa que te guste», reflexionó Striker.

Duke esbozó una amplia sonrisa. «Las mujeres. Me gustan las mujeres».

«Que sí». Striker se acercó a Duke y le tendió el móvil.

Duke miró la pequeña pantalla e inclinó la cabeza. «¿Qué coño es eso?».

Striker sonrió.

—Una foto mía con falda escocesa.

—¿Dónde está el resto de tu ropa y por qué estás delante de un espejo? ¿Qué llevas en la mano?

Suspirando, Striker sacudió la cabeza como si tuviera que hablar con un niño. «Estoy sujetando mi teléfono para hacer la foto y a las chicas les gusta que publique fotos mías sin camiseta en mi página de perfil».

Duke se puso rígido. «¿Te has hecho una foto y la has colgado en Internet?».

«Sí».

Duke se planteó seriamente buscarse un nuevo mejor amigo. El que tenía ahora era un imbécil.

Striker se inclinó hacia él y le extendió el teléfono, sacando una foto de ambos. Duke agarró el teléfono y lo aplastó con una mano. Se hizo pedazos en el suelo.

—preguntó Striker, que parecía demasiado pegado al teléfono para el gusto de Duke.

—Piensa en lo que estás haciendo. ¿Cómo vas a explicar todo eso después, cuando tengas que reinventarte?

Striker se lamió los labios. —Voy a decirles que soy un vampiro o un viajero del tiempo. Parece que a los humanos les gusta que una de esas cosas sea verdad. Yo digo que a la mierda. Les damos lo que quieren. Son ingenuos. Creerán lo que les digamos».

Duke se quedó totalmente quieto, sabiendo que su amigo estaba en racha. «Los vampiros existen. Acabé con una guarida entera llena de ellos el mes pasado».

Striker hizo un gesto despectivo con la mano. «No del tipo podrido. Del tipo sexy. Como en las películas».

«Imbécil».

«Gracias. Me debes un teléfono».

«Corbin guarda extras en el cajón de su escritorio para cuando pierdo los nervios. Coge uno de esos». Duke señaló hacia el escritorio de Corbin y volvió a intentar apagar el ordenador. Su ordenador ganó la batalla otras cuatro veces seguidas. —¡Pedazo de mierda!

Riéndose, Striker acudió en su ayuda con un teléfono nuevo en la mano. Cogió el ratón inalámbrico de las manos de Duke. «No se apagará si golpeas el ratón. Toma. Déjame a mí».

Duke se deslizó hacia atrás en la silla y luego se levantó. Prefería estar otra vez en la guarida con los vampiros y un palo que lidiar con el pedazo de mierda de ordenador. «Quédate con el cabrón».

Striker siguió riendo. «Sabes, si te esforzaras un poco más, quizá aprenderías a que te gustara esa cosa».

Dirigiendo una dura mirada a su viejo amigo, Duke permaneció en silencio. No necesitaba decir nada. Nunca se relacionaría con su maldito ordenador. Sencillamente, no estaba en su naturaleza.

Striker echó un vistazo a la pantalla. «Espera, ¿son estos los informes sobre el incidente de Seattle?».

«Sí».

«¿Algo interesante que quieras compartir? ¿Encontramos alguna vez a la persona que te transmitió las coordenadas defectuosas de la reunión?», preguntó Striker.

Duke comprendió lo que Striker preguntaba en realidad: ¿encontraron al traidor que envió a Duke a una búsqueda inútil mientras uno de sus operativos necesitaba ayuda y refuerzos? Sacudiendo la cabeza, Duke se puso en pie, dejando que Striker tomara asiento. «No. Sabía que la voz estaba apagada, pero, Striker, el tipo tenía las claves. No reconocí la voz, pero ya sabes cómo pueden ser las interferencias en algunos de los equipos de comunicaciones y retransmisión».

Striker suspiró. «Sí, yo también me creería las órdenes si me dieran las claves correctas».

«Con eso contaban», convino Duke. «Caí en su trampa. Eadan tuvo suerte de contar con el Equipo de Operaciones Inmortales para respaldarle. Yo casi no llego a tiempo».

Striker apagó el ordenador diabólico y también se puso en pie. Tocó el hombro de Duke. «No pudiste evitarlo y, al final, llegaste a tiempo. Eadan te agradeció tu ayuda».

No había nada que Duke pudiera decir, así que decidió cambiar de tema. «Cervezas, ¿eh?»

«Baratas». Striker se rió.

«¿Os dais cuenta de que tenemos más dinero del que podríamos gastar, verdad?», preguntó

Duke. Y así era. A todos les había ido bien en lo suyo y la ISP pagaba ridículamente bien. Tenían que hacerlo.

«Cuanto más barata es la cerveza, más me siento como en casa», añadió Striker.

«¿Echas de menos los viejos tiempos?». Duke sonrió mientras caminaba hacia el vestíbulo. «Cuando ibas por ahí en falda escocesa, cantando canciones de William Wallace mientras te emborrachabas con cerveza de mierda».

Striker hizo una pausa. «¿Antiguos tiempos? Oh. Yo lo llamo los miércoles William Wallace. Es una leyenda entre los licántropos que cayó demasiado pronto. Deberíamos tener un día libre al año en su honor. Lo solicitaré. En cuanto acabe de beber esta noche».

Habiendo visto demasiadas veces a ese hombre borracho a lo largo de su larga historia como amigo, Duke sabía que estaba más cerca de la verdad que no.

—Oye, después de las cervezas, necesito correr. ¿Te apuntas?

Striker también era licántropo y a menudo corría con Duke en su forma cambiada por los bosques de las afueras del cuartel general de la PSI. Los bosques estaban repletos de ciervos y otras criaturas del bosque, algo que, a propósito, permitía a los agentes con forma humana cazar y matar. Antes de que se aseguraran de que había algo para que los hombres cazaran, estos lo hacían por su cuenta en otros lugares.

Menudo lío.

Esto, aunque sin duda no les granjearía el favor de los defensores de los derechos de los animales, era lo más seguro para todos. Mejor un ciervo que un humano desprevenido. Lamentablemente, formar parte de ese paquete era inevitable cuando se trataba de ser un cambio de forma natural, a diferencia de los humanos que eran mordidos e infectados por el virus que les hacía cambiar de forma y que sobrevivían para contarlo. Aquellos bastardos afortunados no eran esclavos de tantas cosas como los humanos. Parecía que debería haber sido al revés, pero la naturaleza tenía una forma curiosa de decir «que te jodan», aunque yo te hubiera creado.

Que un operativo se comiera a un humano cerca del cuartel general había ocurrido más de una vez en el pasado. Seguía ocurriendo. Solo que lo ocultaban mejor.

Puso la palma de la mano en el escáner de la puerta del vestíbulo. «Es raro que nos registren a la entrada y a la salida cuando somos asalariados».

Striker arrugó la cara. «Es la forma que tiene el hermano mayor de controlar cuánto enseñamos la cara aquí».

«Odio al hermano mayor», dijo Duke, sabiendo que le sacaría una carcajada a su amigo.

«Sí, yo también. Hay cervezas con nuestros nombres». Striker se balanceó sobre la punta de los pies y Duke se preguntó si aquel hombre habría empezado la fiesta sin él.

«¿Ya te has tomado unas cuantas?»

Striker levantó el pulgar y el índice. «Un poquito».

Cuando Duke se acercó, percibió el olor a whisky en el aliento de Striker. Un poquito ya se le habría pasado. Su metabolismo era así de rápido. Striker había bebido más de un trago. Probablemente, había guardado una o dos botellas.

«La humanidad ya se siente más segura», bromeó Duke. Le encantaba desahogarse. Habían trabajado un montón de horas el último mes y se habían enfrentado a un aluvión de gilipolleces en forma de tipos malos. Necesitaban relajarse y desconectar de vez en cuando para no perder los nervios cuando una situación no lo requería. «Con nosotros a cargo de su seguridad, ¿por qué no iban a hacerlo?».

«Eh, no saben que existimos. Para ellos, somos cosa de cuentos de hadas».

Duke le dirigió una mirada dura a su amigo. «No soy un hada».

«Eres demasiado feo. No te aceptarían», dijo Striker con un bufido. «No nos aceptarían ni a uno ni a otro. No somos lo bastante guapos».

«Cierto. Vamos a emborracharte más».

Striker pulsó el botón del ascensor. «En mi defensa, llevo casi cuatro horas sin trabajar, esperando a que termines tu maldito papeleo. Un maldito mono teclea más rápido que tú».

Las puertas del ascensor se abrieron y Duke entró. Striker le siguió de cerca. Duke se alegró de que quienquiera que hubiera construido esta oficina de la división hubiera tenido el cerebro de hacer un ascensor lo bastante grande y fuerte como para albergar a varios varones paranormales. Algunas de las sedes de la división estaban tan apretadas que resultaba difícil moverse por sus pasillos caminando con normalidad. En una ocasión tuvo que ponerse de lado para pasar.

«Entonces», continuó. «¿Tenemos algún hombre-mujer en plantilla? Deberíamos. Sería la hostia. Hablando de culos, ¿crees que elegirían el tuyo como lo haría un mono?».

«¿De verdad te tomas tiempo para pensar en estas cosas?», preguntó Striker, haciendo una pausa. «Creo que tal vez necesites echar un polvo, ya».

«¿Ofreciendo otra vez, gilipollas?».

Striker le empujó juguetéente. «Una vez que me probaras, nunca tendrías suficiente».

—Estoy bastante seguro de que acabo de vomitar un poco. Duke gruñó, permitiendo que su mandíbula y sus dientes cambiaran de forma y se transformaran parcialmente en la boca de un lobo.

Riendo, Striker hizo lo mismo. Él también era un lobo cambiante nato. Cambiar de forma era mucho más rápido y fácil que para los humanos, ya que nacían así. Por cada ventaja de ser un cambio de forma nato, la naturaleza consideraba oportuno añadir un «jódete». Como la sed de sangre y tener una verdadera pareja para la que las probabilidades de encontrarla eran astronómicamente pequeñas.

Sí, la Madre Naturaleza es una zorra.

Miró a Striker. La boca de Duke volvió a la normalidad. «Pareces un oso pelirrojo. Eres una vergüenza para la manada. ¿Piensas cortarte ese pelo en algún momento o afeitarte esa barba?».

«No —sacudió la cabeza, enviando su larga cabellera castaña en todas direcciones—. —Crees que soy sexy. Admítelo».

«Vete a la mierda, Scot». Duke lo empujó fuera del ascensor cuando se abrieron las puertas. No llegaron demasiado lejos antes de encontrarse frente al capitán Corbin Jones. Suspirando, Duke giró y volvió a entrar en el ascensor, manteniendo las puertas abiertas con la mano. Si el británico estaba a esas horas de la noche, solo podía significar una cosa.

Había surgido algo importante y no habría bebida aquella noche.

Striker gimió. «La cerveza llevaba nuestro nombre».

Corbin levantó una ceja rubia oscura y los siguió hasta el ascensor, con el pelo largo y rubio como la arena recogida. Duke se dio cuenta de que la mayoría de los agentes de la PSI llevaban el pelo largo. Probablemente, tenía algo que ver con su edad: eran más viejos que la mierda y procedían de épocas en las que era socialmente aceptable que los hombres llevaran el pelo largo. Bueno, eso y que a ninguno de ellos le importaba una mierda lo que la gente pensara de ellos.

«Tendrá que esperar», dijo Corbin con palabras entrecortadas y pulidas. Boomer llegará en cualquier momento —continuó el británico—. Haz una maleta. París lleva vuestros nombres», continuó el británico.

«Maldita sea, capitán», dijo Duke. «Odio volar. Y odio París».

«Esta vez estoy contigo en el carro del odio», añadió Striker. «Yo también odio París. Me han detenido allí más veces de las que puedo contar. Además, son franceses».

Corbin los miró a ambos. «¿Pasa algo con los franceses?».

Duke marcó el código para ir al nivel inferior. «No sabría por dónde empezar a responder a eso, señor».

Corbin asintió con una carcajada. «Podría añadir algo a la lista».

«Seguro que sí», dijo Duke.

«¡Espera!», gritó Miles «Boomer» Walsh mientras corría por el vestíbulo principal con la bolsa en la mano y el rifle colgado del hombro izquierdo.

—Por Dios, dime que no andabas por la calle con eso. Duke negó con la cabeza.

«No, estaba en mi maletero. No lo descargué hasta que me aparqué aquí, ya sabes, instalaciones secretas del gobierno y todo eso». Boomer tenía el pelo mojado. Cuando se secó, tenía una extraña mezcla de colores. Duke juraba que el tipo tenía piezas de color negro azulado en la mezcla. La pantera que había en él se mostraba más en forma humana que cualquier otro macho cambia forma que Duke hubiera visto en todos sus años. Los ojos de Boomer eran violetas y a menudo asustaban a la gente.

Duke no.

Conocía bien al hombre. Sabía que Boomer, aunque se había ganado su apodo por su afición a los explosivos, tenía un corazón de oro. El tipo era duro, pero daría su vida por sus compañeros de armas.

Como debe hacer un buen PSI-Operativo.

Striker se rió. «Hola, ¿cómo está tu amiga? Ya sabes, la tía buena del zoo».

«Dick», dijo Boomer, sacudiendo la cabeza.

Boomer, aunque era un cambio de forma natural, tenía un feo pasado antes de llegar a ser lo que era. Por lo poco que Duke había sabido de él a lo largo de los años, la madre de Boomer sobrevivió al ataque de una pantera cuando estaba embarazada de él. Nació como un cambio de forma, de una madre que no podía controlar sus impulsos y que odiaba en lo que se había convertido. Corbin había mencionado una vez, cuando todos bebían en exceso, que había sido él quien había sacado a Boomer de la situación cuando este apenas era un niño. Duke no estaba seguro de dónde había crecido Boomer a partir de entonces, pero sí sabía que no había sido con su madre biológica.

Boomer era mayor que Duke, pero en realidad no había envejecido más de veinte años. Duke se estabilizó alrededor de los treinta y tres años. No podía quejarse. Aunque tenía unos pleitos blancos en las sienes que habían empezado a crecerle justo antes de que su cuerpo decidiera que ya no iba a envejecer más.

A las chicas parecía gustarles, así que no le dio demasiada importancia. Y no era como si fuera a ir a una de esas peluquerías de lujo a pedir que le tiñeran el pelo.

De ninguna manera ocurriría eso.

Envejecer era un asco y él lo hacía a paso de tortuga. No podía imaginarse siendo humano.

Casi se estremece ante la idea, y no era ni de lejos tan viejo como algunos de los hombres de su equipo, los que quedaban de él. Les faltaban dos hombres de sus equipos normales de seis y se negaban rotundamente a aceptar a ninguno nuevo. Uno estaba de año sabático, forzoso, intentando aclarar sus ideas. Malik había perdido la cabeza recientemente y Corbin le había ordenado que se tomara un tiempo personal para intentar resolver lo que fuera que se le había metido en la cabeza. Duke no sabía lo que había pasado y pensó que no era asunto suyo husmear. Solo sabía que Malik, o Tut, como le apodaban, se cabrearía cuando supiera que se iban a otra misión sin él.

¿Y el otro hombre?

Llevaban años sin hacerlo.

James Hagen.

Se habían negado a aceptar a un nuevo miembro del equipo cuando uno de los suyos fue acusado de encargar que mataran a un compañero.

Duke nunca creyó los rumores. James tenía mal genio, pero todos los machos cambiaformas lo tenían y era un gran agente. Nunca haría matar voluntariamente a otro miembro. James no. El hombre había sido médico en más de una ocasión a lo largo de su larga vida de reinvención. Se tomaba en serio su juramento de salvar vidas. Nunca habría causado la muerte de un compañero operativo adrede. No era el estilo de James. Los malditos mandamases no parecían reconocerlo.

Y ahora estaba desaparecido, presuntamente muerto.

«¿Qué pasa?», preguntó Boomer a Corbin.

Duke gimió ante el intento de Boomer de sonar moderno y joven. Aunque los hombres parecían jóvenes y siempre lo serían, difícilmente eran gallinas de primavera.

Corbin pulsó el botón de parada del ascensor y luego no dijo nada durante unos segundos. «Soy James».

Duke se puso rígido. Cuando se supo la semana pasada que se habían llevado a James hacía meses, Duke supuso lo peor. Estaba seguro de que iban a decir que un hombre al que consideraba un hermano había muerto y que se había confirmado. Todos habían estado esperando este día. El día en que conocerían el destino de James. Había sido miembro de su equipo desde antes, incluso de que Duke se uniera a él. Entonces, diez años atrás, todo cambió. Habían perdido a su médico y a un amigo de confianza que era como un hermano para ellos. Todos intentaron que James volviera al redil. Se las arregló para desaparecer. Hasta hace un año. Entonces se puso en contacto con la PSI para ayudar a una joven a la que, según Inteligencia, consideraba su hija.

La chica acabó siendo la compañera de Eadan, Inara, y les contó a todos que a James se lo había llevado una furgoneta de hombres enmascarados meses atrás. No habían podido averiguar nada más sobre su paradero.

«Está retenido en un centro de pruebas de París», dijo Corbin.

Duke se detuvo y miró fijamente a Corbin, esperando más información. Ya había estado prisionero antes y había rezado cada día para que llegara su muerte. Los cambia formas, en particular, podían sufrir mucho daño físico y curarse una y otra vez, pero ¿y a nivel mental? Sabía lo que ese tipo de infierno podía hacer a la mentalidad de una persona.

«Es malo», dijo Corbin. «Las personas que lo retienen están vinculadas a todos los genios del mal genético conocidos».

Todos los hombres compartieron una mirada. Eso no era bueno. Nada bueno. Habían visto algunas de las cosas más enfermizas que ocurrían en ese tipo de lugares cuando les habían enviado a una ubicación secundaria que las Operaciones Inmortales no habían podido limpiar en Brasil. Lo que habían encontrado se les había quedado grabado.

«¿En qué estado se encuentra?», preguntó Duke, inseguro de querer oír la respuesta.

Corbin miró a Duke, y no hizo falta pronunciar palabra alguna.

Duke cerró los ojos. «Joder».

«Acabamos de recibir noticias sobre él y la información está codificada. Los analistas técnicos están trabajando tan rápido como pueden para desencriptarla, pero es sofisticada. No se parece a nada que hayamos encontrado antes. Por lo poco que hemos podido reunir, sabemos que está en una ciudad y que está en mal estado, pero tenemos muy pocos vínculos con él más allá de eso. Sí tenemos un nombre: Mercy Deluca».

«¿Enemigo?», preguntó Striker, repentinamente sobrio.

«En este momento, sí, nuestros analistas parecen pensar que sí», respondió Corbin. «Ella es nuestro objetivo. Llegamos hasta ella y la seguimos. Si no podemos encontrar a James por medios normales, utilizaremos la fuerza que sea necesaria para traerlo a casa».

Los hombres asintieron.

Boomer se puso en tensión. «Si no es algo que nuestros técnicos puedan romper, ¿cómo sabemos que la información es buena?».

«Tenían el código de James», respondió Corbin.

«¿Y el rey Tut?», preguntó Striker. «El egipcio va a querer participar en esto».

Corbin negó con la cabeza. «Malik», dijo, corrigiendo a Striker por volver a llamar Rey Tut a Malik. Era demasiado divertido no hacerlo. Malik procedía literalmente del Antiguo Egipto. El hombre era muy viejo, pero no aparentaba más de treinta años. «No debemos involucrarlo. Necesita aclarar sus ideas, o no nos servirá de nada a todos. ¿Está claro?».

«Sí», respondieron al unísono.

Capítulo Dos

París, Francia...

MERCY DELUCA AVANZÓ por el pasillo aparentemente interminable de la planta subterránea de Donavon & Danvers Dynamics Corporation (Dynamics Corp). Las luces fluorescentes parpadeaban suavemente y su zumbido sonaba más fuerte de lo debido. Eran para retroiluminar lo que pretendía parecerse a ventanas y dar una falsa sensación de dónde se estaba. Los sentidos de Mercy siempre habían sido mejores que los de los demás. Nunca la habían engañado, ni siquiera antes de saber que se trataba de una instalación subterránea.

La gente le había dicho en más de una ocasión que era muy diferente, una pensadora fuera de lo común. Su coeficiente intelectual estaba por encima de la media y eso tenía mucho que ver con la forma en que los demás la percibían y, francamente, con la forma en que ella percibía a los demás. Sus habilidades sociales también eran muy deficientes. Se había esforzado mucho por imitar a los demás mientras crecía, haciendo todo lo posible por ser una mariposa social, pero sus intentos se quedaban cortos. Por ejemplo, en su segundo año de universidad, cuando por fin la invitaron a una fiesta y decidió ir disfrazada. Había elegido una sudadera naranja y le había cosido el símbolo de Pi. Había sido una Pi Calabaza. Nadie lo entendió. Pensaban que pertenecía a una hermandad poco conocida y que elegía colores muy feos.

Ser brillante resultaba difícil.

Tal vez, si hubiera tenido más habilidades sociales, se habría dado cuenta de los trucos de la Corporación. Habría visto venir la trampa. Pero no fue así. La habían pillado por sorpresa. Cuando descubrió la verdad, ya estaba demasiado metida.

La Corporación estaba metida en algunos asuntos turbios, y solo unas pocas cosas eran legales. Estas no eran más que una tapadera de todo lo malo. No había comprendido la profundidad de su alcance ni el ámbito de sus operaciones cuando aceptó trabajar para ellos.

«Trabaja para nosotros», le habían dicho. «Ayuda a hacer del mundo un lugar mejor».

Había caído en la trampa. ¿Cómo podía saber que una empresa conocida en todo el mundo como líder en la lucha contra la enfermedad era una gigantesca tapadera de locos?

La habían agasajado, inflando su ego, insistiendo en lo brillante que era en el campo que había elegido. No le ocultaron que era una de las ingenieras biomédicas más inteligentes e innovadoras, y que su título de médico no hacía más que completar el paquete. Después de haberse enfrentado a tanta resistencia por ser tan joven mientras estaba en la universidad y luego cuando se licenció y empezó a buscar trabajo, este cambio le pareció bienvenido. Por fin, alguien reconocía su talento y veía su enorme potencial. Había deseado tan desesperadamente hacer el bien y marcar la diferencia que no vio lo que tenía ante sí. No fue hasta que la encerraron —a punto de firmar con sangre— cuando le revelaron quiénes y qué eran.

Maldad.

Hombres que se escondían tras coches lujosos, trajes caros y un falso sentido de la rectitud. Hombres que querían crear una raza superior de superhumanos. Hombres que no aprendían de las atrocidades del pasado, sino que parecían empeñados en repetirlas para su propio y retorcido beneficio.

Ahora formaba parte de su red de fechorías.

Parte de su red de fechorías.

Atrapada.

Y tenía otras personas de las que ocuparse. Todos los sujetos de prueba. Necesitaban su

ayuda. Si su vida estaba en juego, bien podía arriesgarse por algo bueno.

Y liberarlos sería bueno.

Si pudiera averiguar cómo hacerlo...

Había llamado al número que le había dado el sujeto de prueba 87P, pero el imbécil que seguía contestando al teléfono se negó a ponerla en contacto con alguien que pudiera ayudarla o, al menos, decirle si habían recibido la información que ella había enviado.

Estuvo a punto de gruñir de rabia al pensar en el imbécil que la había acusado de llamar falsas abducciones alienígenas. Como si ella hubiera llamado alguna vez a ese número.

Si un alienígena la hubiera abducido, habría tenido demasiadas preguntas como para entregada. Sencillamente, era demasiado científica para no hacerlo.

Dadas las circunstancias, seguía sin estar segura de si llegaría ayuda.

Aunque, al parecer, vendrían corriendo si ella estuviera dispuesta a someterse a un sondeo anal. Quería golpear algo, preferiblemente al imbécil que había contestado al teléfono. ¿Acaso no comprendía el peligro que corría ella y todos los demás?

¿En qué me he metido?

Sí, había sido cómplice involuntaria, pero cómplice al fin y al cabo. No podía perdonarse. Estaba demasiado metida como para decir simplemente que no y marcharse. Nadie se marchaba de la Corporación y no volvía para contarlo.

No.

Tenía que ser inteligente. Tenía que acabar con ellos. Tenía que hacer que su imperio se desmoronara. Era la única forma de garantizar la seguridad de los prisioneros secretos de la Corporación, por no hablar de la suya propia.

Mercy continuó caminando con decisión para no alertar a los guardias de que no tenía nada que hacer en la zona. Estaba muy alerta, temerosa de que la descubrieran. Había tomado todas las precauciones posibles para evitar que la descubrieran. ¿Era suficiente? No le resultaba fácil ser espía. Y el espionaje no formaba parte de sus habilidades. Al menos, no lo había sido.

«Concéntrate», susurró, regañándose a sí misma.

Había diseñado la mayoría de los escáneres biométricos y sensores utilizados para la seguridad dentro de las instalaciones. Sabía cómo manejarlos. También sabía que la mayoría de las puertas de los puestos de guardia estaban preparadas para explotar si se manipulaban en exceso. La Corporación no dudaría en derribar el edificio sobre las cabezas de todos antes que permitir que sus enemigos entraran y accedieran a sus investigaciones.

Pero había sido lista. Cuando creó los sistemas, les abrió una puerta trasera. No importaba lo que hubiera creado para la Corporación, había instalado un interruptor de corte y un punto de acceso trasero. Su conciencia se lo había exigido porque su instinto le había hecho presentir que había algo raro en la empresa casi desde el principio.

Las medidas de seguridad que había incorporado a los sistemas significaban que, en caso necesario, solo ella podría acceder a la tecnología y controlarla. Por aquel entonces, le había parecido demasiado poder entregarla a gente que acababa de conocer. Se alegró de haber tenido esa pizca de previsión.

Entrar por el camino de la puerta trasera que había creado era el último recurso. Incluso ella debería tener cuidado con las protecciones para no tropezar con nada peligroso. De momento, se limitaría a atravesar todos los puntos de control. Mantuvo la mirada al frente, sabiendo ya que había cámaras por todas partes que registraban todos sus movimientos a los hombres contratados para vigilar todo y a todos los que tuvieran algo que ver con la Corporación. Tenía una autorización alta, pero no de Nivel Uno. Como Nivel Dos, tenía casi libertad de movimiento por

las instalaciones, pero la vigilaban constantemente. Debía mostrar su identificación al entrar en el edificio y luego en cada puesto de guardia entre este y el nivel inferior.

En cada planta había guardias armados. Ya había pasado varios controles, esforzándose por mantener una fachada uniforme. Había llegado demasiado lejos para que lo atraparan.

Cuanto más bajaba, más armados estaban los guardias. En ese momento, se encontraba a once niveles bajo tierra. Todo lo que estaba por debajo del nivel del vestíbulo no aparecía en los registros a disposición del público. Las zonas inferiores sencillamente no existían. Al menos, no para nadie que no estuviera al corriente.

Y ella lo sabía.

Era un miembro de confianza del personal. Odiaba todo lo que representaba la Corporación, las mentiras que perpetuaban ante el público, siendo en realidad unos enfermos hijos de puta.

Había pasado la mayor parte del año trabajando para ellos, recopilando pruebas contra ellos. El problema era que Mercy no tenía ni idea de adónde ir con esa información. Ciertos políticos estaban en el bolsillo de la corporación. Eran tan poderosos que algunos gobiernos los respaldaban plenamente, sabiendo lo que hacían. Estaba perdida hasta que conoció al Sujeto de Prueba 87P. Él le había proporcionado un canal a través del cual pedir ayuda, y ella lo había aceptado.

Un escalofrío le recorrió la espalda al imaginar que la atraparan.

«Tranquila», se susurró a sí misma. «Puedes hacerlo».

Con una sonrisa en la cara, se acercó al guardia que estaba al fondo del pasillo. Gaspard era, con diferencia, el guardia más simpático del centro. A menudo sonreía y charlaba con ella. Lo habría considerado un aliado, pero había visto cómo torturaba a los sujetos de prueba con sus otros compañeros de guardia. También era cruel con los animales de experimentación de las instalaciones. Sujetos de prueba y animales de experimentación que Mercy esperaba liberar, al igual que a los sujetos de prueba humanos.

Aunque este guardia no había sido el cabecilla, había participado. Ella siempre recordaba de lo que era capaz, a pesar de su cálida sonrisa. Le mostró su placa.

Gaspard frunció los labios. «Doctor Deluca, eso es una tarjeta de fidelidad», dijo con un fuerte acento francés en su inglés. Se lamió los labios, como si hiciera lo posible por no reírse.

—Para una cafetería —dijo.

Nerviosa, hojeó su bata de laboratorio y gimió. ¿Cómo había podido olvidarse la placa? La tenía cuando entró en el vestíbulo principal. Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que los demás guardias la habían dejado pasar sin más al entrar en el edificio. Era conocida en toda la Corporación.

El teléfono de la mesa de Gaspard emitió un pitido. Él levantó una mano y le indicó que esperara un momento. Cada músculo de su cuerpo se tensó.

Era eso.

La habían pillado.

Ella lo sabía.

Habló en francés más rápido de lo que ella podía entenderle y luego colgó el teléfono. Le sonrió y dijo: «Tu placa está en el mostrador de enfrente. Intenta recordarlo la próxima vez, ¿vale?».

«Sí», consiguió decir con las palmas de las manos sudorosas.

«Al menos esta vez llevas los zapatos a juego», dijo sacudiendo la cabeza y murmurando algo sobre el olvido típico de los médicos, sobre todo de los americanos. Ella tendía a ser despistada, pero eso solo se debía a que su mente siempre estaba llena de otros pensamientos. El

otro día, al llegar al trabajo, descubrió que llevaba dos zapatillas distintas, de la misma marca pero de distinto color. Esas cosas le ocurrían a menudo. Se había acostumbrado.

Al parecer, también el guardia. Le hizo señas para que pasara.

Una vez dentro de la pequeña zona de detención, Mercy se dirigió a la unidad de escáner de retina. Permaneció inmóvil con los ojos abiertos mientras un láser rojo los escaneaba. Los segundos le parecieron minutos mientras hacía todo lo posible por no temblar ni sudar. No podía avisarles. Había diseñado los escáneres para detectar la angustia. Eran mucho más avanzados que los que se utilizaban en todo el mundo. Solo podía culparse a sí misma si la descubrían. Su propia tecnología se volvería contra ella.

Tenía que hacerlo.

De ella dependían vidas.

Mantén la calma.

Apareció una luz roja, seguida de un fuerte pitido.

Se puso tensa. La máquina la había rechazado. Su propia maldita máquina la había rechazado.

Gaspard se inclinó hacia él. —Tranquilo, doctor. Sé que estabas preocupado por tu placa. La han encontrado. Tranquilízate».

Hizo todo lo que él le ordenaba, aunque en el fondo no estaba nerviosa por la placa. Aunque apenas estaba nerviosa por la placa. Más bien le preocupaba que la descubrieran como traidora y la ejecutaran, pero si él necesitaba pensar que su ansiedad se debía a que se le había olvidado la placa, bien.

Esta vez, el escáner funcionó. La gran puerta emitió un pitido y se encendió una luz verde. Las enormes puertas metálicas se abrieron. Mercy tuvo que luchar contra sí misma para no atravesarlas corriendo. Con pasos lentos y deliberados, entró en el laboratorio. Sus botas de tacón hasta la rodilla resonaron en el duro suelo, anunciando su presencia. Dos científicos la miraron. El primero la insultó en francés. Nunca le había importado demasiado.

El sentimiento era mutuo.

Era el mejor amigo del doctor Bertrand, al que ella odiaba.

Los odiaba a todos.

Eran demonios vestidos con batas de laboratorio.

Sin embargo, Bertrand era peor que la mayoría.

Aun así, era una médica e ingeniera biomédica de confianza y era vital para lo que estaban haciendo. Ellos lo sabían. Continuó como si tuviera que revisar sus proyectos actuales. No tenía que hacerlo hasta dentro de dos días. Era su próxima revisión de mantenimiento de los equipos del bloque de celdas. Para entonces, podría ser demasiado tarde. El sujeto de pruebas 87P podría estar ya muerto. No podía permitirlo. No si podía salvarlo.

O al menos intentarlo.

Había fallado a otros.

Esta vez no fallaría.

Tras varios controles de seguridad más, por fin llegó al bloque de celdas principal, donde se encontraba la preciada colección. Estos eran los sujetos de prueba de gran valor para la investigación, pero de escaso valor real por sus vidas. Incluso muertos, sus cuerpos podían estudiarse y diseccionarse. Cada celda estaba diseñada para albergar distintos tipos de sujetos de prueba.

No sujetos de prueba, pensó. Personas. Ratas de laboratorio humanas.

Sí, desde luego eran más que humanos, como había aprendido durante su estancia en la

Corporación, pero no dejaban de ser personas y no se merecían lo que les estaban haciendo. La primera vez que vio los informes de secuenciación de datos de varios sujetos de prueba de las instalaciones, pensó que era una broma. Que un científico de allí había desarrollado de repente el sentido del humor.

No fue así.

Entonces le costó mucho entender lo que estaba viendo. ADN animal, humano y no identificado. Al seguir leyendo, descubrió el empalme de ADN que se había producido y, lo que era aún más sorprendente, las pruebas de que muchos de los sujetos de las pruebas habían nacido con esos rasgos. Por horrible que fuera la idea de mezclar genéticamente ADN humano y animal, no había podido apartarse del material original. Mientras lo leía, no dejaba de pensar en la horrible historia de la ciencia: en monstruos como Ilya Ivanov y sus intentos de crear un ejército de simios, en los científicos de Hitler, más conocidos como nazis, y sus intentos de crear una raza superior, o en el hecho de que este intento de raza superior estuviera relacionado con Estados Unidos y su sórdido pasado eugenésico. Aparte de ser erróneos desde el punto de vista ético, cada acontecimiento fue una lacra para el buen nombre de la ciencia. Era una razón más por la que la gente temía que se dejara sin control.

Y con razón.

Había sido defensora de la ciencia, pero tras conocer la verdad sobre lo que hacía la Corporación y lo que realmente representaba, se puso en su contra.

Se mirara como se mirara, aquello estaba mal. Lo que estaban haciendo era monstruoso y había que detenerlos.

Con gran riesgo para ella misma, había sacado de contrabando gran parte de sus investigaciones en pequeñas unidades que había creado especialmente. Una vez en casa, lo revisó todo con más detalle. Su lado más científico le decía que lo que estaba viendo era extraordinario e imposible. Los sujetos de prueba que habían nacido con ADN animal de forma natural, fruto de nacimientos naturales, eran la siguiente oleada de la evolución humana. Pero las brutalidades que habían soportado a manos de la corporación eran sencillamente indescriptibles. Y a los demás —los que no habían nacido con altos niveles de ADN mutado— les habían introducido ADN de formas que le erizaban la piel. El equipo de expertos de la Corporación intentó casi todas las variaciones y empalmes del genoma humano que se les ocurrieron, sin pensar en los sujetos de prueba ni en la ética de todo ello.

Para los monstruos que dirigían La Corporación, el fin justificaba los medios.

Los odiaba a todos.

Había una serie de resultados de los que no había podido apartarse. Las únicas notas indicaban que el sujeto era varón y natural. La secuencia del hombre le habló, como solo el ADN puede hacerlo a un científico. Mercy había quedado tan fascinada que la imprimió y la puso en la pared de su dormitorio para poder contemplarla mientras se dormía cada noche.

Le preocupaba que su obsesión por aquella secuencia en concreto la predispusiera a ser como Bertrand y los demás.

Científicos monstruos.

En parte por eso trabajó tanto para acabar con la Corporación.

Su obsesión por la única secuencia de ADN nunca había disminuido. Incluso a pesar de todo lo que había aprendido. Aquella secuencia era especial para ella, aunque no podía explicar por qué. Sí, sabía que su propietario poseía una gran cantidad de ADN de lobo. Tanto que sin duda podía cambiar de forma.

Su fascinación no se había detenido ahí. También se había sentido obligada a hacerse la

prueba ella misma, aunque había ocultado los resultados al resto de investigadores del laboratorio e incluso había llegado a procesarlos con un número de sujetos de prueba falso.

Los resultados la desconcertaron. No eran concluyentes.

¿Cómo es posible?

Ya sabes cómo, se recordó a sí misma.

Había visto tantas cosas trabajando para La Corporación que nada debería sorprenderla. Pero, aun así, no era capaz de cambiar de forma ni de hacer lo que muchos de esos sujetos de prueba podían hacer. No era más que la vieja y aburrida Dra. Mercy Deluca. No había nada extraordinario en ella, a pesar de lo que su ADN intentaba decir.

Se había encontrado con grabaciones de vídeo de diversos sujetos de prueba que habían sido retenidos en algún momento dentro de las instalaciones. Mercy había visto con sus propios ojos las maravillas que podían realizar. Cosas que ella intentaba negar, pero tenía pruebas. Algunos podían transformarse en animales, otros podían hacer lo que solo podía calificarse de magia, algunos podían hacer una mezcla de ambas cosas, algunos ansiaban la sangre y vivían de ella… La lista era interminable.

La Corporación lo explotaba todo y eso la ponía enferma. La forma en que intentaban duplicar e incluso aumentar los resultados que ya tenían era enfermiza. Además, otros parecían capaces de hacer ciertas cosas que a ella le costaba explicar científicamente.

Porque es magia.

Como científica, la habían entrenado para no creer en la magia. Que todo podía explicarse.

Esto no pudo ser.

Lo había intentado.

Había presenciado accidentalmente la tortura de uno de ellos. Sujeto de pruebas 87P. Desde el momento en que lo miró fijamente, sintió una conexión con él. Una amistad nacida de la necesidad, pero que no quería perder. Los guardias y los científicos ya habían traspasado todos los límites de aquel hombre. Pronto lo matarían si ella no lo sacaba de allí a él y a los demás que tenían retenidos.

Mercy no podía pensar en los horrores en ese momento. Si perdía la concentración, podría perder los nervios. Y si perdía los nervios, moriría gente.

Incluida ella.

Solo era valiosa si no intentaba sabotear toda su operación.

Y eso era exactamente lo que intentaba hacer.

Si la descubrían, harían que su muerte fuera dolorosa. Estaba segura de ello.

El último guardia le hizo señas para que pasara hablándole en francés. Su francés era limitado, pero sabía lo suficiente para darse cuenta de que él no quería molestarse en conversar con ella. Eso estaba bien. Ella tampoco quería entablar una conversación trivial con él. Le resultaría casi imposible fingir que le importaba lo que él tuviera que decir. Solo le veía como un monstruo.

Todos lo eran.

¿Qué diría?

¿Se te ha ocurrido alguna forma nueva e interesante de torturar a la gente? ¿Has encontrado ya la forma de acabar con alguna raza?

Enfermos.

La puerta principal se cerró tras ella y Mercy extendió la mano. Sin mirar, Mercy pudo desconectar el audio de la zona simplemente con mover la mano y recordar la posición de cada tecla en el teclado.

Era así de buena.

Ya había introducido un virus en el software de las cámaras. Las cámaras entraban y salían por toda la instalación, manteniendo a los guardias ocupados durante un rato mientras se afanaban por solucionar el problema.

Se apresuró a bajar por el pasillo blanco hasta la última celda. Solo quedaba un sujeto de pruebas en la zona de alto valor. Los demás habían sido trasladados a otro lugar. Con más tiempo y más investigación, aún podría descubrirlo.

La tecnología de La Corporación estaba muy por encima de todo lo que había en el mercado. Para los forasteros, aquel lugar parecía sacado de una película de ciencia ficción. Para ella, había representado el progreso y la esperanza antes de conocer la verdad. Tecleó el código de acceso a la celda y contuvo la respiración, insegura ante lo que encontraría al entrar.

Solo esperaba que su actual ocupante siguiera vivo.

El tinte de la puerta se desvaneció rápidamente, dejándola transparente. Se le oprimió el pecho al ver al hombre desplomado en el suelo. Tenía el cuerpo ensangrentado y destrozado. Tenía el pelo oscuro hasta las orejas, pegado a la cabeza, y cubierto de sangre seca. Los guardias habían vuelto a entrar. Se divertían mucho a costa del Sujeto de Pruebas 87P. Ella no entendía cómo aquel hombre seguía con vida. Había soportado más abusos de los que nadie debería o podría soportar.

Casi pierde el desayuno mientras esperaba a que la maldita puerta se abriera del todo para dejarle entrar.

Tengo que liberarle.

«Dios mío», susurró ella, yendo a su lado. En realidad, no había un buen sitio para tocarlo, así que se limitó a inclinarse hacia él, bajando la voz, con la esperanza de transmitirle tranquilidad. «Estoy aquí. Hice lo que me pediste. Envié toda la información que reuní al contacto que me diste».

El Sujeto de Prueba 87P no se fiaba fácilmente. No podía culparle. La Corporación le había sometido a pruebas mentales y físicas. Sin embargo, no se había quebrado en todo ese tiempo. Nunca le había dado su nombre. Mercy había sido abierta y sincera con el suyo desde el momento en que entró en su celda para calibrar un equipo que había estado utilizando uno de los científicos.

Fue entonces cuando se dio cuenta de toda la crueldad que implicaba lo que hacía la Corporación. Nunca había visto nada parecido. Nunca había sido testigo de una tortura. La dura determinación del Sujeto de Pruebas 87P, su negativa a dejarles ver el evidente dolor que había sentido, la había conmovido. Aquel hombre necesitaba ayuda urgentemente, pero no se rebajaría a pedirla. Sabía que los científicos lo matarían en algún momento.

Después de eso, había empezado a indagar en la Corporación, aprendiendo lo que hacían realmente y hasta qué punto lo habían hecho.

Quedó atónita.

Sin saberlo, les había ayudado a crear tecnologías que utilizaban contra los sujetos de prueba. La verdad sobre su papel en todo aquello la devastó. En esa fracción de segundo, tomó la decisión de marcar la diferencia. Detener a la Corporación, sin importar el coste personal.

El Sujeto de Prueba 87P abrió los ojos y miró fijamente hacia fuera. El verde de sus ojos se intensificó porque estaban bordeados de rojo. «¿Dr. M-Mercy?».

Ella se sintió aliviada. Estaba vivo.

«Sí, estoy aquí». Ella asintió. «¿Qué puedo hacer?».

No habló durante unos instantes y ella supo por qué: su mandíbula parecía estar curándose de

una fractura. Había leído sus historiales. Su índice de curación superaba al de muchos de los que habían estado retenidos varias veces en el centro. «Puedo intentar encontrar algo para el dolor».

«No», susurró. «Estaré bien».

«No tienes buen aspecto». Y no lo estaba. Estaba tan lejos de estar bien como puede estarlo una persona y seguir respirando.

En realidad, una persona normal no seguiría viva.

«Me he visto peor». Su intento de hacer un chiste no tuvo ningún efecto.

Dudaba que alguna vez hubiera tenido peor aspecto. «Hice lo que me dijiste. Nadie respondió a través de los canales. No sé si lo recibieron todo».

Tosió y le salió sangre. Sus heridas internas eran graves. «Lo tienen».

«¿Cómo podemos estar seguros?». Quería comentar su estado, pero había pasado suficiente tiempo hablando con él en los últimos meses como para saber que tenía algún tipo de formación médica. De hecho, se atrevería a decir que tenía bastante. Sabía lo mal que estaba. No necesitaba que ella se lo señalara constantemente.

Dejó escapar una débil carcajada. «Porque en cuanta una información como esa empieza a flotar entre el público, tienen una forma de captarla y, si se la enviaste a quien te dije, fue directamente a la fuente».

—¿Qué significa esto? —preguntó con la voz tensa por la preocupación, mientras cerraba los puños en un vano intento de no llorar. La situación ya era lo bastante grave como para que ella se deshiciera en lágrimas. Así no conseguiría nada.

Levantó ligeramente la cabeza, y la acción pareció requerir un gran esfuerzo. «Significa que viene la caballería y va a repartir hostias en este lugar».

Una pequeña sonrisa se dibujó en su boca, pero no se sentía feliz, así que nunca llegó a sus ojos. Odiaba lo que le habían hecho a él y a otros como él. Odiaba no haber podido liberarlo. Había pensado en todas las formas posibles de intentar sacarlo, pero ninguna era plausible. Y si no salía pronto, acabaría muerto.

Otros tenían.

Una vida perdida habría sido demasiada. Eran muchas más que una.

Había encontrado registros de sujetos de prueba que no habían sobrevivido y que no habían tenido a nadie que les ayudara. Había sido demasiado. «Lo siento mucho. No sabía que hicieran esto…».

«Lo sé», dijo. Respiró profundamente varias veces, lo que pareció doloroso.

Quería ayudarle, quitarle el dolor, pero no era posible. Como mucho, podía aliviarlo si él se lo permitía.

«¿Has hecho todo lo que te he dicho?», preguntó.

«Sí», respondió ella con voz temblorosa. No podía llorar. Si lloraba, nunca se repondría. No era el momento de derrumbarse. Aún no se había derrumbado por todo aquello. Lo haría si sobrevivía. Entonces, y solo entonces, lloraría a gusto. Uno que probablemente duraría días. «Reuní toda la investigación que descubrí que habían hecho aquí, la encripté y la envié junto con el mensaje PSI-Op JH2».

Se lamió el labio inferior y ella supo que tenía sed. Salió corriendo de la celda y se dirigió a una pequeña zona de cocina no lejos de las celdas. Había vasos de papel apilados junto a una jarra de agua. Qué crueldad poner una jarra de agua tan cerca y a la vista de los prisioneros, pero no ofrecerles nunca nada.

Odio a esta gente.

Llenó un vaso de agua y volvió a su celda en cuestión de segundos. «Toma», le dijo,

levantándole la cabeza y acercándole el vaso de papel a los labios. Solo consiguió dar un pequeño sorbo.

Asintió ligeramente. «Has añadido tu nombre, ¿verdad?».

«Lo hice».

Parpadeó y la miró.

—Y añadiste la otra palabra clave, ¿verdad?

«¿Qué otra palabra clave?».

«Dime que has añadido el GreenLightJH2 detrás de tu nombre», dijo, intentando incorporarse, pero sin conseguirlo. Todo en él parecía tensarse, pero no avanzaba en su movimiento. Ella lo había visto hacía meses, cuando era más nuevo. Entonces estaba musculoso y tenía un aspecto imponente. Ahora era prácticamente piel y huesos, y apenas tenía la definición de antaño.

Mercy se mordió el labio inferior. Se había olvidado de esa parte. Había dedicado toda su energía a recopilar y encriptar los datos. No era una superespía. Esas cosas no eran naturales para ella. «No, lo siento. Había tanto que recordar y estaba nerviosa…».

«Fuera», dijo, pero sin ninguna malicia. Su orden sonó más como una súplica de un hombre desesperado. Uno que no quería que le hicieran daño. A pesar de todo lo que había pasado, aún sentía compasión por los demás.

Su fuerza interior la asombraba.

«¡Vete!», gritó. «Cuando vengan, te tratarán como al resto de los que están aquí. ¡Vete! ¡Corre y escóndete!».

«No puedo dejarte aquí. ¿Y qué pasa con los demás que tienen encerrados?», preguntó ella, mientras sus pensamientos corrían hacia aquellos a los que no había podido llegar a tiempo. «No puedo alejarme de todos vosotros».

«Mujer», dijo, inspirando fuerte y temblorosamente. «Los hombres que vienen no jugarán. No se detendrán a preguntarte si eres amistosa. Te acabarán para llegar hasta mí. Sin la palabra de seguridad que te dije que usaras, no eres más que otra cara en la multitud de jodidos de por aquí».

Jadeó. Si él tenía razón, se había pintado otra diana.

«Vete. Vete tan lejos de aquí como puedas —dijo, con la esperanza perdida en su mirada. Había pasado por mucho. No podía dejarle pasar más tiempo solo.

Sacudió la cabeza. Ya se enfrentaba a la Corporación. ¿Qué era un grupo más que era mortífero y posiblemente iba a por ella? «No puedo dejaros a todos. Brad y Vic también contaban con ella».

Brad y Víctor eran sujetos de prueba que habían estado alojados en las instalaciones durante el tiempo que ella estuvo allí. Llevaban más tiempo en La Corporación que el sujeto de pruebas actual. Y ella ya les había fallado. No los había sacado antes de que los trasladaran. Tenía que encontrarles un nuevo lugar. No podían seguir siendo sometidos a la tortura a la que los sometían los científicos. Por no mencionar el extraño entrenamiento.

Aún no estaba segura de qué había sido todo aquello. Solo sabía que no podía ser bueno. Era como si los estuvieran preparando para ser máquinas de combate de La Corporación.

El hombre herido que tenía delante apoyó la cabeza en el suelo. «No puedes quedarte. Puedo oler a la Hada en ti. Los superiores de aquí también tienen que saber la verdad. Si no, el uno del otro cambia formas y acabará contándoselo aquí. Tengo un poco de Hada en mí, así que lo huelo más rápido que los demás. Los cambiaformas de aquí no tardarán mucho en darse cuenta de que hay algo diferente en ti. Para salvarse, puede que te delaten. Si mis hombres no te matan por

error, esos monstruos también te cogerán y experimentarán contigo».

Mercy estuvo a punto de echar a correr, pero se obligó a permanecer en su sitio. Estaba delirando y no tenía ningún sentido. No llevaba ningún hada encima, fuera lo que fuera eso. «Me puse a prueba».

La miró.

—¿Y?

«Las pruebas no tenían sentido».

Asintió con la cabeza, con la tristeza marcando el rabillo de sus ojos. Era como si sintiera lástima por ella. Estaba encerrado con locos, pero se sentía mal por ella. «Lo sé».

Se aferró con fuerza a las lágrimas que querían salir. Sabía en qué aprieto se había metido. Y era consciente de que salir de allí le costaría la vida. Pero era un precio pequeño a pagar por todo aquello en lo que había participado involuntariamente. «Tus heridas necesitan atención. Yo me quedo. Eso es todo».

«Eres un maldito tonto. —Eso es lo que no quieres, Mercy. ¿Has renunciado a la vida tan joven?». Parecía cansado mientras lo decía, pero había algo más: tal vez sorpresa. Esperaba que lo abandonara. Como si ya le hubieran abandonado otras muchas veces.

Entendía lo que era que te defraudaran las personas cercanas a ti. Había sido una niña del sistema desde que tenía uso de razón, rebotando de hogar de acogida en hogar de acogida. Se había sumergido en las tareas escolares y, a pesar de todo lo que le habían echado encima, seguía adelante, seguía centrándose en su sueño de marcar algún día la diferencia en el mundo. Aunque esta no era la diferencia que ella tenía en mente. «Me han llamado cosas peores».

«Jimmy, eh, James», dijo él en voz baja, confundiéndola sobre el motivo por el que la llamaba así.

«¿Qué?».

«Me llamo James, pero desde hace unos años me llaman Jimmy. Tienes que escucharme con atención —dijo, y su mano se dirigió al muslo de ella. Su tacto era reconfortante. Extrañamente, conseguía emitir una vibración protectora cuando era él quien obviamente necesitaba protección. Nadie había sido nunca protector con ella. Era extraño y agradable a la vez. «Sal de aquí. Ve a un lugar seguro. No vayas a tu casa. Allí buscarán primero. No uses tarjetas de crédito. Solo efectivo. Vete y no vuelvas. Te encontraré cuando esté libre. Tienes mi palabra. Sigue vivo, doctorcito».

«No estás en condiciones de hacer nada —dijo ella, examinándole para comprobar la gravedad de sus heridas—. Aunque le agradecía su preocupación, no podía hacer lo que le pedía, aunque quisiera. La Corporación la vigilaba de cerca. Le habían dicho que vigilaban su edificio, significara lo que significara. Y parecían saber cosas que no debían, como dónde iba a comer o si salía de los límites de la ciudad en algún momento. Nunca sería capaz de huir de ellos por sí sola y, si la gente de James también la perseguía, estaba perdida. No tenía sentido huir.

Le cogió la muñeca con ojos suplicantes. «Vete, Doc. Vete ya».

Ella negó con la cabeza. «No puedo».

Cerró los ojos y tragó con fuerza. «Eres una buena persona. No quiero que te hagan daño».

«Bueno, eso va en ambos sentidos, colega». Se levantó y echó un vistazo a las cámaras, esperando que su micrófono en el sistema estuviera funcionando correctamente. Se separó de James y se dirigió a la zona de medicamentos. Allí encontró algo para el dolor. Cogió un vial y una jeringuilla. Cuando volvió, encontró a James intentando incorporarse de nuevo.

Esta vez no funcionó.

Se inclinó sobre él y le administró la morfina. Ahora comprendía su composición genética.

Sabía por qué parecía capaz de soportar más de lo que un humano jamás podría. Mercy sabía que tenía ADN animal y algo que nunca había visto antes. También sabía que su cuerpo consumiría la morfina con rapidez. Por eso le dio mucha más de la que se le daría a un humano.

Dejó de moverse y la miró parpadeando. «Gracias».

Ella asintió y le tocó ligeramente la frente, intentando darle consuelo. «Cualquier otro estaría inconsciente ahora mismo».

«Soy de raza dura», dijo con una risita.

«¿Cuánto tardarás en curarte?», preguntó. «Suponiendo que no sean capaces de herirte de nuevo».

Se tumbó sobre su espalda y la acción no parecía cómoda, ni siquiera con la morfina en su organismo. «Una semana, posiblemente más. Me están atacando con armas específicas de mi composición genética. Eso siempre tarda más en curarse que la mayoría de las demás cosas. Si me hicieran una transfusión de sangre de otro de mi especie, sin duda acelerarían el proceso».

Sus palabras solo sirvieron para que odiara más a la Corporación. «Son animales».

«No», dijo él, mirándola. «Soy un animal, y nunca le haríamos esto a alguien».

Tuvo que reír suavemente ante sus palabras. Tenía razón. Llevaba ADN animal y su corazón era, obviamente, grande. «Tienes razón. Solo son monstruos».

Solo añadió una leve inclinación de cabeza.

«La última vez que pudimos hablar, me estabas hablando de tus hermanos», dijo ella, sabiendo que debía irse antes de que alguien la pillara allí, pero sabía que él necesitaba apartar su mente del dolor. «Nunca me habías dado nombres. Claro que también me dejaste llamarte Sujeto de Pruebas 87P».

Resopló y luego tosió, tocándose ligeramente las costillas. «Te gustan las historias del que parece odiarlo todo».

Sonrió. Sí que le gustaban las historias sobre él. «En realidad no odia todo, ¿verdad? No maldice los ordenadores portátiles ni cree que toda la tecnología es el diablo, ¿verdad?

«No a lo primero, sí a lo segundo». James la miró de arriba abajo. «Algo muy dentro de mí me dice que no te odiaría. Ni mucho menos. Demonios, tengo la sensación de que cinco minutos cerca de ti y por fin encontraré algo que me guste».

Tocó la mano de James. —¿Es una de las personas que vendrán a por ti?

«Probablemente, sí, pero odia Francia, así que podría enviar a otra persona. Eso o que aparezca y me eche la bronca por haber sido tan estúpida como para dejarme atrapar en primer lugar. Eso sería algo muy suyo».

Se echó a reír.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el doctor Bertrand, sorprendiendo a Mercy con su presencia.

Se levantó y se limpió las manos ensangrentadas en la bata de laboratorio. —He venido a comprobar una avería en el generador de ondas ultrasónicas. ¿No fuiste tú quien informó del problema? —preguntó.

Ella sabía que tenía un problema. Ella era quien lo había saboteado. Mercy sabía que podría necesitar una tapadera para estar en el edificio. Y sabía que uno de los dispositivos de tortura favoritos del Dr. Bertrand era el sonido ultrasónico. El dolor y el daño que causaba a los sujetos de prueba con ADN animal era bien conocido en toda la corporación.

El hombre alto, delgado e inquietantemente pálido la miraba con sus brillantes ojos. No se le escapaba cómo miraba con regocijo a James. El médico alemán era muy amigo de otro científico. Uno que había hecho frecuentes paradas en la Corporación.

Gisbert Krauss.

Antes de conocerle, Krauss había sido una especie de héroe en la mente de Mercy. Sus avances en el ADN humano y sus teorías sobre su empalme la habían mantenido pegada a las publicaciones de su revista.

Eso era antes.

Antes de que ella supiera la verdad sobre él.

Antes de que ella conociera la verdad sobre él, comprendiera a los monstruos del pasado que él había tomado como modelo y hasta dónde había llegado para conseguir sus ideas innovadoras.

Merecía ser castigado con todo el peso de la ley o entregado a los tipos que pueden transformarse en animales. Me pareció adecuado.

Krauss parecía bastante inofensivo, pero ella sabía la verdad. Tenía un corazón oscuro y un alma malvada. Había traído a Brad y a Víctor a las instalaciones. Habían llegado en jaulas, como si fueran animales, y durante todo el tiempo Krauss había sonreído como si aquello formara parte de su gloria suprema.

Maldito.

Había estado preparando a Bertrand a su imagen y semejanza. Ella había sido testigo de lo que era capaz de hacer en nombre de la ciencia. Le subía la bilis solo de pensarlo.

También sabía de lo que era capaz el doctor Bertrand. Había recuperado imágenes de sus crueldades.

«¿Qué haces en esta celda?», exigió.

«Creía que estaba muerto», dijo ella, manteniendo la distancia pero colocándose entre el doctor Bertrand y James. No sobreviviría a otra ronda de tortura. Necesitaba tiempo para curarse. Si tenía que sacrificarse para dárselo, lo haría. «Y sé lo mucho que valoras a tus sujetos de prueba».

Se detuvo, la miró como un hombre mira a la mujer que desea. Ella luchó contra la necesidad de estremecerse. Si se atrevía a tocarla, haría algo violento. No sabía exactamente qué, porque no era violenta por naturaleza, pero sabía que sería algo grande.

Le tendió la mano y James reaccionó, intentando detenerle. James no estaba en condiciones de ayudar a nadie, y mucho menos a ella. Simplemente, cayó de lado, gritando de dolor, lo que rompió aún más el corazón de Mercy.

Bertrand observó las acciones de ambos con una mirada que decía que estaba por encima de ellos. Levantó la cabeza. «¿Quieres que te arregle el maldito generador de ondas o no?».

«Sí, quiero», dijo. «Ven».

Asintió y le siguió fuera de la celda. Se volvió y tecleó el código para cerrar la puerta de la celda de James. Añadió unas cuantas órdenes más a la puerta. La Corporación tardaría al menos veinticuatro horas en encontrar la forma de volver a abrir la puerta. Eso le daría a James algo de tiempo para curarse.

Bertrand la agarró bruscamente del brazo. —Ven. Arregla el generador».

Tuvo que luchar para evitar que su labio se curvara al contacto con él. La arrastró hasta el final del bloque de celdas, a un despacho que solían utilizar los médicos que frecuentaban la zona. El generador estaba en el borde del escritorio.

Mercy soltó el brazo de Bertrand y le lanzó una mirada desagradable, sorprendiéndose a sí misma por su valentía. —Intenta decir por favor. Una pizca de cortesía llega muy lejos».

Capítulo Tres

En algún lugar sobre el océano Atlántico...

DUKE ESTABA SENTADO en el avión, con los dedos clavados en los reposabrazos de cuero beige de su asiento. El avión era propiedad de la PSI, uno de sus muchos juguetes. El avión estaba hecho para acomodar a un equipo de entre seis y ocho hombres. Como no eran precisamente hombres bajos, eso ya decía algo. Todo el interior estaba decorado con accesorios y mobiliario de alta gama. Swanky era como él lo llamaba. Lo único que quería era un paracaídas. Todo lo demás le importaba una mierda. Lo privado y lo caro no equivalía a seguro. Al menos no en su mente.

Era un lobo.

Los lobos no volaban.

Corrían rápido y cazaban. A veces, lo hacían con un grupo de otros lobos. Otras veces, actuaban solos.

Volar no formaba parte de su trabajo.

Cuando la agencia lo reclutó por primera vez, los aviones no eran una realidad. No se esperaba que volara. Le habían contratado porque podía rastrear casi cualquier cosa en cualquier lugar y tenía una puntería increíble. Por no mencionar que podía transformarse en lobo y hacer daño de ese modo. No le habían contratado por su amor a los inventos modernos. En sus más de doscientos cincuenta años en la Tierra, mucho había cambiado.

Los demás PSI-Ops de a bordo no tenían problemas para volar. Boomer se relajaba con los pies apoyados mientras veía una película. El avión tenía asientos reclinables que se desplegaban para convertirse en camas, así como una zona trasera con dormitorios para cada miembro del equipo. Boomer había puesto una película en una de las muchas pantallas y no se había movido desde el despegue. Había estado dando cabezadas y roncando la mayor parte del vuelo. El hecho de que hiciera ruido demostraba lo seguro que se sentía Boomer. Ninguno de los hombres estaba predispuesto a roncar durante el sueño normal: habían sido entrenados para no hacer ruido o arriesgarse a alertar al enemigo.

De no haber sido por James, Duke habría estado arañando el asiento y dando berrinches por verse obligado a desafiar la gravedad. James era un hermano de armas y a un hombre no se le abandona.

Periodo.

Todos los hombres habían visto el combate antes de convertirse en agentes de la PSI. Había habido guerras desde el principio de los tiempos y no escaseaban los guerreros ni las batallas. Duke había participado en muchas guerras. La primera fue la Revolución Americana. Entonces solo era un niño, apenas un adolescente. No importaba. Luchaba por lo que creía, y además ni él ni sus compatriotas tenían muchas opciones.

Tenían que enfrentarse a Inglaterra.

Había sentido que era su deber proteger la tierra que lo había visto nacer. Muchas cosas habían cambiado a lo largo de los siglos. En primer lugar, ya no utilizaba mosquete, gracias a los dioses. Qué arma tan tediosa había sido. Detener. Disparar. Recargar. Recargar, recargar más. Esperar a que no fallara el disparo. Repite los pasos. Inglaterra ya no era un enemigo, sino un aliado, y las guerras solían producirse en el territorio de otros países. Bueno, eso era lo que todo el mundo le decía.

Sin embargo, él, como muchos otros, aún recordaba vívidamente dónde estaba el día en que

se derrumbaron las torres. Aquello fue un acto de guerra en suelo estadounidense. Nadie podía decirle lo contrario.

Sí, habían cambiado muchas cosas desde que apenas había llegado a la adolescencia y se había levantado en armas contra Gran Bretaña. Él y sus primos lo habían hecho. Seis chicos de Marlow fueron a la guerra. Tres regresaron.

Ocultar lo que eran entre la carnicería resultaba difícil. Duke había entrado en la pubertad y ya tenía bastantes cambios hormonales con los que lidiar, pero si a eso le añadíamos que el lobo que llevaba también sufría sus propios cambios, se convertía en una pesadilla temperamental. Algunas noches, él y sus primos se escapaban de su regimiento, cambiaban de forma y corrían como lobos. Así controlaban a Duke y evitaban que se comiera a otros soldados. Al menos, a los de su bando. En realidad, les importaba una mierda si se los comía a ellos.

Le gustaba hacérselo pasar mal a Corbin porque era británico y estaba en una posición de autoridad. Además, bebía mucho té y comía bollos. ¿Qué clase de macho alfa se preciará comía algo llamado crumpet? Duke tenía arraigada la idea de ser desafiante con él.

Al final, se cubrieron las espaldas mutuamente.

Como siempre hacía un operativo. Habían pasado por muchas cosas juntos. No todo fue bueno. La guerra te convierte en hombre. También tenía una forma de cambiarte, a veces para peor. Te dejaba siempre en guardia, siempre preparado para un ataque. Y era difícil bajar la guardia. Vietnam había hecho mella en Duke. Pensaba que había sido su peor guerra hasta la fecha. Irak no fue mucho mejor. Un artefacto explosivo improvisado envuelto en el cadáver de un animal, hecho para que pareciera un inofensivo animal atropellado, había acabado con varios operativos de la PSI. Habían sido amigos de Duke y él había estado cerca cuando ocurrió.

La guerra era una puta mierda.

El avión entró en turbulencias y Duke se agarró con más fuerza a los reposabrazos.

Los aviones eran una mierda.

Lo único bueno que había visto salir de la guerra había sido el vínculo que había forjado con otros soldados. Entre ellos se había creado una confianza demasiado profunda como para expresarse con palabras. Una hermandad nacida de la violencia. En parte por eso Boomer podía quedarse profundamente dormido en el avión, pero no lo hacía en ningún otro sitio.

Confianza.

Ganado a pulso, seguro.

Corbin acercó a Duke unas carpetas a través de la mesa. «¿Quieres echarles un vistazo ahora?».

Para verlos, Duke tendría que ponerse de pie. No quería moverse. En su mente, si lo hacía, el maldito avión podría volcar y todos podrían caer en picado al océano y morir.

Era irracional.

Él lo sabía.

Y a él no le importaba.

Los lobos no están hechos para volar.

«Estoy bien». Permaneció en su sitio.

«Cobarde», dijo Striker. «Capitán, creo que Duke está pidiendo una misión que nos deje saltar en paracaídas. Enfréntate a tus miedos. Vive peligrosamente. Sé un hombre. Vale, sé un hombre lobo».

«Acabaré contigo», advirtió Duque, gruñendo.

Striker le ignoró y se inclinó, cogiendo los archivos de Corbin. Los hojeó. «Es una chica guapa».

Duke se limitó a arquear una ceja en su dirección. Podías sacar al hombre de Escocia, pero no podías sacar a Escocia del hombre. Al menos, Striker había dejado de referirse a Corbin como un maldito bastardo inglés que robaba a su país. El progreso se encontraba en los lugares más extraños.

Corbin se echó a reír. «Es guapa, pero no dejes que eso te engañe. Por toda la información que hemos podido recuperar, por lo que sabemos, es una persona de mucho peso en este grupo».

«Qué curioso, a mí me sonaba como si los analistas no supieran una mierda», añadió Duke entre dientes apretados, todavía agarrado a los reposabrazos. Maldita sea, el vuelo iba a ser eterno y las turbulencias no hacían más que empeorar. «Encriptación que ni siquiera pueden descifrar del todo. Qué bien. Quizá deberíamos localizar a quien filtró la información y contratarlos. Si son capaces de impedir que nuestros cerebritos descifren la información, deben de ser buenos».

A Corbin no pareció hacerle gracia. Miró a Striker. «El objetivo está vinculado a James de algún modo. Creemos que sabe dónde está».

«¿Algo más?», preguntó Duke, intrigado, pero no lo suficiente como para arriesgar su vida moviéndose.

Los idiotas tienen que quedarse sentados y quietos.

Asintiendo, Corbin continuó: «Pudimos averiguar una dirección suya en París».

«¿Crees que es tan tonta como para seguir allí?», preguntó Striker. «Supongo que hace tiempo que se fue. Si es la mitad de la amenaza que dicen que es, habrá recorrido medio mundo antes de que aterricemos».

Tenía razón. Duke asintió y empezó a levantarse con la intención de ir a la mesa. El avión sufrió una turbulencia especialmente fuerte y se sacudió. Duke empujó hacia abajo en su asiento y su movimiento hizo que el avión se balanceara. Nadie podía decirle lo contrario.

Boomer se despertó de una patada. «¿Eh? ¿Qué?».

«Corbin nos está informando», dijo Duke, intentando pensar en otra cosa que no fuera estar a miles de metros de altura sobre el océano. «No te estás perdiendo nada. No sabe una mierda. Y a los de Inteligencia les ha dado por el culo un informador cualquiera. Considérate informado».

«Ojalá pudiera despedirte», dijo Corbin con voz cantarina.

«Apesta, ¿verdad?». Duke le lanzó un beso. «Nos tienes de por vida».

«Que sepas que me entretengo matándote», dijo Corbin sonriendo. Corbin nunca cumpliría la amenaza, y Duke lo sabía. Eran una familia circunstancial y el clan protegía a la familia, por eso se encargaban de la extracción de James. Ningún otro equipo. La PSI tenía sedes de división en ciudades mucho más cercanas que la suya, pero ninguno de ellos vería a James como a un hermano.

El equipo de Duke sí lo hizo.

Sí, habían tenido una especie de pelea. No importaba. Solo importaba que James volviera sano y salvo. Al diablo con todo lo demás.

Frotándose una mano contra la cara, Boomer se incorporó por completo, pareciendo un poco más despierto. Se levantó, se estiró y se acercó a la mesa. Su mirada violeta se centró en los expedientes que tenía delante. Se pasó una mano por el largo pelo. Si no fuera por el vello facial bien recortado que llevaba, Boomer tendría un aspecto mucho menos varonil. Había oído a mujeres decir que les recordaba a un tipo del rock o a un gótico o algo así. Duke intentaba no prestar demasiada atención a lo que pensaban los demás. Y como Boomer no era su tipo, a Duke realmente le daba igual.

Boomer tocó los expedientes, lo que volvió a llenar de tristeza sus ojos. «Es una nena».

«Lo sé», dijo Striker, apareciendo en la zona de la cabina principal con una botella de agua. Era un gran avance respecto a la cerveza barata que había estado pidiendo antes. «Es mi tipo de chica. Me gustan las pelirrojas. Tienen fuego en el alma y, a veces, la capacidad real de blandir el fuego. Te aconsejo que evites a las sobrenaturales. Pueden ser peligrosas para la salud».

«La última vez que saliste con una pelirroja, intentó cortarte la polla», dijo Boomer de soslayo, animándose y con una sonrisa en los labios. «Dijo que eras un cabrón infiel al que había que darle una lección que nunca olvidaría».

Striker sonrió de oreja a oreja, como si aquel recuerdo fuera uno de sus mejores. Tenía reputación con las damas. La mayoría de los agentes la tenían. Todos eran cuidadosos. Conocían los riesgos de relacionarse con mujeres humanas. No se atrevían a derramar su semilla en una. Podía matarlas: la semilla cambiaba de forma y era tóxica para los humanos. Si conseguían sobrevivir y, Dios no lo quiera, se quedaban embarazadas, nunca llevarían el bebé a término y morirían. Peor era para los que no eran sobrenaturales de nacimiento: ahí se acababa la suerte de los mordidos.

Nadie sabía realmente por qué.

Los humanos no están hechos para soportar los embarazos de los sobrenaturales.

«¿Quieres hablar de los hombres y las mujeres?», dijo Striker, señalando a Duke. «Justo ahí. A lo grande».

Duke llevaba la etiqueta con orgullo, como hacía con la mayoría de las cosas que le llamaban. «¿Y qué?

«Algún día conocerás a una muchacha que hará temblar el suelo que pisas. Entonces, ¿qué vas a hacer?

Duke gimió. —Espero que sepas interpretar a mi peludo. Entiendo más o menos la mitad de lo que dices. Y recorta esa barba. Pareces un oso. Además, ¿qué sabes tú de una mujer que hace temblar el suelo que la rodea?».

Striker se rió. «He sacudido a muchas muchachas, Marlow».

—Niños —reprendió Corbin. «Centraos. Parece que Mercy Deluca es médica y también tiene un título en ingeniería biomédica. Parece que fue una especie de niña prodigio».

Striker silbó.

—Sexy e inteligente. Si no fuera una zorra malvada, me la tiraría. No, espera, me la tiraría aunque fuera una zorra malvada. Me gustan traviesas».

Boomer chocó los cinco con Striker. Duke resopló.

Corbin se pellizcó el puente de la nariz, como si tratar con todos ellos le diera dolor de cabeza.

Puede que sí.

Duke cerró los ojos. Podían discutir los pocos detalles que tenían sobre la mujer. Necesitaba dormir. Dormir era la única forma que tenía de pasar el tiempo en los vuelos largos. Hacer eso u obsesionarse con caer en picado hacia la muerte. Parecía que acababa de dormirse cuando Striker estaba allí, tocándole el brazo y retrocediendo por si Duke se despertaba sobresaltado.

«¿Qué?». —preguntó Duke.

«Gemías y hablabas de una mujer», dijo Striker, riendo parcialmente por lo bajo. «Y con eso me refiero a que gruñías como un cerdo y susurrabas frases cariñosas. No sabíamos que fueras tan romántico».

Duke miró a Corbin y a Boomer, inseguro de si Striker solo intentaba sacarle de quicio o decía la verdad.

Corbin asintió. «Y dijiste el nombre del objetivo».

«¿Qué?».

—Dijiste Mercy y, Duke, lo dijiste como si estuvieras en medio de un sueño sexual infernal.

Duke no recordaba nada. Había pensado que solo se había quedado dormido unos segundos. «¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?».

«Pronto aterrizaremos», dijo Striker. Le entregó a Duke los archivos. «Repasa».

Mirando hacia abajo, Duke estaba a punto de mandar a su amigo al infierno cuando se detuvo, la compulsión de mirar las fotos era demasiado grande para resistirla. La hoja en la que estaban impresas no incluía muchos detalles. Solo había una foto del pasaporte estadounidense y otra del carné de conducir. Pero lo que había era impresionante y extrañamente familiar. Como si la conociera sin conocerla realmente. La mujer era más que hermosa.

Su pelo, de un rojo tan intenso que rozaba el castaño, colgaba en largas capas alrededor de su rostro en forma de corazón. No estaba seguro de si se lo había peinado para estar a la moda o simplemente era una mujer que no se molestaba en ocuparse de su aspecto y se lo cortaba al azar. Unos brillantes ojos azules asomaban tras unas espesas pestañas. En la foto para el carné de conducir, se reía a carcajadas.

A carcajadas.

¿Quién tenía todavía la capacidad de reírse después de estar parado en el Departamento de Tráfico?

Leyó sus especificaciones. Solo medía 1,75 m. Una chica diminuta.

Duke no podía apartar la mirada de su sonrisa. Cuanto más la miraba, más le hormigueaban los miembros, el calor los recorría y se concentraba en su entrepierna.

Los demás estaban equivocados. No solo estaba buenísima. Era la mujer más hermosa que había visto en su vida y, como ya había visto a muchas chicas sexys, aquella sonrisa era la que más le atraía. La sonrisa lo había atraído de nuevo.

Quería ver esa sonrisa centrada en él, provocada por él. Quería oírla reír. Y deseaba más que nada tocar su pálida piel.

Ella es la mala.

Joder, qué sí.

La discusión que tenía en la cabeza estuvo a punto de salir a la luz. Se aclaró la garganta y decidió que lo mejor era dejar de lado sus sospechas por el momento.

Striker estaba allí, observándole atentamente. «¿Necesitas un rato a solas con esa foto?».

«Bésame el culo», le espetó Duke.

Striker se inclinó hacia él con las cejas movidas. —No me balanceo de esa manera, un gra geal. Si lo hiciera, lo sabrías».

«Gesundheit». Con los ojos en blanco, Duke apartó a Striker. «Ve a molestar al piloto, imbécil».

«Preferiría que no lo hiciera», dijo Boomer, cogiendo las carpetas, pero no la hoja con las fotos. «Preferiría que nos quedáramos en el cielo».

«Tú y yo». Duke dobló la hoja con las fotos y empezó a guardársela en el bolsillo delantero.

Striker extendió la mano. «Papel».

«No».

«Forma parte del expediente».

«Me lo quedo», afirmó Duke con firmeza. No podía explicar su apego a la mujer que aparecía en él. No sentía la necesidad de intentarlo.

Striker inclinó la cabeza. «Si te excusas y vas al baño durante treinta minutos, todos sabremos que estás ahí frotándote».

Duke levantó la mano y sonrió al levantar el dedo corazón.

«No cambia el hecho de que seas un pervertido. Guardando su foto. Ella está detrás de que se lleven a James».

«Eso no lo sabemos», dijo Duke. «Podría ser inocente en todo esto».

Todas las miradas se dirigieron hacia él. Incómodo con su proclamación, se metió los dedos en el bolsillo y hojeó el papel con las fotos. Su cuerpo respondió y su pene cobró vida como si este recordara el sueño erótico que su cerebro no podía rememorar.

Pensó en dársela a Striker para que se callara, pero cuando la piel de Duke entró en contacto con ella, algo feroz en él empezó a surgir, amenazando con venir a jugar.

Eso seguramente derribaría el avión.

«¿Estás bien?», preguntó Striker con auténtica preocupación. «¿Qué te ocurre? ¿Es por el vuelo?».

«Sinceramente, no lo sé». Duke tragó saliva y Striker asintió. «No sé por qué dije lo que dije».

«Creo que podría saberlo», dijo Corbin. Duke esperó una explicación. No llegó ninguna. El hombre no dijo nada más al respecto. Se puso en pie y levantó los brazos por encima de la cabeza, estirándose completamente. «Me muero de hambre».

«Buena suerte encontrando algo que llene en Francia», intervino Boomer. «Parece que lo único que quieren darnos de comer son fiambres y queso. Míranos, ¿parece que podamos vivir de eso?».

«No me hagas hablar del tamaño de las raciones», dijo Striker. «La última vez que estuvimos allí, casi me como al camarero solo para sentir que había tomado un aperitivo».

Duke soltó una risa temblorosa. No estaba de humor para bromas divertidas. Quería llegar a la mujer de la foto, la Dra. Mercy Deluca, y averiguar por qué demonios le volvía tan loco. Había que cambiar de tema y relajar el ambiente rápidamente. Puede que Striker tenga razón. «Siempre podríamos cambiar de forma y comernos a los franceses. Tienen de sobra».

«¿No te quejabas de la indigestión del último tipo al que le sacaste un trozo en Seattle?», preguntó Boomer, tomando asiento de nuevo. Hojeó el poco papeleo que había. Su atención se centró en Corbin. «Estoy con Duke. ¿Estamos seguros de que es el enemigo? No parece diabólica».

Duque contuvo la respiración, necesitando oír a los demás opinar sobre el asunto. Sabía que su juicio estaba equivocado, pero no entendía por qué. Normalmente, no se andaba con tonterías. Entraba, cumplía la misión y seguía con su día. No le daba demasiadas vueltas a nada. Como mucho, no pensaba casi nada. Al menos, eso diría Corbin si le preguntaran.

Algo no encajaba.

Había más en el objetivo de lo que se estaba exponiendo ante ellos. Hasta Boomer lo sintió. Se encendió la luz que les indicaba que debían sentarse y abrocharse los cinturones. Pronto aterrizarían.

Lo que menos le gustaba a Duke era volar, sobre todo después de despegar.

Capítulo Cuatro

JAMES HAGEN se arrastró hasta un lado de su celda, que le resultaba muy familiar desde que la llamaba hogar desde hacía meses. Era escasa, pero de las más agradables en las que había estado nunca. Y en su larga vida había estado en varias. El peor había sido un pequeño infierno en Escocia. Fue entonces cuando conoció a Striker, que también estaba recluido en la misma celda.

Echaba de menos a sus compañeros. Echaba de menos tenerlos cerca. Siempre eran buenos para reírse y para una buena pelea. Sobre todo, Duke. Su carácter era digno de admiración. Boomer, por su parte, estaba callado la mayor parte del tiempo, pero James había visto atisbos de lo que había bajo su normalmente uniforme fachada: oscuridad, dolor, soledad.

En la última comprobación, James era el único miembro del equipo, aparte de Corbin, que conocía perfectamente la historia de Boomer. No era nada agradable. Cuando James echó un vistazo a su celda, no pudo evitar sentirse culpable. Estaba desesperado por abandonarla, pues era mucho mejor que la que Boomer había ocupado durante una parte de su vida.

Mucho, mucho mejor.

James suspiró. Aún no podía creerse que hubiera sido tan tonto como para caer en una emboscada. Estaba tan preocupado por proteger a una chica, Inara Nash, a la que había llegado a ver con ojos paternales, que no había pensado en su propia seguridad.

Era un error de novato, y no era lo que se dice un novato.

Cuando se encontró encerrado en la celda por primera vez, estaba en mejor forma. Estaba mareado por las drogas que le habían inyectado para mantenerlo sedado durante el largo viaje en un contenedor hasta Francia, pero gozaba de buena salud. Bueno, tan decente como se podía estar después de sobrevivir a un ataque por parte de quince híbridos que apestaban a vampiro y cambiante mezclado. Proyectos de mascotas, así era como había empezado a llamarlos.

Mucho había cambiado respecto a la salud de James.

Incluso un macho alfa sobrenatural solo podía aguantar hasta cierto punto antes de que su cuerpo se rompiera y se negara a curarse. Él se acercaba a ese punto. A veces deseaba que su cuerpo simplemente se rindiera. De ese modo, Mercy no tendría motivos para rescatarlo.

La maldita doctora pelirroja bienintencionada iba a conseguir que la mataran intentando hacer el bien. No necesitaba otra muerte en sus manos. Ya tenía más que suficientes.

Era buena gente. Él lo había percibido en ella en cuanto la conoció. Él sintió mucho más que eso, pero ella lo negó. Mercy llevaba dentro a Hada o algo muy parecido, y si la gente de allí se enteraba, estaría sentada a su lado. James había olido brujas en su vida y el olor de Mercy era una especie de mezcla de Hada y bruja. Fuera lo que fuera, no era humana.

Médico estúpido.

Los problemas encontraban la forma de aparecer. Puede que fueran los problemas quienes lo encontraran a él, o que él los creara. Durante diez años había pasado desapercibido, manteniéndose al margen y utilizando el nombre de Jimmy, haciendo lo que podía para pagar la deuda que tenía.

Sus pensamientos se dirigieron a Inara, la joven con la que se había cruzado cuando solo era una niña. Era nueva en las calles y no habría llegado muy lejos sin alguien que la guiara. Él lo había hecho. Le había enseñado cómo eran las cosas y cómo mantenerse a salvo.

Solo podía esperar que siguiera viva y sana. La había visto como a una hija. Y, aunque podría haberla sacado de la calle y mantenerla, sabía que no estaba destinado a ello. El destino escribía las cosas con mucha antelación y una de las habilidades de James era el don de la previsión. Aunque a veces presentaba formas extrañas, nunca tajantes.

En cuanto se cruzó con Inara, supo que debía entrenarla y guiarla lo mejor posible. Que debía emparejarla con alguien importante. Cuando empezó a dibujar a Eadan Daly, un compañero PSI-Op, James comprendió quién era esa persona importante. También supo que tenía que hacer lo impensable: ponerse en contacto con la PSI una vez más. La última vez que se había marchado había sido en malos términos.

Eso es decir, poco.

El director, el general Jack C. Newman, había querido que se quedara. Había querido suavizar las cosas y arreglar las cosas. James no quería. Tenía que pagar por haber llegado demasiado tarde para ayudar a un compañero. Tenía que pagar por haber ignorado sus visiones del futuro y pensar que eran un truco de la mente. Si solo hubiera seguido lo que le habían mostrado, el operativo podría haber seguido con vida. Al fin y al cabo, James era el culpable de que aquel hombre estuviera muerto. Si la PSI no quería culparle, estaba bien.

Ya se culpaba bastante por todos.

Cuando se vio capturado y en su situación actual, supuso que ese sería su final.

Su penitencia.

Había sido incapaz de alcanzar mentalmente y conectar con ninguno de los otros cambia formas que le rodeaban, así que sabía que el lugar tenía algo que bloqueaba esa capacidad. Si tenía que adivinar, se trataba de algún tipo de dispositivo acústico de largo alcance LRAD modificado y de última generación. Había oído en la calle que se utilizaban contra los sobrenaturales, pero nunca se había topado con ellos. Una parte de él esperaba que, fuera lo que fuera, acabara con los sueños.

No lo había hecho.

Le seguían llenando de drogas. Drogas que sospechaba que estaban diseñadas para potenciar sus habilidades. Incluso antes de que le golpearan hasta el punto en que estaba, había luchado contra su bestia, pese a que nunca había tenido problemas de autocontrol.

Y el ruido.

El ruido del único aparato de tortura que utilizaba Bertrand era insoportablemente doloroso. A James le sangraban los oídos cada vez que lo utilizaban contra él. Eso solo era la punta del iceberg de la tortura. Sabía que no podría aguantar mucho más. Lo que mezclaban en las inyecciones que le administraban también dificultaba su capacidad de curación, al tiempo que aumentaba su don de previsión.

Bastardos.

Había soñado con la doctora pelirroja antes de conocerla en persona. Había soñado con sus tendencias extravagantes y su actitud distraída. Soñaba que ella vendría y no solo le ofrecería su amistad, sino que le vincularía con su pasado. James no estaba seguro de cómo se desarrollaría

todo, solo de que así sería. No le sorprendió toparse con ella durante uno de los exámenes más pintorescos del Dr. Bertrand.

Le había horrorizado lo que vio.

Como debería haber sido.

Te crees un pez gordo, ¿verdad? Te gusta la pelirroja, ¿verdad?

Las palabras de Bertrand resonaron en los oídos de James. El hombre se las había preguntado cuando estaba apretado contra el cuerpo inmovilizado de James. Se había excitado con todo aquello, frotándose contra James, advirtiéndole de cómo había herido a Mercy cuando consideraba a James bueno y destrozado.

El afecto de Santiago por Mercy no tenía una base sexual. Veía en ella un alma gemela. Alguien parecido a él. Y una buena persona atrapada en una mala situación.

James había visto la forma en que Bertrand observaba a Mercy. De la misma forma que él observaba a James. El hombre concebía el sexo como un símbolo de poder, y James quería que la joven doctora estuviera lejos de aquel bastardo enfermo. No podía soportar la idea de que él le hiciera daño. No cuando ella solo era culpable de mostrar amabilidad a James.

Había trabajado duro para reunir información valiosa sobre las personas que lo retenían y James le había proporcionado los medios para pedir ayuda. El maldito médico olvidadizo no utilizó los códigos correctos, así que no había forma de saber si la PSI aparecería pensando que era amiga o enemiga. No les importaría cómo ni por qué se fue. No les importaría cómo ni por qué se había ido. Eran sus hermanos de armas.

Eso lo era todo para él. El pasado no significaba nada.

Solo quería que el médico estuviera a salvo. No quería su sangre en sus manos. Ya estaban suficientemente manchadas para toda una vida. Y ahora Bertrand estaba tras ella. James podía oler la sospecha en él cuando entró en la celda y encontró a Mercy allí. Podía oler algo más en él. Su olor había cambiado con el paso de los meses. Ya no olía a humano. Y James sabía que antes había sido una amenaza. Ahora era aún más peligroso.

Probablemente, se estaba dosificando con las mismas drogas que les había estado dando a James y a los demás. Tenían que modificar su ADN ya mutado.

Si la doctora pelirroja era lista, echaría a correr y no miraría atrás. Tenía la sensación de que la doctora Mercy Deluca seguiría el camino de la estupidez, y no por falta de cerebro. Por sentido del bien y del mal.

La persona más tonta que había conocido, y conocía a Striker.

Además, sabía algo más sobre ella.

Algo que se había abstenido de contarle durante sus conversaciones. Sí, le había hablado de sus compañeros de la PSI, con el pretexto de que eran sus hermanos, porque eran como de la familia. Había omitido la parte principal. Aquella en la que James había soñado que el pequeño médico y Duke, su antiguo compañero de equipo, se encontrarían y que el destino les tenía preparadas muchas cosas.

Eso sí, la ISP no la mataba antes de forma accidental. Duke no le haría daño. James lo sabía perfectamente, pero los demás podrían hacerlo si la encontraban primero. No compartirían una conexión instantánea con ella como haría Duke. Y si alguien le hacía daño, tendría que pagar un infierno; James no tendría que extraerlo.

Duke lo haría.

Y cabrear a Duke fue una muy mala idea.

Capítulo Cinco

LA MANO de Mercy temblaba mientras intentaba desbloquear la puerta de su coche. Necesitó cuatro intentos antes de poder entrar. El aparcamiento de la Corporación solo estaba a la mitad de su capacidad porque era viernes y ya había acabado la jornada. Le hubiera gustado que hubiera gente. Así las cosas, se sentía aislada y no dejaba de mirar por los retrovisores para ver si Bertrand estaba cerca o la observaba. Estaba segura de que aparecería detrás de ella, en el asiento trasero, por loco que pareciera. Tenía ese aire desagradable. Una decía que, si no hubiera elegido el camino de un científico trastornado, se habría decantado por el de un asesino en serie.

Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que él había tomado el camino de ambos: científico y asesino en serie.

El Dr. Bertrand la tenía en el punto de mira. Siempre la había tenido bajo vigilancia, y ahora le había dado motivos para sospechar de ella. Nunca había estado tan cerca de ella en el trabajo. A menudo parecía feliz de librarse de ella. Después de entrar y encontrarla junto a James, la había escoltado con bastante brusquedad fuera del bloque de celdas y la había acribillado a preguntas.

Luego se pasó las dos horas siguientes revoloteando sobre ella mientras trasteaba con uno de los escáneres que sabía que había recibido una orden de servicio. Por suerte, había tenido la previsión de romper el maldito cacharro para empezar.

Su mirada penetrante se había detenido en ella, erizándole la piel. De repente, se había acercado demasiado, invadiendo su espacio, y su aliento caliente había recorrido su mejilla. Aún podía oler el hedor que había salido de su boca. El hombre debía de haber almorzado algo horrible o, por naturaleza, desprendía mal olor.

Mercy estaba orgullosa de sí misma. No se había derrumbado bajo presión. Nunca dijo por qué había estado en las instalaciones en lo que iba a ser su día libre. James necesitaba que se mantuviera fuerte, que no se doblegara ni se rindiera, como ella deseaba desesperadamente.

No has engañado a nadie.

Ella lo sabía. Pero tampoco había roto la tapa. Aun así, era cuestión de tiempo que ella también desapareciera. Otros lo habían hecho. Había encontrado un grupo de archivos encriptados de antiguos empleados. Junto a sus nombres aparecía la palabra «despedido» y la información adicional que descubrió le hizo darse cuenta de que se referían a ello en sentido literal.

Los habían matado.

Quería alejarse a toda velocidad y no mirar atrás, pero no podía hacerlo. James y el resto de personas como él dependían de ella, aunque James no lo supiera.

No podía creer que quisiera que le abandonara y huyera. ¿Por quién la había tomado?

«Vete a casa, haz la maleta y prepárate para dar el paso», se dijo a sí misma en el coche, hablando consigo misma mientras este hacía lo posible por calentarse. «Libéralo este fin de semana. Es ahora o nunca».

El único problema de su plan actual era que no tenía uno exactamente. Había hecho lo que se había propuesto. Había enviado todos los archivos al contacto de James. Aparte de eso, no había planeado nada. No era una agente encubierta ni una espía maestra. Solo era alguien que amaba la ciencia y odiaba ver en qué la habían convertido otros. Ninguna persona decente se quedaría mirando sin hacer nada lo que ella había visto.

En su mente, Mercy se había hecho a la idea de que, en cuanto enviara la información que había reunido a la gente sin rostro que James juró que la ayudaría, ellos intervendrían y todo mejoraría al instante. Pero no había sido así. Había enviado la información una semana antes.

No había llegado ningún caballero blanco.

Estaba sola.

Había supuesto que, una vez enviados los archivos, todo se arreglaría por sí solo. Pero no fue así. James estaba al borde de la muerte. Bertrand la seguía de cerca y no estaba más cerca de liberar a los sujetos de prueba de lo que había estado meses antes.

Parecía que no había servido para nada.

«No puedes detener algo del tamaño de La Corporación», susurró.

El pánico se apoderó de ella.

¿Qué había hecho?

¿Y si Bertrand mató a James por su culpa?

¿Y si venían a por ella?

Para.

Respira hondo y cálmate.

El viaje a casa le llevó más tiempo de lo normal. Se saltó dos giros porque le costaba concentrarse. Probablemente, no debería haber estado al volante, pero no tenía otra opción. La preocupación por James y los demás la consumía. Odiaba dejarlos allí, pero no tenía otra opción.

Bertrand incluso la había seguido hasta el vestíbulo principal, donde había recogido su placa y se había marchado.

Bertrand incluso la había seguido hasta el vestíbulo principal, donde había recogido su placa y se había marchado.

Si ella volvía a aparecer esa noche, él sospecharía demasiado. Tenía que ser lista. Además, tenía que creer que él no sabía que ella les había traicionado. Solo así podría seguir adelante.

Encontró una plaza de aparcamiento delante de su edificio, lo que le pareció lo más afortunado que le había ocurrido en todo el año, y se apresuró a entrar. Había pasado una temporada en Nueva York y a menudo le resultaba más fácil conducir por allí que por el centro de París. Por suerte, la Corporación estaba en la periferia de la ciudad. No en el centro.

Llegó a su apartamento sin tener que detenerse a conversar con su casera, que a menudo parecía estar pendiente de la llegada de Mercy.

Se dio prisa y se duchó, pues necesitaba quitarse de encima la sensación del contacto de Bertrand. Pensó en James y en los demás sujetos de prueba. Tenía que encontrar la forma de volver al edificio al día siguiente. No sobreviviría al fin de semana. No lo conseguiría si Bertrand seguía actuando de ese modo. Atascar la puerta de la celda de James solo le daría cierto tiempo, y el reloj corría.

Y la Corporación ya había trasladado a los demás sujetos de prueba sin previo aviso y, por lo

que ella sabía, sin previo aviso al lugar. Algo les había avisado.

Se preguntó si serían sus acciones.

Mercy sabía que el sueño se negaría a llegar. Mientras estaba tumbada, mirando la pared, su mirada se dirigió a la secuencia de ADN enmarcada del «hombre perfecto». Como siempre, cuando realmente le prestaba atención, un ligero zumbido parecía iniciarse en lo más profundo de su ser. No podía explicarlo. Tal vez fuera la emoción que le producían los filamentos representados. Le encantaba la ciencia.

Pero parecía algo más.

Una conexión.

Su cuerpo empezó a cosquillearle mientras intentaba imaginar cómo sería el propietario del ADN. Seguro que era guapo. Cerró los ojos y se pasó la mano por el cuerpo. Nunca se había preocupado por complacerse a sí misma. Parecía una tontería detenerse y dedicar tiempo a ello. Cuanto más miraba la foto enmarcada, más bajaba la mano.

Siempre estaba tan ocupada con su carrera que los simples placeres carnales la eludían. Deslizó la mano por debajo de las bragas y se tocó el monte, sintiéndose deseosa y libre. Ya excitada, el contacto de sus dedos con el pene hinchado le hizo perder el aliento. En su mente, imaginó al propietario del ADN. Era alto y musculoso, con hombros anchos y un cuerpo digno de estudio. Tenía el pelo oscuro y la voz grave. Por no hablar de que era agradable en el ámbito del equipamiento.

Se pellizcó el capullo y se lo frotó, arqueando la espalda, imaginando al hombre de sus sueños dentro de ella, llenándola, y empujando su cuerpo cada vez más cerca del borde de la felicidad. Mercy se mordió el labio inferior y apretó más fuerte contra la mano. Explotó y se estremeció, y su mirada volvió al ADN enmarcado.

Vaya, realmente necesito echar un polvo. Eso sí, sobrevivo al fin de semana.

Capítulo Seis

«DATE PRISA», dijo Duke, apoyándose contra la pared de la pequeña cafetería. El lugar le parecía demasiado pequeño o Duke era demasiado grande. No estaba seguro. Lo que sí sabía era que no tenían tiempo para esa mierda. Tampoco habían tenido tiempo para pararse a comer, pero nadie le había hecho caso. Tres cambia formas hambrientas le habían superado. Por lo visto, James podía esperar a ser salvado cuando los alfas necesitaban sustento.

Era bueno saber que todos tenían claras sus prioridades.

Solo podía esperar que si necesitaba su ayuda, esta llegara después de que hubiera comido mucho; de lo contrario, también estaría jodido. Corbin había intentado recalcar que, desde que llegaron a Francia y se aseguraron una base de operaciones, se habían enterado de que el objetivo se marchaba de día y no volvería hasta tarde.

Sin embargo, deberían estar allí. Deberían estar allí. No en un café.

Boomer se comió otro pastel cerca de la entrada del café y se chupó los dedos. Varias mujeres de la cafetería observaban la escena como si se tratara de porno softcore. Una de ellas se retorció en su asiento y Duke percibió el olor de su excitación. Boomer miró perezosamente en su dirección, pues también percibía el olor.

Duke no dijo nada, aunque su ceño fruncido lo decía todo. Striker también había encontrado a groupies, y el equipo solo había estado allí el tiempo suficiente para pedir café y desayunar algo.

Una morena alta se acercó a Duke, contoneando las caderas como si quisiera seducirlo. Era bastante agradable a la vista, pero a él le costaba quitarse de la cabeza la imagen del objetivo. La sonrisa estrafalaria de la doctora se le quedó grabada en el cerebro.

Quería al médico, no a una mujer cualquiera que le ofreciera sexo.

La mujer que tenía delante habló, y él no entendió nada de lo que decía, ya que estaba en francés. Sacudiendo la cabeza, le dirigió una mirada de «aquí no tengo nada».

Ella se acercó más y le puso la mano en el pecho. Normalmente, su pene habría querido salir a jugar. No era de los que dejaban pasar la oferta de sexo de una mujer hermosa. Ni él ni su pene mordieron el anzuelo.

Joder. Francia me ha roto.

Odio Francia.

La agarró ligeramente de la muñeca y le quitó la mano del pecho. Miró más allá de ella, hacia Striker, que estaba agachado permitiendo que una mujer cualquiera le lamiera la oreja. —Hemos terminado. Tenemos que irnos».

La mujer que estaba delante de Duke sonrió.

—¿Americana?

Él asintió con la cabeza.

Ella se empujó contra él. «Eres muy guapo».

«Lo sé», dijo, buscando a Corbin. No tenía sentido negar lo que sabía que era cierto. A las mujeres les gustaba su aspecto. Se había acostumbrado a ello con los años. Y, en ese momento, le daba igual lo que pensaran de él. Quería llegar al médico y, por supuesto, a James. Vio a Corbin y le levantó el brazo. «Vamos.

La mujer se esforzó más por tentarlo. Duke no sentía más que el impulso de salir pitando del café y poner los ojos en el objetivo. Se abrió la puerta y sonó el timbre, indicando que alguien había entrado. Boomer y Striker bloqueaban su línea de visión hacia la puerta. Duke olfateó el aire y, al instante, el olor de la cafetería cambió. El olor de la cafetería pasó de los posos de café y la bollería a uno profundamente erótico en cuestión de segundos. Cada parte de él respondió, tensándose, exigiendo que prestara atención.

Ese olor.

Era divino.

Mío.

El lobo que había en él aumentó rápidamente, tanto que por un momento pensó que perdería el control y cambiaría de forma. Tuvo que luchar por mantener su forma humana. No sería bueno exponer a todos los humanos de la cafetería a lo que realmente era. Además, con su estado de ánimo, posiblemente se comería a alguno o le follaría la pierna: estaba así de cachondo.

Perplejo por qué tendría el impulso de reclamar algo, cerró los ojos un momento. El olor no hacía más que aumentar a su alrededor. Le asaltaron pensamientos de pelo rojo y piel pálida y cremosa. Casi podía sentir la tirantez del cuerpo de una mujer envolviendo su polla mientras la empujaba hacia arriba y dentro de ella. Parecía real. Ella parecía real. Fuera quien fuera. Una mujer a la que no podía ver del todo en su mente, pero con la que estaba seguro de haber follado antes.

No.

Se dio cuenta de que no se trataba de una mujer con la que hubiera mantenido relaciones sexuales, sino de los restos de un sueño. Se le aceleró el pulso al pensar que se había quedado dormido en el avión y, al despertarse, había tenido un sueño erótico que no recordaba.

Un sueño en el que pronunciaba el nombre del objetivo.

El aroma del café le hizo pensar en ese sueño, en los pequeños fragmentos que le vinieron a la mente. El objetivo: Mercy Deluca.

Mío.

«¿Te encuentras bien?», preguntó Corbin en el camino mental que compartían. —preguntó Corbin en el camino mental que compartían.

Estoy tan lejos de estar bien que no tengo palabras para describirlo.

Su pene cobró vida y la mujer que tenía delante se atrevió a agacharse y acariciarlo. Él la cogió de la muñeca y la miró a los ojos. «Escuche, señora, no puedo creer que esté a punto de decir esto, pero no me interesa».

«Te sientes interesada», dijo ella, con la mano aún en la ingle de él. «Muy interesada».

Tuvo que apartarle la mano. La idea de acostarse con ella no le atraía. De hecho, cuanto más se acercaba ella y más fuerte se volvía el olor del café, más náuseas le daba la idea de acostarse con la morena. Quería gruñir y ahuyentarla. Su cuerpo no le pertenecía. Era para la otra, la del olor al que no podía resistirse.

¿Qué demonios le pasaba? Tenía la cabeza muy jodida. Se le habían cruzado los cables en el

cerebro. Tenía que enderezarse rápido antes de reclamar a una pobre desconocida porque su lobo no se aclaraba.

Necesitaba aire y salir del café.

Salió de cerca de la pared y miró a su alrededor con la esperanza de encontrar la fuente del asombroso olor. Lo único que encontró fue a Striker aceptando pequeños trozos de papel, con lo que Duke solo podía adivinar que eran números de teléfono escritos en ellos.

Corbin se acercó y le preguntó: «¿Estás bien?».

«Estoy bien». No lo estaba, pero no tenía sentido insistir en lo que no se podía cambiar. «Vámonos.

Corbin miró a la morena. «Parece ansiosa».

«Y algo más», dijo Duke, dirigiéndose a la puerta, deseoso de encontrar al objetivo y acabar con cualquier otra distracción.

Tragando saliva, luchó contra el impulso de volver a mirar hacia la cafetería. Fuera lo que fuese lo que le ocurría, no iba a arreglarse si seguía dejando que sus sentidos gobernaran sus actos. Estaban fuera de lugar. Solo estaba inseguro respecto a cómo tenía que enderezarlos.

Ya se preocuparía de eso más tarde.

Ahora tenía una misión.

Él y Corbin salieron del café y caminaron por la calle lateral en la dirección donde habían dejado la furgoneta. Boomer y Striker corrieron detrás de ellos, metiéndose papeles y servilletas en los bolsillos.

Habían venido en una misión para salvar a James, y esos dos idiotas iban a liarse a mamporros.

Imbéciles.

«Tienes que estar de broma», dijo Corbin cuando se acercaron a su furgoneta. Un pequeño coche económico la había bloqueado. El coche había aparcado audazmente justo a su lado, en el carril de circulación, lo que les impedía moverse.

Striker le dio un codazo a Duke. «¿Vamos?».

Duke echó un vistazo al pequeño coche y asintió. «Oh, lo haremos».

Boomer se rió. «Intenta no ser demasiado malo. Podría haber sido una situación de emergencia».

Corbin se apoyó en una farola con cara de aburrimiento. «¿En la cafetería? ¿Qué, había amenaza de que se quedaran sin pasteles?».

«Entendido», dijo Boomer, dando un paso atrás y cruzando los brazos sobre el pecho. «Continúa.

Striker fue a la parte delantera del coche y Duke a la trasera. Agachándose, Duke vio cómo Striker hacía lo mismo. El metal estaba frío al tacto cuando Duke deslizó las manos por debajo de la parte trasera del coche. Encontró un buen punto de sujeción y esperó, sabiendo que Striker haría lo mismo.

«Listo», dijo Striker.

Levantaron el vehículo con facilidad, suspendiéndolo a unos metros del suelo. —¿Dónde lo quiere, capitán? —preguntó Duke.

Corbin se reía demasiado como para hacer ningún comentario. Hizo un gesto con la mano, en señal de que no le importaba.

«Deberíamos llevarlo a la cafetería y preguntar de quién es», dijo Striker, haciendo reír más a su capitán. «Luego les enseñaremos a aparcar de verdad».

«Otra razón por la que odio a los franceses», murmuró Duke.

Boomer se relajó y dio unos golpecitos en el capó del coche. «La buena noticia es que probablemente los franceses también te odien».

«Si no lo hacen, pronto lo harán». Duke señaló con la cabeza un pequeño callejón. Apenas parecía lo bastante grande para que cupiera el coche. —¿Qué te parece ahí?

La risa perversa de Striker indicaba que había entendido perfectamente el plan y que estaba de acuerdo. «Yo te guiaré».

Llevaron el coche media manzana más abajo, sin prestar atención a su peso. Striker entró primero con su extremo. Tuvieron que trabajar un poco para que la cosa encajara. Estaría hecho una mierda y le faltarían los retrovisores laterales, pero les sería imposible mover la furgoneta. Y sacar la furgoneta sería imposible para su dueño.

Perfecto.

—Oye, ¿has notado algo diferente en la cafetería? —preguntó Duke.

«Comida. Mucha, y mujeres también. Muchas también».

«No importa».

Lo dejaron en el suelo. Striker saltó sobre el capó, abollándolo con su peso. Esbozó una amplia sonrisa y levantó una mano en el aire como si fuera el vencedor de algún juego al que hubieran estado jugando. «¡Eso va a dejar marca!».

—Ahora, ¿podemos llegar al objetivo? —preguntó Duke, volviendo a pensar en el médico pelirrojo.

Striker bajó de un salto y se colocó junto a Duke. —Aguafiestas.

Capítulo Siete

MERCY SALIÓ de la pequeña cafetería con su café para llevar en la mano y una bolsita con un pastelito. Estaba agotada porque, como había previsto, no había dormido nada en absoluto. Había conseguido masturbarse —más de una vez— con una versión imaginaria de un hombre al que nunca conocería. Sabía lo patético que era. Lo patética que era.

Aún era demasiado pronto para volver al trabajo. Era su día libre y debía esperar a que le invitaran, pues de lo contrario levantaría aún más sospechas. Había accedido a uno de los puntos de entrada de localización remota de La Corporación por la puerta trasera y había desactivado dos escáneres vitales.

Pronto llamarían para que ella lo arreglara. Sería su turno. Tendría que ser rápida y esperar que Bertrand no estuviera. Solo de pensar en él y en la extraña forma en que la miraba se estremecía. Le llamaba canalla sin tener que decir una palabra. Solo podía esperar no tener otro encontronazo con él.

Mientras tanto, necesitaba café. Al acercarse a una pequeña calle lateral, se detuvo de repente, con una gran compulsión, a mirar hacia abajo. Varios hombres corpulentos estaban allí hablando cerca de una furgoneta. Parpadeó y observó atónita como dos de los hombres cogían cada uno un extremo de un pequeño coche rojo y lo levantaban completamente del suelo.

Estaba demasiado lejos para distinguir sus rostros con detalle, pero no podía apartar la mirada del que tenía el pelo oscuro hasta los hombros. Estaba de espaldas a ella. Y qué trasero tenía. Casi se le hizo la boca agua al ver los vaqueros ajustados que le cubrían el trasero.

Vaya. Los hombres no tenían un trasero así en su vida cotidiana. Mientras estaba prácticamente babeando por el tipo bueno, se dio cuenta de lo que estaba haciendo: levantar el coche como si fuera una pluma. El coche se balanceó, mientras ella miraba la escena, incapaz de creer lo que estaba viendo.

Son sobrenaturales. Solo los hombres que no son humanos pueden levantar algo tan pesado sin esfuerzo.

Se le paró la respiración y se apresuró a seguir su camino, temerosa de que pudieran trabajar para La Corporación. Llegó a su edificio y puso la mano en la puerta principal.

Esta se abrió sobresaltándola.

Allí estaba la Sra. Faure, sonriendo ampliamente. La anciana era una especie de superintendente del lugar, aunque subcontrataba todo el mantenimiento y apenas hacía nada fuera de los cotilleos. Lo sabía todo sobre todo el mundo, y Mercy sospechaba desde hacía tiempo que aquella mujer estaba pagada por la Corporación para informar sobre sus movimientos. Dicho esto, Mercy no tenía amigos en Francia. Tampoco los tenía en Estados

Unidos, y la Sra. Faure era buena ahuyentando sus sentimientos de soledad.

Ella y la Sra. Faure se reunían a menudo para tomar el té y mantener una conversación ligera. A la Sra. Faure le gustaba utilizar su inglés y se esforzaba por enseñar francés a Mercy. La mujer también intentó enseñar a Mercy a cocinar, pero no lo consiguió.

Eso nunca funcionó bien.

El cerebro de Mercy no funcionaba así. Podía crear fórmulas complejas y resolver ecuaciones con facilidad. Si le pedías que hiciera sopa, era más probable que se intoxicara.

«¿Estás en casa esta mañana?», preguntó la Sra. Faure. «Trabajas casi todos los días».

Eso solía ser cierto. Fuera lo que fuese lo que tramaba la Corporación, últimamente él tenía cada vez más días libres. Tuvo que preguntarse si la estaban haciendo innecesaria o simplemente preparándose para matarla.

Cualquiera de las dos era una posibilidad.

«Voy a entrar dentro de poco. Tengo un montón de trabajo con el que ponerme al día», dijo Mercy, deseosa de subir a su apartamento para hacer las maletas y prepararse para lo que pudiera venir.

«Siempre estás trabajando», dijo la Sra. Faure. «Una chica de tu edad debería estar fuera, divirtiéndose, amando la vida, siendo cortejada por los hombres».

El romance ni siquiera entraba en el ámbito de existencia de Mercy. Nunca había tenido un momento romántico en sus casi treinta años de vida. Siempre había estado demasiado centrada en su educación y su carrera como para que algo tan frívolo como el romance la molestara o la desviara. Solo había tenido sexo consigo misma, y ni siquiera estaba segura de que eso contara.

Apretando una sonrisa contra su rostro, asintió. «Lo sé.

Alguien subirá a echar un vistazo a tu fregadero. Sigues teniendo problemas, ¿verdad?»

Lo estaba, pero no le importaba si se arreglaba o no. Le parecía algo muy trivial después de un día de trabajo. Sonrió y dijo: «Sí, pero yo…».

«Bien. Alguien subirá pronto».

Rindiéndose, Mercy se dirigió hacia las escaleras, y su mano entró en contacto con la vieja y desgastada barandilla. Parte del encanto del edificio residía en su antigüedad y en la atención al detalle que se le había prestado antaño. Aunque hacía tiempo que había perdido su brillo, aún le hacía sonreír al pensar en los días en que estaba en todo su esplendor. Le habría gustado verlo entonces.

«Oh», llamó la señora Faure cuando Mercy llegó a la mitad del primer tramo de escaleras. «Tienes nuevos vecinos. Se han mudado esta mañana temprano. Un grupo de hombres. Simpáticos. Atractivos. Quizá podrías encontrar un romance con uno o más de uno».

Mercy hizo una pausa. El único otro apartamento cercano al suyo estaba ocupado por un hombre que rozaba los noventa años cuando era de día. «¿Qué le ha pasado al señor Herbert?».

La señora Faure le dirigió una mirada que lo decía todo. «Murió ayer por la mañana mientras tú estabas trabajando. Pude alquilar su puesto el mismo día que falleció. Imagínate mi sorpresa».

Mercy se abstuvo de hacer comentarios.

«¿Investigarás a los hombres nuevos?», preguntó la Sra. Faure. La mujer seguiría insistiendo en el tema si Mercy no cedía sin más y la hacía sentir como si estuviera acechando a apuestos galanes.

«Vale, me lo pensaré», añadió Mercy mientras seguía subiendo las escaleras. Tenía cosas mucho más urgentes de las que preocuparse que de encontrar a un hombre. Media hora después, estaba en su piso. Estaba a punto de llegar a la puerta cuando vio a dos hombres bastante corpulentos que entraban por la otra escalera. Uno tenía el pelo rojo intenso, similar al color de

su cabello. Tenía las manos llenas de grandes bolsas negras. El hombre que iba con él también tenía las manos llenas.

Parecía sorprendido de verla. «Hola, muchacha, ¿por qué no estás en el trabajo?».

Se encendieron las alarmas. «Perdona, pero ¿te conozco?».

Se aclaró la garganta. «Hablé con la casera. Me dijo que nuestro nuevo vecino estaba trabajando. Eres nuestro nuevo vecino, ¿verdad?».

Una sonrisa rozó sus labios. «Así es. Acaba de hablarme también de ti».

Y quiere que salte sobre todos tus huesos.

La pelirroja parecía no saber qué decir a continuación. «Hace buen tiempo, ¿eh?».

«Supongo». Siguió mirándola fijamente de un modo desagradable.

«Bien. Pues que disfrutes del día».

El hombre que lo acompañaba le dio un codazo y se inclinó hacia él, susurrándole algo al tipo claramente escocés. El escocés sonrió abiertamente, con la mirada clavada en ella todo el tiempo que él y el otro hombre estuvieron dentro del apartamento de enfrente.

Era extraño.

Sacudió la cabeza y entró en su casa. Tenía un largo día por delante y no podía permitirse el lujo de dejar que sus nuevos y extraños vecinos le molestaran. Tenía que hacer las maletas, ponerse a trabajar y sacar a James de allí.

Es más que probable que mueras en el intento.

No pienses en eso.

Cerró la puerta de su apartamento y echó cada una de las cerraduras. No detendrían a la Corporación, pero la hacían sentirse mejor. Apoyó la frente en la puerta y exhaló, notando por primera vez el temblor de sus manos. Era su cuerpo, que le decía que sus niveles de estrés eran demasiado altos. No es que necesitara que le enviaran una bengala ni nada por el estilo.

Necesitaba concentrarse y hacer lo que tenía que hacer. Se acercó a la mesa auxiliar del comedor, abrió la puerta del armario y sacó unos auriculares modificados para reducir el ruido. Los conectó al móvil y seleccionó música. Era música clásica, alegre, para la que a menudo inventaba letras que sonaban a ciencia ficción.

Perfecto.

Cantó suavemente sobre la teoría de cuerdas de la física y su mente se calmó al instante, lo que la ayudó a encontrar su centro y a empezar a hacer lo que había que hacer. Fue a su dormitorio y sacó una pequeña bolsa. Le serviría para hacer una maleta ligera. No necesitaba mucha ropa. Lo más importante serían unas cuantas piezas vitales de tecnología y el dinero que había estado reservando para ese momento.

Capítulo Ocho

DUKE SE VOLVIÓ cuando Boomer y Striker entraron en lo que iban a utilizar como base de operaciones mientras estuvieran en París. El edificio era el mismo en el que vivía su objetivo. Cuando se habían presentado a última hora de la noche anterior, con la esperanza de encontrar un lugar decente y una posición ventajosa para observarla, una mujer regordeta y anciana había parecido surgir de la nada, preguntándoles si habían venido a alquilar el apartamento del hombre que había muerto aquella mañana.

Los hombres compartieron una mirada, y fue Duke quien dijo que sí. Resultó que era el apartamento de enfrente de su objetivo.

Aún mejor.

Boomer y Striker se quedaron justo detrás de la puerta, con cara de culpabilidad.

«¿Qué has hecho?», preguntó.

Corbin salió del cuarto de baño. Tenía el pelo mojado por la ducha. «¿Quiero saberlo?».

Boomer señaló con el pulgar a Striker. «Acaba de hacer contacto con el objetivo».

«¿Tú qué?», preguntó Corbin. «No llegará hasta dentro de unas horas. La mujer que dirige el edificio nos dijo que nuestra vecina trabaja muchas horas y que estaría fuera hasta tarde esta noche».

«Bueno, está aquí», replicó Boomer. «Y estoy bastante seguro de que Striker consiguió echar por tierra cualquier posibilidad de que él o yo la siguiéramos. No solo habló con él, sino que nos echó un buen vistazo».

«Bonito», murmuró Duke. «Imbéciles».

«No me mires así», dijo Striker. «Ninguno de vosotros nos avisó de que ella estaba en el edificio. ¿Cómo íbamos a saber que nos encontraríamos con ella?».

«No sabíamos que estaba aquí», dijo Corbin.

«Qué buenos agentes especiales sois», murmuró Striker mientras se dirigía a la zona de la cocina. «Y, por cierto, es aún más guapa en persona. Aunque es un pequeño desliz. Viste raro. Lleva una camiseta de superhéroe con botas de follar. Me gusta».

Duke la deseaba desesperadamente, quería hablar con ella, establecer cualquier tipo de contacto con ella. Se acercó a la puerta. Corbin se interpuso en su camino. «Tendrás que esperar a que instalen las cámaras de vigilancia».

«Sí, me lo imaginaba», dijo, incapaz de encontrar más palabras. Duke no estaba seguro de poder esperar. Se dedicó a deshacer el equipaje, sin dejar de echar miradas a la puerta. Tenía que verla en persona. No había otro remedio. Corbin se enfadaría, pero Duke ya se ocuparía de eso más tarde.

Por ahora, necesitaba estar más cerca de ella. Se acercó a la puerta. «Me he dejado algo en la furgoneta».

Antes de que nadie pudiera decir nada, se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Se quedó mirando la puerta, sabiendo que ella estaba allí.

Tan cerca.

Estaba a punto de acercarse estúpidamente a su puerta, llamar y exigirle que se lo contara todo, cuando se abrió la puerta por la que acababa de entrar. Corbin estaba allí, con los ojos desorbitados.

«Boomer se ha encargado de la vigilancia. «Tenemos compañía. Van armados y se dirigen al edificio».

«¿Para nosotros?», preguntó Duke mientras un naufragio comenzaba en la boca de su estómago. Su mirada se dirigió a la puerta de Mercy. «Están aquí por ella, capitán. Lo sé en mis huesos».

Corbin le tendió un arma. «Te diría que vinieras aquí y te pusieras el traje, pero sé que me ignorarás. Protégela».

Duke le miró.

—Creía que ella era el objetivo —dijo.

«Creo que podríamos equivocarnos con ella», confesó. «Mi instinto también me dice que algo falla».

Duke no necesitaba que se lo repitieran. Se abalanzó sobre la puerta de Mercy y golpeó con mucha más fuerza de la que pretendía, sorprendiéndose incluso a sí mismo cuando la puerta voló hacia dentro y chocó estrepitosamente. Su adrenalina estaba por las nubes. Entró corriendo, esperando ver a una mujer gritando y frenética. No encontró a nadie. El salón principal estaba vacío.

Mierda.

«¡Dr. Deluca!», gritó.

No obtuvo respuesta. Olfateó el aire y percibió al instante un olor familiar. Era el mismo que había olido en el café. El olor que lo dejó en actitud reivindicativa. El lobo que llevaba dentro se despertó, arañando la superficie. Quería salir. Quería hacer algo drástico.

Reclamó a su pareja.

«Mío».

Duke tuvo que detenerse para estabilizarse, pues la idea de tener una posible pareja estuvo a punto de hacerle caer de rodillas.

Ponte las pilas. Vienen los malos y estás pensando en casarte.

Su cuerpo ignoró su orden. Conocía aquel olor. El lobo confirmó sus sospechas. Había estado en el café.

Es tuya.

Sentía como si trepara a través de una neblina de emociones. Su pene eligió entonces hacerse el tonto, endureciéndose, deseando lo que olía. Quería encontrarla y follársela hasta dejarla sin sentido.

Chico de abajo. Tenemos que ponerla a salvo.

Su pene le ignoró.

Figurado.

Duke siguió el rastro del olor y golpeó mucho más suavemente la puerta del dormitorio. De nuevo, no hubo respuesta. Sabía que estaba allí. Podía olerla. Quizá tuviera miedo. Al fin y al cabo, acababa de tirar la puerta de su casa a la zona de la cocina.

Giró el picaporte y abrió ligeramente la puerta. «¿Dr. Deluca?».

Duke no podía moverse. Todo su cuerpo actuaba como si le hubiera golpeado algo que le hubiera congelado en el sitio. Ante él estaba la diminuta doctora, bailando, entre todas las cosas. Sacudía el trasero mientras metía ropa disparatada en una pequeña bolsa. Cantaba una canción sobre una especie de cuerda. Él no la había oído nunca, pero, joder, si no era adorable lo que salía de ella.

¿Adorable?

¿Qué coño?

Ella no parecía haberse dado cuenta en absoluto de su presencia y era evidente que no le había oído echar la puerta abajo.

¿Cómo demonios pudo perderse eso?

«¡Doctora!», gritó, todavía clavado en su sitio al verla. Una parte de él temía que, si se acercaba más a ella, le entrara el impulso de follársela. No ayudaba el hecho de que ella siguiera moviendo su culito sexy. Era demasiado fácil imaginarla inclinada ante él, con las manos en sus caderas, manteniéndola en su sitio mientras él se alineaba con su núcleo húmedo. Su pene era dolorosamente grueso y duro, acorde con lo perfecta que sería la idea de estar dentro de ella.

No recordaba ningún momento de su larga vida en el que hubiera reaccionado tan ferozmente ante la visión y el olor de una hembra. Sin embargo, la que tenía ante sí había convertido su mente en un charco de papilla sexual y ella ni siquiera le había dirigido la palabra.

Joder. Si me habla, me corro.

Joder. ¡Francia sí que me ha roto!

Odio Francia.

Su pene empujaba contra sus vaqueros, deseando unirse a la diversión del baile. Cuanto más movía ella su culo perfecto, más excitado se ponía él. Bailó en círculo y se detuvo, con los ojos muy abiertos, cuando lo vio.

«¿Has venido a arreglar el fregadero?», preguntó con el grito más fuerte posible para alguien de su tamaño. Su voz se deslizó sobre él, acariciando su ansiosa polla, casi haciéndole perder el control. Tuvo que morderse la mejilla interior para ayudarse antes de hacer algo más vergonzoso. O simplemente agarrarla y besarla hasta que se derritiera contra él.

Hazlo.

Quería darle un puñetazo en la cara a su lobo.

«Eres… Tú. Aquí. Para arreglar. Arreglar las cosas. Él. Fregadero —repitió ella, aún gritando, pero esta vez puntuando cada palabra como si él fuera el simple. Se habría dado cuenta de que alguien empuñaba un arma.

«¿Qué? ¿Hablaba en serio? Llevaba un arma de fuego en la mano y quería saber si estaba allí para arreglarle el fregadero. Estaba total y completamente obsesionado con una loca. No había duda. Tenía que estar loca.

Jodidamente sexy, pero chiflada.

Conocía sus características. Las había leído, pero al verla en persona se dio cuenta de lo pequeña que era en comparación con él. El alfa que había en él quería atraparla y protegerla de todo lo malo del mundo. En ese momento, tenía que convencerla de que un tipo grande con una pistola en su salón era algo digno de pánico o, como mínimo, de atención.

Parecía ajena a ello.

Los cuentos de Striker sobre pelirrojas le vinieron a la memoria.

Duke tenía la sensación de que Mercy valdría totalmente cualquier dolor de cabeza o locura que aportara.

«No te oigo», dijo ella antes de sonreír ampliamente, regalándole la misma sonrisa estrafalaria que tenía en sus fotos.

Le estremeció hasta la médula. Quería besarla. No importaba que vinieran hombres a intentar matarlos a todos. Quería sus labios en los suyos.

Espabila.

Se quitó los auriculares. «Lo siento. Son antirruso. En realidad, los he ajustado para que lo ahoguen todo, no solo un cierto porcentaje. Funcionan de maravilla».

Él lo diría.

«¿Has venido a arreglar el fregadero?», preguntó ella, mirándolo atentamente. «No eres el tipo normal que arregla cosas».

Esperó a que se asustara al ver la presencia de un pistolero en su dormitorio. De acuerdo, él era el pistolero, pero, aun así, quería saber si ella tenía al menos un mínimo de instinto básico de supervivencia. Al parecer, la mujer no tenía ninguno. «¿Qué?

—El fregadero. No funciona bien. Has venido a arreglarlo, ¿no?».

«No», dijo él, haciendo lo posible por no gritarle por ser tan despistada. «No lo hago».

Arrugó la nariz y lo miró lentamente. «Estás increíblemente en forma. ¿Te lo habían dicho antes? Tienes una gran estructura ósea». Su mirada se deslizó hacia un cuadro enmarcado en la pared. —¿Nos conocemos?

Duke no entendía el cuadro de la pared. Parecía arte moderno mal hecho. Parecía estar bastante concentrada en la obra antes de volver a mirarle.

Ella aspiró un gran suspiro. «Oh, tienes una pistola».

Por fin.

«Escucha, Doc., tenemos que ponerte a salvo».

Su expresión cambió ligeramente. «No estás con La Corporación, ¿verdad?».

Sacudió la cabeza. No sabía quién demonios era La Corporación.

Ella dio un paso atrás. «Sois amigos de James y queréis matarme, ¿verdad?».

Levantó los brazos para indicar que no era una amenaza. No estaba seguro de que eso funcionara. Ella parecía muy absorta en su arma. Le dirigió una mirada lo más amable que pudo.

—Toma. Ya está, ¿vale?». Se metió el arma en la cintura. «Me llamo Duke y vengo en son de paz. Escucha, un grupo de hombres te está apuntando. Tengo que ponerte a salvo. ¿Te parece bien?».

Capítulo Nueve

MERCY PENSÓ en la advertencia de James y echó un vistazo a la habitación, intentando idear un plan de huida. En un momento había estado preparando una bolsa para poder huir en cuanto liberara a James y, al siguiente, tenía a un tipo atractivo en su habitación con una pistola en la mano.

Cuanto más lo miraba, más se acordaba de los hombres de la calle lateral, cerca del café. Los que habían levantado el coche.

Los que no eran humanos.

Jadeó.

Duke suspiró con fuerza. «Querida, no lo intentes. Soy más rápido de lo que tú puedes llegar a ser y no voy a dejar que te mates hoy. Así que coge esa bolsa que llevas y larguémonos de aquí antes de que sea demasiado tarde».

Se oyó un fuerte estruendo y Mercy supo que se les había acabado el tiempo.

Un hombre con un pasamontañas negro se acercó corriendo por detrás de Duke. Mercy señaló, queriendo de repente proteger al hombre del que acababa de entretenerse intentando huir.

Duke giró, pateó con precisión y golpeó al enmascarado. Duke apuntó su arma y disparó, alcanzando su objetivo con facilidad.

Nunca había visto a nadie recibir un disparo. Su mente no podía apartarse de toda la sangre. Hubo otro choque. Mercy se sobresaltó y abrió mucho los ojos. Todo parecía suceder muy deprisa. En cuestión de segundos, la habitación que la rodeaba parecía llena de explosiones.

«No, pensó, son disparos». Disparos.

No conseguía que su cuerpo se animara a tirarse al suelo. En lugar de eso, se mantuvo erguida y miró asombrada cómo Duke agarraba a otro hombre con un pasamontañas y le retorcía el cuello. Se oyó un fuerte chasquido y Mercy supo que el hombre había muerto.

«¡Tenemos que irnos!», gritó, acercándose a ella.

Retrocedió y se golpeó la cabeza contra la pared. La secuencia de ADN enmarcada en la que había pensado mientras se daba placer cayó y se estrelló contra el suelo. Su idea del hombre perfecto se hacía añicos ante sus ojos, pero no pudo evitar mirar a Duke. Un extraño conocimiento la invadió al mirar de él a los trozos rotos del marco.

Dios mío, ¡es él! ADN-Macho-Perfecto está en mi salón con una pistola.

Estaba segura de ello. Ya nada tenía sentido. Todo en su mundo estaba patas arriba.

«¿Eres capaz de transformarte en lobo?», preguntó ella, ignorando los disparos que chasqueaban a su alrededor y que estallaban, y la habitación se llenaba de humo. Su mente estaba en modo científico. Cualquier otra cosa no era importante.

Duke la agarró. «Tenemos que irnos».

«Espera», dijo ella, tirando para que se quedara en su sitio. «¿Puedes? Tengo que saberlo».

¿Era realmente el hombre cuyo ADN la había obsesionado? ¿Cómo podía ser? Su mente le estaba jugando una mala pasada. Era un efecto secundario del miedo.

Tenía que serlo.

Con un gemido, la levantó. Tenía el descaro de levantarla, como si sus pensamientos sobre cualquier cosa no importaran. Ella intentaba resolver un misterio, y él la manoseaba.

Imagina que el ADN de su sueño pertenecía a un bruto. Pensó que con toda su fuerza muscular podría llevarla a cuestas como si fuera una muñeca. Mercy estaba a punto de soltarle un latigazo verbal cuando le pasó las manos por el antebrazo.

Vaya, realmente tenía los brazos grandes.

¿Por qué iba a gritar otra vez?

Capítulo Diez

DUKE AGARRÓ a Mercy por la cintura, levantándola con facilidad. Apenas pesaba nada y, una vez que la hubiera liberado de los tiradores que la perseguían, se aseguraría de que supiera que necesitaba comer más. Le gustaban las mujeres con algo de carne en los huesos.

Él se tensó, casi apretándola demasiado. Ella emitió un débil sonido y dejó de hablar durante unos brevísimos instantes, diciéndole que aflojara la presión que ejercía sobre ella.

Mi mujer.

La sujetaba como quien se mete un balón de fútbol bajo el brazo para correr con él. Extrañamente, ella seguía parloteando. Parecía tener una pregunta para cada cosa, aunque ninguna de ellas tenía mucho sentido para él. Parecían divagaciones sin sentido.

Está en estado de shock.

«Eres muy fuerte», dijo cuando cruzó la puerta con ella. «¿Levantas pesas? ¿Cuánto levantas? ¿Puedes levantar el peso de una persona? ¿Tomas esteroides? —Sí, ¿verdad? ¿Tu pene es pequeño a causa de ellos? Espera, ¿los cambia-lobos necesitan esteroides? ¿Eres un cambia-lobos? ¿Por casualidad la Corporación tiene archivada tu secuencia de ADN? Si es así, ¿comprendes que eres como el macho perfecto? Lo digo en serio. Totalmente perfecto».

La miró y se preguntó si realmente estaba conmocionada o si era así como era normalmente. La mujer se había estado riendo durante la foto del DMV. Quizá le faltaban algunos tornillos. Además, había pensado que él estaba allí para arreglarle el fregadero con una pistola. Cuando se dio cuenta de que había insultado su virilidad, gruñó.

No tomaba esteroides y su pene no era pequeño. Estuvo a punto de gritarlo. En lugar de eso, lo guardó para más tarde, cuando le mostrara lo grande que era en realidad.

Ella le agarró el brazo y le clavó los dedos cuando él se retorció para apartarla de en medio. «¡Ay!» «Demasiado apretado, Sr. Podría-ve-a-Canis-lupus».

A Duke se le contrajo el pecho y aflojó un poco el agarre. «Lo siento.

Tardó un minuto en darse cuenta de cómo le había llamado. La palabra «lobo» en latín. Tuvo suerte de sentirse total y completamente atraído por una mujer que era mucho más inteligente que él.

Le miró desde debajo de una capa de pelo rojo que le caía en la cara. «¿Cuántas calorías al día ingieres para poder... Oh, otro tipo malo».

Duke tardó un segundo en darse cuenta de lo que decía. Se giró rápidamente con ella, la dejó en el suelo y la protegió con su cuerpo mientras aparecía otro matón a sueldo. Este estaba al final del pasillo.

Corbin atravesó la pared que separaba a Duke de la nueva amenaza. La cabeza del capitán

estaba cubierta de polvo de yeso. Asestó un doble golpe con su arma en dirección a la nueva amenaza y el tipo cayó.

Duke asintió con la cabeza antes de mirar a Mercy. Tenía los ojos muy abiertos mientras miraba a su lado. Él suspiró. Ella lo veía como un monstruo. «Ese hombre te habría matado. Era matar o morir».

Ella inclinó la cabeza y lo miró fijamente. «¿Él? Sí. Era una eliminación necesaria».

«¿No estás enfadada?», preguntó, sorprendido.

Señaló a Corbin. «Ese hombre atravesó la pared».

Casi se echó a reír. Ella era el objetivo de un equipo de asalto y lo único que parecía aturdirla era el hecho de que Corbin atravesara una pared. «Sí, lo hizo».

«Como un superhéroe».

Se había fijado en su camiseta la primera vez que la vio. Estaba claro que le gustaban los superhéroes. Pero no quería que le gustara Corbin. «Oye, yo también puedo atravesar paredes. Eso no es nada. Antes levanté un coche».

«Lo sé», dijo ella. «Te he visto».

¿Lo había hecho?

Soltó una risita, parecía borracha. «¿Cuántos cambiaformas hacen falta para levantar un coche? Espera, yo me encargo de este».

Parecía como si lo estuviera calculando mentalmente.

Madre mía. Iba a ser un día muy largo.

«¿También levanta pesas?», preguntó, señalando en dirección a Corbin, con voz suave y expresión impasible. «¿O son las pesas las que le levantan a él? Esa es la cuestión».

«Probablemente, no tanto», dijo, sacudiendo la cabeza.

«¿Es un cambia-lobos?».

A Duke no le gustaba lo centrada que estaba en Corbin. «No, un cambio forma gato. Un werelion, para ser exactos. Tenemos que irnos. Tienes que recomponerte».

«Si metes a un cambia-gatos en una caja cerrada con un frasco de ácido cianhídrico, ¿el cambia-gatos está vivo o muerto?».

Corbin hizo un ruido extraño.

Duke lo miró.

—Lo siento, pero no creo que quiera meterte en una caja con ácido.

Sin embargo, podría estar equivocado.

Volvió a soltar una risita y luego tuvo hipo. «Paradoja del observador».

Duke no tenía ni idea de qué demonios estaba hablando aquella mujer. Solo sabía una cosa: estaba en estado de shock.

Agitó una mano hacia Corbin y se rió histéricamente. —Él cambia-gatos de Schrödinger.

Corbin se volvió y levantó una ceja. «¿Se ha golpeado en la cabeza?»

«No».

«¿Está borracha?», preguntó Corbin.

«Sí, nos tomamos un descanso para ir al bar, gilipollas», dijo Duke con sorna.

«Siento decírtelo, pero ella es diferente».

Duke se encogió de hombros. Se inclinó y la volvió a levantar, esta vez con más ternura que antes. La feroz necesidad de protegerla y, a la vez, hacerlo con delicadeza le abrumaba. Quería envolverla en una burbuja. «Sí, Doc, todos levantamos pesas».

«¿La tienes?», preguntó Corbin, acercando su seis.

«Sí».

«Boomer está cogiendo la furgoneta. Striker está abriendo camino por la escalera delantera», dijo Corbin.

Siguieron una serie de explosiones. Menudo camino estaba abriendo Striker. Por lo que parecía, podría haber un agujero en el lateral del edificio.

Mercy siguió hablando, casi sin parar, solo haciendo pausas para reír, mientras avanzaban por el edificio. La gente gestionaba el estrés de forma diferente. Al parecer, Mercy le encontraba la gracia y tenía una pregunta para cada cosa.

Duque tuvo que ponerla en pie para comprobar una puerta que había antes de la escalera. La volvió hacia él e hizo lo único que se le ocurrió para callarla.

La besó.

Debía ser casto, pero en cuanto sintió sus dulces labios sobre los suyos, Duke no pudo contenerse. Le metió la lengua en la boca y, para su deleite, ella le devolvió el gesto con pequeños gemidos de placer. Sus pequeñas manos encontraron su pecho y amasaron su camisa negra, rozándolo con los dedos.

La rodeó con los brazos y la levantó, comiéndole la boca. El lobo que llevaba dentro rugió y sintió el ardor revelador de un cambio pendiente en su boca. No quería hacerle daño, pero no podía dejar de besarla.

Ella acercó las manos a su cara, con los labios aún sobre los suyos. Tuvo que luchar con todas sus fuerzas para romper el beso antes de que accidentalmente le brotaran los colmillos. Su frente se acercó a la de ella mientras la levantaba del suelo. El momento era mucho más íntimo de lo que estaba acostumbrado. Normalmente, era de los que follan y se olvidan.

No con ella.

Nunca con ella.

«Te tengo, Doc. Estás a salvo conmigo».

«Lo sé», susurró ella, rodeándole el cuello con los brazos. Sintió el temblor de su cuerpo y quiso matar a todos y a todo lo que la había asustado. Acercó sus labios a los de ella, queriendo besarla de nuevo primero.

Corbin le dio un golpecito en la espalda. «En otra ocasión, quizá. Parece un poco fuera de lugar con tanta gente disparándonos y todo eso. Pero, por favor, no dejes que yo sea la voz de la razón».

Apartó su boca de la de Mercy, su cuerpo vivo por la necesidad de poseerla plenamente. —Imbécil.

Mercy parpadeó.

—¿Acabas de llamarme gilipollas?

«¿Qué?», preguntó, y entonces se dio cuenta de lo que había pasado. La puso en pie con suavidad. «No. Estaba llamando gilipollas a mi capitán».

«Tienes problemas con la autoridad, ¿no? Eso podría hacer que te despidieran».

Duke lanzó a su capitán una sonrisa burlona.

Gimiendo, Corbin se frotó la sien. «Ojalá».

Se tocó el labio inferior hinchado. —Me has besado.

«Sí, y pienso volver a hacerlo muy pronto».

Corbin se llevó la cabeza hacia atrás mientras subía las escaleras. —Suave, Marlow. Suave».

Duke se encogió de hombros y miró a Mercy. ¿Qué tenía ella que le volvía tan loco?

Sí, era impresionante.

Sí, su olor era divino.

Sí, era brillante.

Pero, ¿por qué ella? ¿Por qué parecía incapaz de pensar sin ella?

Porque es tu compañera, imbécil.

Aquel pensamiento le hizo volver a la realidad. La intensa necesidad de protegerla se apoderó de él y se inclinó para levantarla una vez más, esta vez para echársela al hombro mientras se apresuraba a sacarla del edificio. Corbin permaneció cerca y Striker se reunió con ellos en la entrada trasera.

«Boomer tiene la furgoneta», dijo Striker, indicándoles que le siguieran. «Ha podido coger una parte de nuestro equipo, pero vamos a dejar el resto atrás».

Una furgoneta se detuvo rápidamente delante de ellos. Striker abrió la puerta de par en par para Duke, y este prácticamente arrojó a Mercy dentro. La enderezó en cuanto subió detrás de ella. Striker le siguió y ocupó el asiento trasero, con el arma preparada. Duke cerró la puerta corredera de la furgoneta y Corbin subió al asiento del copiloto.

«Alterar la base», dijo Mercy, mirándose las manos. «Se añaden los productos químicos». Lo que decía no tenía sentido, pero seguía, repetía lo mismo.

Boomer miró a Duke. «¿Está bien?»

Duke no estaba seguro. Acariciándole la cara, Duke la miró fijamente. «¿Doctora?»

Ella parpadeó.

—¿Hmm?

«¿Estás bien ahí?», preguntó, con la preocupación invadiendo cada fibra de su ser.

Su pequeña mano encontró su mejilla. Le tocó debajo del ojo. «Tienes los ojos casi negros».

No dijo nada.

«¿Eres un cambio de forma lobo?», volvió a preguntar, sonando como un disco rayado. Por supuesto, era un disco que acababa de ser batido. «No me has contestado. Y tengo que saberlo. Creo que eres él».

«¿Él quién?», preguntó, dispuesto a matar a cualquier otro macho que intentara llevársela.

Se balanceó hacia delante y hacia atrás y rio suavemente. «La que me he tocado pensando en ella».

Todos los hombres giraron la cabeza y la miraron. Duke gruñó para advertirles de que apartaran la mirada. La rodeó con un brazo. Quería gritarle que se hubiera atrevido a tocarse pensando en otro hombre. Pero no lo hizo. «¿Quién es ese tipo? Quiero un nombre».

«En primer lugar, ¿eres un cambia-lobos?», preguntó.

Necesitó todo lo que tenía para controlar su temperamento. Si ella no le hablaba de ese otro hombre y pronto, era probable que cambiara de forma y le mostrara hasta qué punto era un lobo. Por supuesto, eso podría asustarla y él nunca querría eso.

Joder.

«Sí, soy licántropo».

Sonrió y dijo: «Supe que eras tú en cuanto te vi».

Confuso, acercó la cabeza a la de ella. «¿Qué sabías?».

«Que la secuencia de ADN te pertenecía», dijo. «La que tenía enmarcada en la pared».

Duke pensó en el cuadro de extraño arte moderno que había estado en su dormitorio. «No te sigo».

«Es una impresión de los resultados de ADN de un sujeto de pruebas de otra instalación. Una afiliada a la Corporación. Es de hace años».

«Duque», dijo Striker.

Duque ya sabía lo que el hombre quería decirle. Striker quería recordarle el periodo que había pasado encerrado por unos locos. Por aquel entonces le habían sacado un sinfín de

muestras. Apretó con más fuerza a Mercy, queriéndola a salvo y lejos de todos los horrores de su pasado.

Empezó a cantar sobre meter a Corbin en una caja.

Striker tocó el hombro de Duke. —Oye, ¿por casualidad la pequeña doctora tiene algo de verdecillo? Una vez salí con una hada y, cada vez que se ponía nerviosa, hacía chistes, hablaba sin parar y se reía. Pero valía la pena. Los duendes celtas son dinamita en la cama».

Ignorando a Striker, Duke miró a Mercy, pensando en lo que decía. ¿Tenía su ADN y eso la excitaba?

Ella también se siente atraída por ti. Como la naturaleza manda.

Jadeó y miró hacia delante, negándose a mirarla.

Supermono. Ese podría ser tu superpoder. Tener miedo de una pequeña pelirroja.

Se puso rígido.

Se apretó más contra él. Con la otra mano le agarró el muslo. «Eres amigo de James y no quieres matarme».

Casi se echó a reír. Matarla era lo más alejado de su mente. Follársela era más exacto. No creía que ella estuviera preparada para oírlo, así que se abstuvo de mencionarlo. «No, no quiero matarte».

«James dijo que me harías daño porque olvidé las contraseñas correctas», confesó ella.

Duque no pudo contenerse mientras apartaba mechones de pelo rojo de su pálido rostro. Quería acariciarla, tocarla por todas partes, el tacto de su suave piel le incitaba a seguir. Se resistió. Era difícil.

«Descubrimos que no eras uno de los malos».

«Eso está bien», dijo ella, mirando hacia abajo. «¿Vas a matar a la Corporación?».

No estaba del todo seguro de quién era la Corporación. «¿Son ellos los que se llevaron a James?»

Ella asintió.

«Entonces es más que probable que sí».

«Ellos son los que acaban de intentar matarme. Ya lo sé. Bertrand lo descubrió todo».

—gruñó Duque. Haría algo más que matarlos. Haría que todos desearan no haber nacido. Nadie haría daño a su mujer. Nadie. «Entonces, sin duda, los mataré», dijo.

«Bien», susurró ella.

Ella pareció relajarse y casi doblarse contra él. Sin saber qué hacer, Duke se sentó torpemente un momento antes de levantar el brazo y rodear la pequeña figura de la mujer. La estrechó más y pensó que podría intentar arrastrarse a través de él.

«James dijo que vendrías», susurró ella contra su pecho. «No creí que lo hicieras».

«Lo hicimos».

«¿Y me ayudarás a salvar a James?», preguntó.

«Le salvaremos».

«¿Levantas pesas?», volvió a preguntar.

«¿Está bien? —Striker se tocó la sien— ¿De la cabeza?».

Duke le miró con dureza. «Ha pasado por muchas cosas. Unos hombres intentaron matarla».

«Los envía Bertrand», añadió. «Sabe que estoy ayudando a James y a los demás».

Duke tomó nota mental de matar a Bertrand en cuanto se presentara la oportunidad, fuera quien fuera.

Mercy siguió balbuceando y haciendo una pregunta tras otra. Duke se dio cuenta de que lo hacía con el cuerpo pegado al suyo. Duke cogió su pequeña mano, incapaz de ignorar su

diferencia de tamaño. Ella se acurrucó contra él. Todo el cuerpo de Duke se encendió de necesidad. Carraspeó, esperando que los otros machos no captaran la evidente energía de apareamiento que emitía.

La mirada despreocupada de Striker en su dirección, seguida de un movimiento de cejas y un asentimiento, le dijo a Duke que no había conseguido ocultar sus deseos.

Boomer conducía con bastante velocidad, teniendo en cuenta la cantidad de tráfico que había en París a esa hora del día. Consiguió esquivarlo sin detenerse. Si alguien les había seguido, hacía tiempo que se había ido.

Capítulo Once

MERCY ESTABA PRÁCTICAMENTE pegada a uno de los hombres que habían irrumpido en su vida de la nada. James le había hablado de esos hombres, contándole historias sobre cada uno de ellos, pero sin nombrarlos nunca. Había dejado de hacer tonterías y de reírse en momentos inapropiados, y lo reconocía como un signo del estrés que sufría. Quería disculparse, pero le daba vergüenza llamar más la atención sobre su comportamiento.

Duke la abrazó como si la conociera de toda la vida. Estaba agradecida por ello. Nunca se había visto como alguien que necesitara consuelo. Sobre todo porque nunca nadie había cuidado de ella. Una vez un hermano adoptivo la abrazó tras tener una pesadilla, pero eso fue todo.

Sentarse cerca de Duke, que la sostenía contra su poderoso armazón, hacía que todo lo que estaba ocurriendo pareciera mejor. Le daba esperanza. Y ella creía que ya no le quedaba nada parecido.

No sabía adónde iban ni cuánto tiempo llevaban conduciendo. Lo único que sabía era que Duke se sentía seguro. Sabía algo más, más allá de toda duda: era su secuencia de ADN lo que la obsesionaba.

«Boomer», dijo el capitán, llenando el largo silencio en la furgoneta. «Aparca aquí, en ese aparcamiento abandonado».

El tipo que conducía hizo lo que se le había ordenado, y Mercy casi se asustó al hundir los dedos en el muslo de Duke. No estaba preparada para estar sola. Aún no. No después de todo lo que acababa de ocurrir.

«Shh, Doc», le dijo, con los labios cerca de su oído. «Estoy aquí contigo».

«Iban a matarme», dijo. «Es decir, sabía que lo intentarían en algún momento. Simplemente, no estaba preparada».

«Nadie lo es nunca de verdad», respondió él, y sus labios encontraron la mejilla de ella.

Pensó en su beso. En cómo le había robado el aliento. El mero hecho de reflexionar sobre ello la hizo estremecerse de deseo. Quería tener su boca en la suya una vez más. Quería que él ahuyentara todos los pensamientos de su cabeza.

Levantó la cabeza y lo miró fijamente. Era increíblemente guapo. Incluso le gustaba el desaliño de las cinco en punto, que supuso que mantendría siempre. Y su pelo… tenía un pelo estupendo. Quería pasarse las manos por él. Tragando saliva, se quedó mirando sus anchos hombros. Todo en él era grande.

Su mirada se dirigió rápidamente a la zona inguinal de él.

Tragó saliva con fuerza y luego lo miró, ruborizada por sus sucios pensamientos.

Enganchó un dedo bajo su barbilla e inclinó la cabeza, acercando la cara a la de ella. «Sigue

mirándome así y no creo que pueda impedir lo que quiero hacerte».

Estuvo a punto de preguntarle qué quería hacerle, pero se dio cuenta de que ya tenía una buena idea. El rosa tiñó aún más sus mejillas.

Duke rio suavemente y guiñó un ojo.

Si se derretía en un charco de hormonas, ¿podría alguien culparla? ¿Qué mujer podría resistirse a un tipo como él? No tenía ninguna posibilidad de enfrentarse a Duke. Ya tenía ganas de arrojarse sobre él y suplicarle que le hiciera lo que quisiera.

Patético.

Intentó cruzar miradas con él, pero no lo consiguió. «Para», le dijo.

«¿Para qué?». Sonrió.

Él sabía qué.

Imbécil.

«Deja de ser tú».

La pelirroja que tenía detrás se rió a carcajadas. «Buena suerte con eso, muchacha».

«Striker», dijo Duke con voz grave.

Mercy inclinó la cabeza. «Boomer y Striker son nombres muy extraños».

El hombre que había detenido la furgoneta levantó la mano. «Me llamo Miles, señora, pero Boomer es como me llama la mayoría».

«¿Por qué?», preguntó ella.

Le devolvió la mirada, con rasgos diferentes.

Casi como un gato, pensó.

«Porque me gusta volar cosas por los aires», dijo guiñando un ojo.

El llamado Striker se inclinó y puso la cara entre la suya y la de Duke. «Nunca te diré mi verdadero nombre. Jamás».

«Dougal», dijo Duke mientras le daba un puñetazo en la cara.

«Gilipollas», respondió Striker.

«Caballeros», dijo con calma el hombre que iba en el asiento del copiloto. «Si pudieran jugar amablemente, se lo agradeceríamos mucho. Ahora tenemos que discutir algunas cosas. Doctora Deluca, quédese en el vehículo». Abrió la puerta y salió.

Los hombres empezaron a salir del vehículo. En cuanto Duke empezó a alejarse de ella, chilló y le agarró la mano.

Se volvió y su mirada de ónice pareció atravesarla. Una suave sonrisa rozó sus labios carnosos y tuvo la impresión de que las sonrisas eran algo extraño para él. «Estás a salvo, nena».

¿Bebé?

Ella no dijo nada, sino que siguió cogiéndole la mano, pues la suya empezaba a temblar de nuevo. —Gracias por ayudarme.

Duke se arrodilló, parcialmente dentro y parcialmente fuera de la furgoneta, con la mano en la de ella.

El hombre rubio que había estado sentado delante se acercó a Duke, ocupando la zona abierta de la puerta corredera de la furgoneta. La mirada azul de este hombre se encontró con la suya. «¿James está bien?».

Ella negó con la cabeza. «No. Está herido. Hice todo lo posible por bloquear electrónicamente la puerta de su celda para que no pudieran volver a llegar a él durante al menos un día. Pronto se le acabará el tiempo. Y le di algo para el dolor porque una vez me dijo que ayudaba a acelerar la curación».

«Entonces, ¿estás aliado con James?», preguntó el hombre de ojos azules, sonando casi

aliviado. James tenía razón. Sin los códigos adecuados, probablemente parecía parte del problema, no de la solución.

«Hasta ayer, solo le conocía como Sujeto de Pruebas 87P. Me dijo que se hacía llamar Jimmy». Agachó la cabeza, sintiéndose culpable. «Trabajo para La Corporación. No sabía lo que eran en realidad. Cuando me di cuenta, ya estaba demasiado metida. Entonces descubrí que estaban torturando a James y supe que tenía que hacer algo». Se le llenaron los ojos de lágrimas y se sintió incapaz de contenerlas. «Quería liberarlo a él y a todos los demás. Pero no soy como todos vosotros. No sé luchar para salir de nada».

Duke se inclinó hacia ella y sus manos encontraron su rostro. Le limpió las lágrimas de las mejillas con suavidad y sacudió la cabeza con unos gestos tan tiernos que la conmovieron por dentro. ¿Quién era aquel hombre que había aparecido de la nada y había sacudido su mundo de forma total y completa? ¿Y por qué quería suplicarle que la abrazara y no la soltara nunca?

«Nada de eso ahora, Doc», dijo en voz baja. «Vamos a sacar a James y a los demás de ahí».

Tenía hipo mientras sollozaba. Mercy no era de las que lloran. Había tenido que aprender a ocultar sus emociones desde muy joven, pero el peso de todo aquello parecía derramarse sobre ella, haciéndola sentir como si estuviera en arenas movedizas y Duke fuera el único salvavidas a su disposición. «Trasladaron a los demás en el último momento. He intentado averiguar adónde fueron».

Se acercó más, con la cara a la altura de la suya. Siguió secándole las lágrimas. Como seguían cayendo, se acercó más y la sorprendió besándola bajo cada uno de sus ojos. El gesto fue tan increíblemente dulce que ella lloró más.

«La has roto», dijo Striker, sonando más lejano.

Duke fue a retroceder, y la idea de perder el contacto con él la hizo reaccionar con fuerza. Jadeó y luego se sorprendió a sí misma apretando sus labios contra los suyos.

Un gruñido emanó de lo más profundo de su garganta cuando su cuerpo empujó contra el de ella. Si el asiento no hubiera estado allí, estaba segura de que ya la habría tumbado de espaldas, con su cuerpo sobre el de ella. Se enfadó porque el asiento le estorbaba. Se había aferrado a su virginidad durante demasiado tiempo; si hubiera tenido amigos, la habrían juzgado y algunos no estarían de acuerdo con su razonamiento.

No le importaba.

Era su vagina.

Era su elección.

De nadie más. Los críticos podrían meterse con ella.

Y nada de eso importaba en ese momento. Había encontrado al hombre al que quería entregarse. Lástima que acabara de conocerlo.

No, le conocía desde hacía tiempo, pensó, y su mente se dirigió a la secuenciación del ADN que tanto le había gustado. Sencillamente, su cerebro estaba conectado de forma diferente al de los demás. Al parecer, también lo era su apetito sexual. En ese momento, su deseo sexual estaba desbocado por el macho alfa que la besaba.

En un segundo, el beso era casto, y al siguiente, la lengua de él se colaba en su boca. Aturdida, abrió más la boca para darle mejor acceso. Él la tomó. Su cuerpo empezó a estremecerse de deseo y su lengua tuvo mente propia para seguirle.

Vagamente, oyó que el otro hombre le decía algo a Duke. Su mente registró que intentaban controlarle. ¿Por qué? Ella lo quería desnudo. No controlado. ¿A quién creían que estaban ayudando?

Con otro gruñido, Duke separó su boca de la de ella, clavándole su oscura mirada. «No más

lágrimas».

Sintió la orden hasta en los dedos de los pies y se preguntó cuánto poder tenía sobre ella. De momento, mucho.

Ella asintió.

El otro hombre se deslizó dentro, empujando a Duke hacia atrás y fuera de la furgoneta. Estuvo a punto de alcanzarlo, pero lo pensó mejor. Tal vez convenía un poco de espacio para respirar. No era propio de ella ofrecerse a un hombre en la parte trasera de una furgoneta. Pero, desde luego, era un hombre delicioso al que ofrecerse.

Incluso ella tuvo que admitirlo.

La rubia señaló a Duke. «Lárgate antes de ir demasiado lejos con ella».

Duke pareció dolido, pero inclinó la cabeza. Retrocedió más y se alejó de su campo de visión.

Mercy estuvo a punto de entrar en pánico y tuvo que respirar hondo y tranquilamente antes de hacer el ridículo aún más de lo que ya lo había hecho.

El hombre de pelo largo, rubio, arenoso y ojos azules se sentó en el suelo de la furgoneta y ella se dio cuenta de que era para que le pareciera menos imponente. «Soy Corbin. Ya te llevas bien con Duke».

«Sí —dijo ella, avergonzada por sus acciones con Duke —.

Corbin respiró hondo. —¿Eres tú quien nos envió la información sobre James?

Ella asintió. «Me dijo cómo ponerme en contacto contigo. Antes de él, no sabía en quién confiar ni a quién acudir».

«Muy bien, amor» —dijo él, sonando aún más británico de lo que ya era. Cuanto más lo miraba, más fácil le resultaba verlo vestido con una cota de malla, montado a caballo y con una espada al costado. Tenía ese aire. «Lo que has enviado ha sido difícil de descifrar para nuestros analistas. ¿Qué puedes decirme sobre el lugar donde retienen a James y sobre las personas que lo retienen?».

Parpadeó varias veces, esperando tener las lágrimas bajo control. «Las personas que lo retienen están locas. Quieren crear una raza superior de superhumanos. Y tienen de su lado a gente poderosa. Los científicos de la zona en la que se encuentra James, quiero decir, James, son especialmente retorcidos. No durará mucho más. Está en muy mal estado. Intentó que huyera y le abandonara. Le dije que no y cree que voy a hacer que me maten».

El rostro de Corbin estaba repentinamente ilegible y ella sospechaba que eso se debía a los años de entrenamiento en las Fuerzas Especiales que todos los hombres parecían poseer. «Si te ha dicho que le llames James, entonces, por supuesto, llámale James. Y de las instalaciones... ¿Puedes decirme algo sobre su seguridad?».

Casi se echó a reír. «Puedo hacerlo mejor».

La miró fijamente.

Enderezó los hombros, sintiéndose un poco más en su elemento. «Yo fui quien creó los escáneres biométricos de estas instalaciones y tuve acceso directo al resto de su sistema de seguridad automatizado. Es posible que también les haya hecho algunos ajustes. Puedo evitarlo todo. Pero los guardias apostados en los distintos puestos son otra historia. Están fuertemente armados y son muy profesionales. No puedo sortearlos solo».

—Dr. Deluca —dijo. «Ya no estás solo».

Sonrió. «Mercy. Por favor, llámame Mercy».

Miró a un lado, a lo lejos. «Parece que Striker y Boomer lo están pasando mal para mantener a Duke alejado de ti».

Torció el cuello e intentó ver de qué hablaba Corbin. No podía ver más allá de él. El hombre ocupaba mucho espacio. Ahora que lo pensaba, todos los hombres que estaban con ella lo hacían.

«Si es demasiado intenso para ti, dímelo», dijo Corbin. «Aunque no será fácil, puedo mantenerlo alejado de ti».

«¿Por qué? —soltó, queriendo tener a Duke cerca de ella—. «No me molesta».

Los labios de Corbin se crisparon. «¿Cuánto sabes de nosotros, Mercy?».

Hizo una pausa, reflexionando sobre la pregunta. «¿Me estás preguntando si entiendo que eres más que humano?».

«Sí».

Cruzó las manos sobre el regazo. «Antes de trabajar para La Corporación, nunca soñé que existierais vosotros. Me arrancaron el velo de los ojos. Ya no lo ignoro. Y James habla a menudo de todos vosotros. Aunque dijo que erais sus hermanos. Supongo que ahora quiere decir hermanos de armas».

«De acuerdo, pero hemos sido hermanos de armas durante siglos, así que eso tiende a hacer que uno se sienta como en familia. Aunque nos hemos separado un poco de James, él forma parte del equipo tanto como cuando se alejó de él hace años».

Respiró hondo. Siglos. Sospechaba que los hombres tenían una vida prolongada, pero no lo sabía con certeza. Debe de ser agradable que la gente se preocupe por ti durante tanto tiempo. «Es mucho tiempo para tener una familia».

El ceño de Corbin se arrugó en señal de contemplación. «Pudimos obtener bastante información sobre ti. Nos dimos cuenta de que rebotaste por un número anormalmente alto de casas de acogida».

«Sí». Encontró la fuerza interior y retrajo sus emociones, consiguiendo el control sobre ellas. «Ese es mi pasado. Intento vivir en el presente. Puedo llevarte con James».

Inclinó la cabeza. «¿Y qué pasa con Duke? ¿Quieres que le ordene que se mantenga alejado de ti?».

«No».

—Mercy, ¿cuánto sabes sobre el apareamiento sobrenatural?

«¿Sexo entre otros como tú?», inquirió, y su mente pasó al modo analítico, como solía hacer cuando necesitaba ganar control sobre sí misma. «Sé por la investigación que encontré sobre experimentos anteriores que los científicos habían forzado acoplamientos entre algunos sujetos de prueba y, cuando encontré información de otras instalaciones que se encontraban en la mía, leí que intentaban reproducirlos. Incluso intentaban que los embriones crecieran fuera del útero. Parece que tuvieron éxito».

Corbin se puso rígido y ella se dio cuenta de que había hablado de su gente como si no fueran más que ratas de laboratorio. «Lo siento. Por favor, no creas que estoy de acuerdo con nada de lo que hicieron».

«Sé que no. He visto al escuadrón de asesinos que enviaron a por ti», añadió con la mirada uniforme. «Quieren quitarte de en medio. Eso significa que eres un problema para ellos. Un problema para ellos es una solución para nosotros».

Le gustaba cómo lo convertía en algo positivo. «Sí».

«Mantén el pito arriba».

Se quedó paralizada. ¿Acaba de decir lo que ella pensaba?

La expresión de su cara debió de alertarle de que algo no iba bien. Se aclaró la garganta. «Significa que mantengas la barbilla alta».

«¿Es algo británico?»

Asintió con la cabeza.

«Quizá quieras evitar decírselo a los estadounidenses. Peckers y mantenerlos en pie no tiene el mismo significado para nosotros».

«Tomo nota». Guiñó un ojo. —Y, Mercy, no me refiero al apareamiento como coito, piensa que el término «apareamiento» aplicado a nosotros es como…

Entonces se dio cuenta. «Como entre lobos. Cuando una pareja se aparea para toda la vida o algo parecido».

Su sonrisa le iluminó los ojos. «Exacto. Para nosotros, una pareja es alguien que básicamente es la otra mitad de tu alma. Una persona perfecta, hecha solo para ti y tú para ella. Las uniones suelen producir descendencia, aunque no siempre. Y las uniones entre verdaderos compañeros de vida duran para siempre».

Asimiló sus palabras. Luego le tocó el hombro, agradecida porque le dedicara tiempo, pero insegura de por qué hablaba de ese tema o parecía seleccionar sus palabras con tanto cuidado. Nada de esto se aplicaba realmente a ella ni a su circunstancia con ellos. «¿Por qué me explicas todo esto ahora? ¿No deberíamos centrarnos en sacar a James?».

«Sí —rió suavemente—. Deberíamos, pero te lo explico por Duke». «Deberíamos, pero te lo explico por Duke».

«¿Qué pasa con él?», preguntó ella, siempre curiosa.

«Mercy, la forma en que se comporta contigo es diferente a como lo ha hecho con nadie. Nunca». Corbin le tocó el hombro con la mano. —Realmente no puedo describir cómo es tener una pareja macho alfa, porque yo soy un macho alfa y no estoy emparejado. He oído hablar de ello a algunos de los pocos hombres que han conseguido encontrar esa felicidad. Dicen que sus parejas se quejan de que son autoritarios, sobre protectores, etc. Pero, Mercy, que sepas que Duke nunca te haría daño. Y si estoy en lo cierto y eres quien creo que eres para él, moriría por protegerte».

Sus ojos se abrieron de par en par. Ya tenía bastante con responder. No necesitaba que se acumularan cadáveres por su culpa. «Nadie puede morir por mí».

Corbin le apretó la mano que tenía sobre el hombro de forma reconfortante. «Te estás perdiendo la visión de conjunto».

Hubo un alboroto fuera de la furgoneta y, lo siguiente que supo, fue que Duke estaba allí, arrancando a Corbin de su posición sentada, medio dentro y medio fuera de la puerta abierta de la furgoneta.

Jadeando, Mercy salió disparada de la furgoneta para encontrarse con que Duke era arrancado de Corbin por los otros dos hombres.

Corbin suspiró. «Me lo temía».

«¡Quita tus malditas manos de mi mujer!», gritó Duke con voz estruendosa.

¿Su mujer?

Mercy se apretó contra la furgoneta, la testosterona que flotaba en el aire era lo bastante densa como para cortarla con un cuchillo.

Las manos de Duque empezaron a cambiar. De sus manos brotó pelaje y sus dedos se alargaron y adquirieron la forma de afiladas garras en sus puntas. Su cerebro se esforzó por procesar todo lo que estaba ocurriendo, pensando demasiado, como de costumbre. En cuanto comprendió lo que ocurría, un grito estrangulado se desprendió de ella.

Duke estaba desafiando a otro macho alfa, por lo que él percibía como su hembra.

A ella.

Se detuvo en seco y su mirada oscura la encontró. Se detuvo y levantó la mano con las

garras. La vergüenza cubrió su rostro mientras bajaba los brazos. Ella observó con asombro cómo su mano volvía a la normalidad.

Eso nunca pasará de moda.

Duque agachó la cabeza y se volvió para alejarse.

Mercy se precipitó hacia delante, hacia el centro de los hombres. «Si hemos terminado de jugar, creo que tu compañero requiere nuestra ayuda».

Corbin sonrió.

—Creo que tienes razón. ¿Duke?

Duke la miró por encima del hombro. Cerró los ojos y levantó las manos delante de él antes de negar con la cabeza. «Vete».

«Deja de hacer pucheros», dijo rápidamente, sin saber por qué de repente ella misma sentía la necesidad de actuar como una niña.

Se volvió y levantó una ceja oscura, con una expresión atónita en el rostro. El hombre tenía buen aspecto, incluso conmocionado. «¿Haciendo pucheros?»

Con un rápido subir y bajar de hombros, dijo: «Te conozco desde hace un par de horas y me he dado cuenta de que tienes afinidad por las cavilaciones».

Striker se dio una palmada en la rodilla mientras se reía. —¡Te ha clavado, Marlow! No creo que la muchacha pudiera acertar más».

Duke le lanzó una mirada dura y Mercy esperó que el hombre volviera a atacar. No lo hizo. Pero estaba claro que quería hacerlo.

Molesta, se puso las manos en las caderas. «Duque».

Se enfrentó a ella. A pesar de su enorme tamaño, parecía asustado de ella. Eso, en sí mismo, era divertido. Ni siquiera mataba arañas. Las trasladaba a un lugar exterior, esperando que no volvieran. No era alguien de quien asustarse.

«¿Me ves como una…?». Miró a Corbin, preguntándose si lo entendería bien o lo liaría todo. «¿Una compañera?».

Duke se endureció y empezó a sacudir la cabeza, pero se detuvo y volvió a gruñir, levantando las manos. «¡Joder!»

Mercy tuvo que morderse el labio inferior para no reírse de su evidente incomodidad ante la idea de que, en efecto, la veía como una compañera. Era halagador, pero equivocado. «Gracias, pero no creo que sea tu compañera. Verás, no soy como el resto de vosotros. Solo soy el viejo y aburrido yo. Solo humano, bueno, casi humano. Hay alguna anomalía en mi ADN, pero estoy segura de que no es nada y sé que no era animal. Aunque me resulta muy agradable pensar que un hombre como tú podría llegar a interesarse por mí, estoy segura de que hay alguna confusión. Ahora, hablemos de James».

Boomer hizo un ruido extraño.

—¿Acaba de descartar la idea de ser la pareja de Duke?

«¡Creo que la quiero!». Striker sonrió, pasándose una mano por su larga melena. «Pelirrojas. ¿Ves? Te lo dije».

El comportamiento de Duke cambió casi al instante. Pasó de parecer avergonzado a parecer enfadado. Se abalanzó sobre ella y la miró desde su imponente altura. Ella no le temía en absoluto. Quería darle una patada en la espinilla para darle una lección. Pero no lo hizo.

«Mujer, ni se te ocurra rechazarme», dijo con una voz que ella supuso que pretendía sonar intimidatoria. «Te haré saber que no soy el tipo de hombre que acepta un «no» por respuesta».

Ella se mantuvo firme. «No, no, y, por cierto, no».

«Cásate con ella. Rápido, antes de que algún otro imbécil malhumorado se cruce con ella».

Striker se rió con más fuerza.

Boomer incluso se unió.

Corbin se quedó al margen, absteniéndose de hacer comentarios. Aunque él también parecía hacer todo lo posible por evitar reírse.

Duque se mofó, su mirada ardiente la recorrió lentamente como si la estuviera desnudando mentalmente. «¿Y los besos?».

«¿Qué pasa con ellos?», preguntó ella. Se sentía atraída por él. Era difícil no sentirse atraída por él. Era ese tipo de hombre. Eso no significaba que ella fuera su pareja.

«No me digas que no ha sido lo mejor que has probado nunca», dijo con voz dura.

Los labios de Mercy se contrajeron en una fina línea. Si él quería jugar a este juego, ella lo haría, y no se molestaría en ser amable. «Son los únicos besos que he dado, así que me parece injusto calificarlos como los mejores de la historia cuando no tengo ninguna base de comparación».

Los dos del otro lado se rieron más. Empezaron a apoyarse mutuamente mientras continuaban.

La mandíbula de Duke se endureció. «Mujer, no sé con quién crees que estás tratando aquí, pero no voy a quedarme de brazos cruzados y dejar que me pongas mi hombría en bandeja».

—Misericordia. No, mujer». Le disgustaba mucho que la llamaran así. Su mirada lo recorrió hasta la ingle. Era gruesa y abultada contra los vaqueros. No podía apartar la mirada de él. Saber que su polla había reaccionado así la conmovió. Nunca se había visto atractiva ni nada que pudiera despertar el deseo de un hombre, y mucho menos de un hombre como Duke.

Gimió y se acarició. «Deja de mirarme la polla o te la veré mucho mejor».

Ella se animó: «Interesante. De acuerdo. Adelante».

Parpadeó. «¿Qué?».

«Te ofreciste a dejar que observara tu reproducción».

Duke abrió mucho los ojos. Señaló la furgoneta. —Adentro. Ahora».

Corbin se acercó, haciendo todo lo posible por no sonreír. —Mercy, creo que lo que Duke intenta decir es: ¿estás preparada para ayudar a liberar a James?

—Sí, pero quiero examinar sus órganos reproductores. He encontrado muchos informes que indican que los machos de tu especie tienen órganos sexuales más grandes de lo que se considera normal, y hasta la fecha no he podido comprobarlo por mí mismo».

«Las», dijo Striker esbozando una brillante sonrisa. «Me encantaría que me utilizaras para tu investigación, pero él cambia formas lobo que tienes delante. Está a punto de perder los papeles. No permitirá que ninguno de vosotros piense en otros hombres. Es un cabrón con suerte al conseguir una pelirroja como tú. Eres una compañera que haría sentirse orgulloso a cualquier hombre».

Suspiró. «No soy una compañera».

Striker sonrió.

—No conoces la verdad sobre ti mismo, ¿verdad? ¿No la hueles?

Ella esperó, preguntándose de qué estaría hablando. Él no respondió. En lugar de eso, se acercó a Duke y le agarró el hombro. «Enhorabuena y cuida tu saco de bolas. Los pelirrojos pueden ser malos para la salud, pero merecen la pena».

Duke pareció calmarse un poco. Le tendió la mano, pero Mercy quiso ignorar el gesto. Quería rechazarlo con valentía. Algo en su interior se lo impidió. Se encontró funcionando con el piloto automático mientras extendía la mano hacia él. El contacto con él le hizo sentir calor en el brazo.

«Eres un poco imbécil», dijo ella, queriendo decir cada palabra. Era un poco imbécil.

«Lo sé». Se encogió de hombros, acercándola más a él. Se centró en Corbin. «Lo siento».

«No lo hagas», dijo Corbin. «No debería haberle puesto la mano encima. No en este estado. Hiciste lo que era natural».

Nadie parecía dispuesto a explicarle de qué estaban hablando. Tiró de la mano de Duke. «No soy tu compañera».

«Ajá, claro», dijo, ignorándola mientras volvía a mirar a Corbin. «Le sacamos la información que necesitamos sobre James y luego la ponemos en un lugar seguro cuando lo extraigamos».

«Por supuesto». Corbin hizo un gesto a los demás hombres para que volviesen a subir a la furgoneta.

Mercy apretó suavemente la mano de Duke. —Tengo que ir con vosotros. Soy la única que puede burlar la seguridad. Y no puedo enseñaros a ninguno de vosotros en el tiempo que nos queda para salvar a James. Sencillamente, no es algo que se aprenda en un día».

«No», dijo con firmeza. Por su expresión, no cedía en su decisión. «No permitiré que te pongas en peligro».

Ella abrió la boca para protestar, y él se inclinó rápidamente y capturó sus labios. El beso la estremeció hasta la médula. Gimiendo, le metió la lengua en la boca y le saludó. Él la levantó y las piernas de ella le rodearon la cintura, con la falda subida. El aire frío le corría por los muslos y oyó hablar a Corbin.

«Démosles un minuto», dijo.

«Se la va a follar contra la furgoneta», añadió Striker.

Mercy esperaba que Striker tuviera razón. Había esperado toda su vida ese momento. Uno que hiciera que todo mereciera la pena.

«Señor», dijo Boomer. «¿Debemos intervenir?».

«No», respondió Corbin. «Vamos a dar un paseo rápido y podremos discutir cómo nos encargaremos de extraer a James. Necesitan este momento. Duke lo necesita. No es bueno para nadie si está mal de la cabeza, porque necesita saber que su compañera lo aceptará».

Los besos de Duke fueron cada vez más fuertes y rápidos, y Mercy se encontró rechinando contra él. Caminó con ella en brazos y lo siguiente que supo fue que su espalda estaba contra la fría y dura furgoneta. Se llevó las manos al cuello mientras seguía besándole. Él apoyó una mano en la furgoneta y la otra se dirigió al muslo de ella.

«Mía», dijo él, rompiendo momentáneamente el beso.

«No soy tu compañera», dijo ella, jadeante, yendo de nuevo a por su boca. Algo la empujaba hacia delante, exigiéndole que se rindiera a aquel hombre, que se entregara libremente a él. Era casi instintivo.

Como si fuera un compañero.

Ella se puso rígida. Su mano subió más por su muslo, excitándola aún más. Se quedó sin aliento cuando su mano le acarició el trasero cubierto por las bragas. ¿De verdad iba a acostarse con ella al aire libre, contra una furgoneta?

Ella realmente lo esperaba.

No le importaba quién los viera. Deseaba desesperadamente a ese hombre.

Capítulo Doce

DUKE SE ESFORZÓ por mantener a raya al lobo mientras besaba a Mercy. Era difícil y sabía que estaba al límite, pero tenía que probarla, tenía que tenerla. Ella le había negado su identidad. El lobo no lo toleraría.

Tampoco lo iba a tolerar el hombre.

Ambas cosas le asegurarían saber a quién pertenecía.

La besó con más fuerza, queriendo grabarle su sabor en el cerebro. Ella tiró de sus hombros y luego le mordió el labio inferior. El animal que había en él se volvió salvaje. Duke deslizó la mano hacia delante y apartó las bragas. Ya podía oler su crema. Estaba caliente y húmeda para él.

Joder. No podía aguantar mucho más.

Le estaba volviendo loco y estaba a punto de dejar que su lado animal tomara la iniciativa. Duke apartó la boca de la de ella, respirando con dificultad y reteniendo al lobo que llevaba dentro. —Lo siento.

Ella le miró desconcertada. «¿Por qué lo sientes?».

Apartó la mano de sus bragas, avergonzado por su comportamiento. «Esto».

«Me encuentro total y completamente de acuerdo con ello», dijo ella, besándolo, llevándolo más al límite. La pequeña zorra iba a acabar follada contra una furgoneta si seguía así.

Duke quería aceptar lo que ella le ofrecía. Demonios, su lobo casi le exigía que lo hiciera, pero quería que aquel momento fuera especial. No ante un público que, por muy lejos que hubieran caminado, era más que probable que pudiera oír cada respiración que Mercy y él daban. Si conocía a Striker, le excitaría oírlo todo.

Duke se echó hacia atrás y le dio un beso en la mejilla. «Cuando estemos los dos solos, te haré gritar mi nombre», prometió.

Ella esbozó una risa temblorosa. «No creo que grite mucho».

Sabía que era virgen. Demonios, ni siquiera la habían besado nunca. Eso no le sorprendió. Le habría sorprendido más saber que había estado con muchos hombres. En el mundo sobrenatural, no era raro que las hembras se reservaran para sus parejas. Le gustaba saber que su compañera había hecho precisamente eso. Lástima que ella aún no se diera cuenta.

Lo haría.

Él se encargaría de ello.

«Por mucho que lo desee, estoy seguro de que, por mucho que los demás hayan caminado para darnos intimidad, son capaces de oír cada palabra que decimos».

Gritó, mirando en la dirección en la que se habían marchado los hombres.

«Probablemente, Striker se esté masturbando con esto mientras hablamos», dijo.

«¡Casi hemos terminado!», gritó Striker a lo lejos.

Se agarró a los brazos de Duke. «Dios mío, bájame».

La bajó al suelo y se aseguró de que la falda la cubriera. Sus manos permanecieron sobre su pecho y él se encontró devolviéndole la sonrisa extravagante que le dedicaba cuando lo miraba con ella pegada a la cara. Sonreír no era precisamente algo que se le diera bien. Nunca había tenido muchas razones para sonreír, hasta entonces.

Respiró hondo. «James nos necesita».

«Lo sé». Hizo una pausa, tenía tanto que decirle, pero le costaba encontrar las palabras adecuadas. «Piedad».

«¿Sí?».

«Me doy cuenta de que no entiendes del todo lo que es estar con un macho cambiaforma, pero, por favor, no me niegues quién eres. Yo lo sé. El lobo que hay en mí lo sabe. Necesito que tú también lo sepas». Le resultaba imposible describir a un no cambia forma, lo que era intentar acorralar a la bestia que llevaba dentro. Cómo era luchar con algo que tendía a pensar en términos de comer, matar y follar. No podía insistir lo suficiente en que, si ella seguía negando lo que había entre ellos, probablemente él haría algo estúpido. Incluso más estúpido que casi follársela contra una furgoneta en un aparcamiento.

Ella se mordió el labio inferior, tentándolo más. «No puedo ser tu compañera. No soy cambia forma».

«No tengo que serlo. Solo necesitas ser más que humano, y tú mismo has admitido que algo falla en tu ADN».

Jadeó y le miró con los ojos muy abiertos. Pronto entraría en razón. Él estaba seguro. «Deberíamos irnos ya».

Volvió a besarla, necesitando robarle un momento rápido más. Cuando acabaran en Francia, pasaría horas interminables complaciéndola, haciéndole ver lo que valía para él, todo ello mientras saciaba a su bestia. Por ahora, tenía que conformarse con momentos robados. «Sí».

Le tocó la mejilla. «Esto es mucho que asimilar».

«Lo sé», respondió. —Oye, llevo mucho tiempo vivo. Casi había perdido la esperanza de encontrarte».

Ella apartó la mirada y él esperó a que volviera a negarle quién era. En lugar de eso, se encontraron las miradas. «Creo que yo también te he estado buscando. Pero no me había dado cuenta».

Era un avance.

Se lo llevaría.

Capítulo Trece

EN EL LIBRO de los malos pensamientos, esta tenía que ser la peor, y Duke llevaba mucho tiempo vivo, así que tenía una buena ración de estupideces basadas en las que fundamentar su observación. Se quedaron fuera de las instalaciones reteniendo a James y esperaron mientras Mercy se dirigía a un pequeño lugar escondido y recuperaba una tableta electrónica que, al parecer, había guardado allí en secreto. Duke no quería que se acercara al maldito lugar, y mucho menos que se quedara a medio metro de una de sus puertas traseras.

Duke seguía furioso porque Corbin hubiera aceptado que Mercy les acompañara. No entendía por qué no se abrían paso a tiros. Tenían suficientes armas y podían conseguir más.

Que les echaran un polvo.

Haz una explosión.

Tenían a Boomer con ellos y hacía al menos una semana que no volaba nada. Estaba atrasado.

Que todas las autoridades francesas se les echen encima y se produzca un incidente internacional.

Odia las relaciones exteriores de mierda.

Pero odiaba más que Mercy le acompañara.

No tenía nada que hacer con ellos. Era una doctora diminuta que balbuceaba cuando estaba nerviosa. Ni siquiera se había dado cuenta de que había estado en su apartamento con una pistola en la mano. No era material de las Fuerzas Especiales. Y si le lastimaban un pelo de la cabeza, colgaría a Corbin por las malditas pelotas. El hombre sabía perfectamente quién era Mercy para Duke, pero estaba dispuesto a permitir que corriera peligro.

«Alguien todavía tiene las bragas revueltas», dijo Corbin en voz baja mientras atravesaban la puerta trasera de La Corporación. Mercy había jurado que ningún guardia vigilaba la salida porque la puerta no podía abrirse desde el exterior. Duke no estaba seguro de eso. Empezó a teclear algo en su tableta.

«Si la hieren, acabaré contigo», advirtió Duke.

Corbin se volvió y puso la mano en el antebrazo de Duke. «No va a escuchar y a mantenerse al margen, y necesitamos que entre. Ya la has oído. Han colocado trampas. Si activan ciertas alarmas, James está muerto. Ella quiere hacerlo y necesitamos su experiencia».

«No», dijo Mercy, apareciendo junto a ellos. Cómo era capaz de acercarse sigilosamente a ellos era un misterio. No muchos podían. «Tengo que hacerlo. Le hice una promesa y yo cumplo mis promesas, y si intentas decirme que no puedo ayudar, nunca te lo perdonaré». Miró fijamente a Duke, como si lo desafiara a decirle que no podía ayudarla.

Maldita mujer y sus ojos de bruja.

Se encontró cediendo ante ella. Algo que esperaba hacer a menudo. «De acuerdo. Pero escucha cada palabra que digamos o te llevaré sobre mis rodillas».

Sonrió: «¡Divertido!».

Suspiró.

Corbin se echó a reír.

Striker se acercó, repartiendo fusiles de asalto a cada uno de los hombres. Mercy extendió las manos para coger uno, pero Striker negó con la cabeza. «Pesa más que tú, muchacha».

«¿Qué me toca?»

Striker frunció los labios y levantó un dedo, indicándole que esperara un momento. Se marchó solo para volver con una pistola aturdidora. «Toma».

La cogió y la acercó a ella como si fuera preciosa, recuperando su sonrisa estrafalaria. —¡Gracias!

Duke se dio cuenta de que a Striker le gustaba.

Creo que es mi compañera —dijo Duke, empujando por el camino mental a los demás operativos —.

Sí, sé que es tu compañera. Y tú también.

Sí, me lo imaginaba —volvió a decir Boomer. Es simpática. Me cae bien. Intenta no estropearlo, ¿de acuerdo?

Corbin se limitó a asentir con la cabeza mientras se dirigía a la puerta donde ahora estaba Mercy, antes de teclear furiosamente en la tableta que sostenía. Se oyó un chasquido y la puerta se abrió de golpe. En cuanto se abrió, Duke pudo oler la sangre, la enfermedad y la muerte. Los otros cambiaformas que estaban con él también lo percibieron. Todos ellos compartieron una mirada. Eran plenamente conscientes de lo que suponían lugares como este. Cada uno había estado retenido en un lugar similar al menos una vez en su larga vida.

Algunos, más de una vez.

Parecía que siempre había alguien que quería desvelar sus secretos y duplicar lo que la naturaleza había creado. Nunca era suficiente. Algún loco siempre quería más.

Mejor.

Y lo mejor siempre tenía un alto precio. Normalmente, se pagaba con sangre. Duque aún recordaba vívidamente su cautiverio y lo que esa gente le había hecho. Se estremeció. Aún podía recordar cómo le habían ordeñado la semilla del cuerpo, dándole drogas para excitarlo, todo ello mientras un tipo con bata de laboratorio le manoseaba la polla, humillándolo y violándolo. Y eso había sido lo menos que había soportado.

James necesitaba ser liberado o excarcelado mediante la muerte.

Era lo único honorable que se podía hacer.

Duke tomó la delantera y miró a Striker, que vigilaba a Mercy. No era necesario decir nada en voz alta. Dicho esto, Duke se encontró aprovechando la vía mental que compartía con Striker y con los demás.

No hay que hacerle daño.

—¿Crees que no lo sé ya?

Todos velaremos por su seguridad, Duque —empujó Corbin por el camino mental —.

Boomer asintió, acercándose al seis de Mercy.

La zona en la que se encontraban parecía una especie de cocina-cafetería. Se abrieron paso por ella, sin encontrar a nadie debido a lo avanzado de la hora. Corbin tocó el hombro de Duke y le hizo una señal con la mano para que mantuviera la posición. Luego señaló la cámara instalada

en la pared del fondo.

Mercy estaba inclinada sobre una tableta que parecía ser su objeto de deseo. «Está desactivada», dijo.

Por supuesto que su compañero sería un gurú tecnológico. ¿Por qué no?

Probablemente, pensó que era un neandertal.

Comparado con ella, lo era.

Simplemente, sabía lo que quería y la quería a ella. Cuando pusieran a James a salvo, Duke tenía toda la intención de asegurarse de que la mujer supiera exactamente cómo se sentía. El orgullo se apoderó de él mientras la observaba hacer lo suyo, murmurando en voz baja, algo que Duke solo podía adivinar que era algo científico propio de cerebritos. La habían presentado al equipo de Operaciones Inmortales la semana anterior, después de ayudar a Eadan, y Duke tenía la ligera sospecha de que a Mercy le gustaría hablar con Green en algún momento.

Green era el grupo de expertos de Operaciones Internas. También él tendía a balbucear cosas que Duke no entendía. Ah, sí, él y Mercy se llevaban perfectamente.

Mercy levantó la vista y su mirada se cruzó con la de Duke. Sonrió y asintió. «Ya podemos irnos. Las cámaras de este nivel están emitiendo en este momento una repetición de ayer».

Maldita sea. Su mujer era buena.

Duke se levantó y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo, pues su sensible oído captó los pasos. Miró a Corbin, que asintió. Él también los había oído. Al prestar más atención, Duke percibió más de un par de pisadas.

¿Tres?

Corbin inclinó la cabeza, escuchando también, y luego asintió.

Los dos flanquearon la puerta. Striker levantó a Mercy y la llevó detrás de una isla central que parecía utilizada para servir comida. Se agachó con ella mientras se aferraba a su tableta, con los ojos muy abiertos.

Boomer vigilaba todo lo que ocurría detrás de ellos. No necesitaban que les sorprendieran. Por los datos que Mercy había podido mostrarles durante el viaje, parecía que la Corporación tenía guardias híbridos trabajando para ellos: guardias que habían empezado siendo alguna forma de ser sobrenatural y que luego habían sido modificados genéticamente para ser incluso más que eso. Se había topado con híbridos varias veces en el último año. Solían ser asombrosamente fáciles de derribar o casi imposibles.

Dependía del híbrido.

No pudo evitar que el temor por la seguridad de Mercy se apoderara de su mente. Sabía que no debía dejarse distraer. Permitir que cualquier cosa nublara su proceso de pensamiento en un momento como ese podría conducirle a la muerte. Posiblemente la de ella.

Eso no era una opción.

Se abrió la puerta y entró el primer guardia. Llevaba mucho equipo. Más de lo que llevaría cualquier guardia en una simple patrulla. Duke tenía pocas dudas de que aquel lugar estaba relacionado con el intento de atentado contra Mercy. Probablemente, habían recibido la noticia de que su equipo de asalto ya no existía. Ahora estaban preparados para la batalla.

Sabían que alguien vendría. Corbin se abrió paso por el camino hacia el equipo.

Duke reaccionó, agarró al primero y lo hizo girar hacia un lado. No se detuvo a charlar. En lugar de eso, agarró al hombre por el cuello y dio un rápido tirón. Arrojó el cuerpo inerte lejos de él y giró, enfrentándose al tercero mientras Corbin derribaba al segundo.

El tercero tuvo un poco más de tiempo para prepararse y consiguió asestar un buen golpe a Duke. Duke inclinó la cabeza hacia delante y hacia atrás, giró la mandíbula y sintió un fuerte

dolor. Contrarrestó el siguiente golpe y se lanzó contra el guardia, asestándole más golpes que el otro. Hizo retroceder al tipo contra la pared y luego agarró su cuchillo, poniendo fin a la lucha en silencio. Podría haber utilizado sus garras, pero le preocupaba mucho cómo lo percibiría Mercy. Ella parecía estar de acuerdo con lo que él era, pero verle arrancar una garganta con sus propias manos podría alterarla.

Miró en su dirección y la encontró luchando por liberarse del agarre de Striker. Lo consiguió dándole un codazo a Striker en la ingle.

Striker se agachó y Mercy se alejó de él, directamente hacia Duke y Corbin. Había una zona abierta entre ellos, y a Duke se le cayó el estómago al darse cuenta de que Mercy estaba en la línea de visión de cualquier persona que pudiera estar fuera de la puerta.

Se esforzó por oír si había alguien mientras corría hacia su compañera. El sonido de su propia sangre corriendo por sus venas ahogaba todo lo demás.

Mercy miró más allá de él, hacia la puerta abierta, y su expresión cambió. Levantó una mano y, de repente, Duke fue empujado hacia atrás por una fuerza invisible. Por el rabillo del ojo, vio cómo Corbin también era derribado.

El pánico ciego se apoderó de él.

«¡Piedad!».

Ella gritaba algo, y él tardó un minuto en darse cuenta de que era un galimatías, al menos para él. La mujer de pelo llameante y testarudo salió corriendo por la maldita puerta en dirección al enemigo.

Duke se puso en pie y corrió tras ella, solo para chocar con Corbin en la puerta. De repente, se vieron reducidos a la condición de novatos.

Gruñendo, Duke pasó por delante de Corbin y salió a empujones, y encontró allí a Mercy, que estaba de pie junto a un guardia abatido. No solo estaba muerto. No, era mucho más que eso. Parecía que le habían dado varias vueltas al cuerpo y, por la forma en que estaba tendido, no parecía que le quedaran muchos huesos.

Duke nunca había visto nada parecido, aunque había oído hablar de una secta de vástagos de duendes que eran capaces de causar daños masivos solo con pensarlo y cuyos efectos dejaban los huesos convertidos en gelatina.

La pregunta de Striker acerca de que Mercy llevaba un verdecillo dentro volvió a Duke. Tragó saliva. Era menuda, como todas las hadas. Y, desde luego, era más que humana. Además, solía balbucear y reírse cuando estaba estresada. Por no mencionar que había convertido a alguien en una retorcida masa viscosa.

Mercy bajó la mano, pareciendo confusa. Su mirada se topó con Duke, y él percibió el terror que emanaba de ella.

La agarró y la acercó a su cuerpo, abrazándola. «Shh, no pasa nada».

Ella temblaba en sus brazos. «Iba a utilizarla».

«¿Usar qué?».

Se echó hacia atrás y apuntó con lo que parecía una especie de pistola futurista. Cada vez le parecía más estar viviendo una película de ciencia ficción que en la vida real. Sacudió la cabeza, sin seguirla. «¿Qué es?»

—Está hecha para cegar y ensordecer a los machos sobrenaturales con ADN animal en su interior. Los efectos pueden ser permanentes».

Corbin soltó un silbido bajo, recogió el arma en cuestión y luego se volvió y la hizo pedazos contra la pared. Su atención volvió al guardia abatido y, luego, a Mercy. —Doctor, ¿qué has hecho exactamente?

Se inclinó más hacia el abrazo de Duke. —¿Eh?

—¿Hiciste algo que nos alejó de Duke y a mí, y luego salimos para encontrarnos en este estado? —Dio una patada al pie del guardia, el cual se agitó.

«Yo no he hecho nada —dijo, sonando insegura de sí misma—. «Yo solo… bueno, vi el arma y sé lo que puede hacer. He oído que en más de un sujeto de pruebas ha provocado una hemorragia cerebral, con resultado de muerte. Lo único que sabía era que no podía dejar que el tipo la utilizara, pero no hice nada. Simplemente se cayó».

Duke miró a Corbin por encima de su cabeza. Ninguno de los dos habló, pero ambos asintieron.

Era algo más que una humana, y eso le alegró el corazón. Eso significaba que podía aparearse con ella sin preocupaciones. Si no hubieran estado en medio de una inserción hostil, habría tenido más posibilidades de aparearse con ella en ese mismo momento.

Una necesidad ardiente se apoderó de él y tuvo que contenerla. Mercy le devolvió la mirada con los ojos muy abiertos. Él le guiñó un ojo para transmitirle que todo iría bien.

«¿Estás listo, Doc?», preguntó. «Tenemos que seguir avanzando y tú tienes que quedarte detrás de nosotros. De acuerdo».

«El arma te habría hecho daño», consiguió decir.

Te protegió como debe hacerlo una compañera, dijo Corbin.

Striker y Boomer se unieron a ellos. Striker se agachó cerca del guardia y le levantó el brazo. Este cayó al suelo como una serpiente de goma. «Genial, doctorcito. Genial».

Ella abrió la boca para protestar, pero Duke se inclinó y la besó castamente. Miró a Boomer. «¿Puedes vigilarla? Striker es una mierda».

—Oye, prueba a sentarte como un verdecillo. Striker esbozó una amplia sonrisa. Otra vez estaba tramando algo malo. «Es más dura de lo que parece».

Corbin inclinó la cabeza e hizo la señal con la mano para pedir compañía. Duke agarró a su mujer y la empujó para que se colocara detrás de él, antes de colocarse a su lado. Ella no protestó. Eso era bueno. Probablemente le habría curtido el trasero si lo hubiera hecho.

Sí, y me habría convertido en un charco de mugre.

Literalmente.

Striker tenía razón. Su mujer era cojonuda. El orgullo varonil le hinchó el pecho mientras la mantenía alejada del peligro. Corbin y Boomer acabaron rápidamente con los guardias que se acercaban, derribándolos con facilidad.

Duke asintió a Mercy. «Adelante, cariño».

Se dirigió al siguiente escáner biométrico. No estaba seguro de qué demonios estaba haciendo, solo de que hablaba sola mientras lo hacía. Eso, y que todo aquello era adorable.

Era adorable.

Cuando vio que una sonrisa boba se le extendía por la cara, la borró e intentó parecer severo. Sus compañeros estaban allí, sonriéndole.

Parece que, después de todo, no odias nada.

Duke rechazó a Striker.

Los otros hombres se rieron.

Mercy retrocedió al abrirse las siguientes puertas. Se detuvo antes de que ella lo siguiera. Duke también se detuvo. «Un segundo», dijo.

Ella jugueteó con algunos cables y luego le cogió de la mano y le permitió que la guiara hasta el siguiente nivel. Casi habían llegado al siguiente escáner y punto de control cuando se oyó un gran estruendo procedente de arriba, de donde acababan de salir.

Mercy levantó las manos e hizo una pequeña danza de la victoria. «Eso es. Eso es. Lo he conseguido». Lo he conseguido».

«¿Duke?», preguntó Corbin.

«No tengo nada». Y no lo tenía. Su mujer era una raza en sí misma. En realidad, no había otra etiqueta para ella que la suya.

Dejó de bailar y señaló hacia arriba. «Pensé que más guardias intentarían seguirnos, así que manipulé el escáner».

«¿Para hacer qué, exactamente, muchacha?», preguntó Striker.

Boomer se acercó olfateando el aire. Sonrió ampliamente. «¡Explota si se manipula!».

Mercy asintió.

Boomer le tocó el brazo. «Me gustas mucho, Doc».

Le dio una palmada en la mano. «Tú también me gustas, Miles».

—¿Dónde está la pistola aturdidora que te dio Striker? —preguntó Duke, preocupado por ella.

La sacó de la parte trasera de su falda y la investigó más de cerca. Duke casi podía ver cómo trabajaba su mente, averiguando cómo funcionaba. Su mujer era demasiado lista para él.

Demasiado jodidamente inteligente para él.

Le tocó la mejilla. «Quédate aquí con Striker. Volveremos cuando el próximo camino esté despejado. ¿Entendido?».

Ella asintió.

Capítulo Catorce

EN CUANTO DUKE y los otros dos estuvieron fuera de su campo de visión, Mercy corrió hacia uno de los laboratorios laterales. Striker la siguió, resoplando y sacudiendo la cabeza. «Muchacha, no puedes irte así como así. Podría ser peligroso. ¿Qué demonios es este lugar?

«Un laboratorio».

Observó las hileras de jaulas que se alineaban en las paredes. Eran pequeñas, hechas para animales, no para cambios de forma. En ese momento, albergaban a muchas especies animales diferentes. Mercy pasaba mucho tiempo aquí abajo después de las horas de trabajo intentando cuidar de los animales, intentar marcar la diferencia y darles algo parecido al amor y el afecto. Siempre les daba de comer, sabiendo que a veces los científicos les retiraban la comida como castigo.

Quería liberarlos de aquella horrible vida.

Striker corrió hacia la puerta del laboratorio y miró hacia fuera y luego hacia atrás. «No debemos dejar que Boomer vea esto».

No preguntó por qué. Striker se sintió atraído al instante por el lobo. Se inclinó ante la jaula y metió los dedos. Mercy tenía la sensación de que el lobo no le atacaría como siempre hacía con los científicos de la zona. Siempre que ella se acercaba a su jaula, le permitía alimentarlo, pero siempre le lanzaba una mirada de advertencia. Ella la respetaba y no la presionaba.

Como sospechaba, el lobo se acurrucó contra las manos de Striker, con un aspecto increíblemente triste. Striker asintió. «Lo sé, muchacho. Voy a liberaros a ti y a los demás. La hembra no debe sufrir ningún daño cerca de mí. Entendido».

No oyó nada, pero desde luego parecía que el lobo había entendido la orden de Striker. Desabrochó la jaula y ella se puso tensa, preguntándose si el lobo la atacaría, como había hecho con un médico hacía solo una semana, arrancándole la garganta. Había oído decir que querían sacrificar al animal. Ella había protestado, alegando que su alta agresividad era positiva para lo que esperaban crear: más machos humanos cambiaformas con tendencias muy agresivas.

No podía culpar al lobo. Las pruebas que había soportado eran bárbaras. Si hubiera tenido la capacidad de arrancarles la garganta a los científicos, también se habría entretenido en hacerlo.

El lobo se acercó a ella y se quedó paralizada. Lo olisqueó y, fuera lo que fuera lo que olía, le apretó la nariz contra la entrepierna. Ella chilló.

Striker se rió. «Estás en celo, muchacha. Eso se huele».

¿Calor?

Tragó saliva.

«No te preocupes. El lobo puede oler el olor a lobo de Duke en ti. Sabe que perteneces a

otro».

Ella inclinó la cabeza. «Otra vez esto no».

Striker se encogió de hombros y rascó la cabeza del lobo. «Liberemos a los demás, muchacho».

Mercy se sentía más segura en su posición y sabía que Striker no permitiría que le hicieran daño. Buscó lo que necesitaba y desmontó la pistola aturdidora, haciendo rápidos ajustes en ella. En un santiamén, la volvió a montar. Satisfecha con sus progresos, la levantó y la apuntó como si fuera un arma de verdad.

«Alégrame el día, imbécil». Se sentía como Harry el Sucio. Bueno, quizá no totalmente como él. Quizá un poco más sacado de una película de ciencia ficción.

La risa de Striker llenó la habitación, al igual que los sonidos de animales felices. Un grupo de ratas de laboratorio pasó corriendo junto a ella y se quedó quieta, conteniendo un grito. No parecía interesarles lo más mínimo. Muy pronto, el laboratorio se llenó de animales liberados. Los chimpancés se lo pasaban en grande, colgados de las lámparas, señalando y riéndose de Striker.

Era un Dr. Doolittle cualquiera.

Cuando Striker liberó a las panteras, Mercy pensó que se aplicarían las leyes de la naturaleza y todos los animales se atacarían entre sí. No fue así. Parecían seguir a Striker a todas partes, curiosas por lo que hacía, pero sin mostrar agresividad real entre ellas.

Bueno, excepto un chimpancé. No estaba tan contento como los demás. Estaba acurrucado en un rincón, emitiendo sonidos discordantes. Strike trató de acercarse a él, pero el chimpancé chilló, se golpeó el pecho y enseñó los dientes, advirtiendo de que se quedara atrás.

Striker gruñó, un sonido bajo y fuerte, animal, no humano. Cuando Strike la miró, su mirada, normalmente verde, era ahora ámbar. Volvió a mirar al chimpancé. El chimpancé bajó la cabeza.

Sintiéndose mal por el chimpancé y ligeramente preocupada porque el instinto animal de Striker le permitiera atacar al pobre animal, Mercy volvió a guardarse la pistola aturdidora en la cintura y se acercó corriendo. Se arrodilló y, para su sorpresa, el chimpancé corrió a sus brazos, abrazándola como si quisiera que lo protegiera del lobo-mutante malo y grande.

Ella le devolvió el abrazo.

—Och, ¿qué te parece? Deberíamos llamarle Duque. Odia a todo el mundo menos a ti. Igual que Duke».

Se rió con la broma mientras acariciaba ligeramente el lomo del chimpancé. «Parece un duque, ¿verdad?».

«Está decidido. Duque 2.0».

Ella sonrió: «No, Lil' Duke».

Striker dio un paso atrás y miró a la izquierda, a nada en particular. «Han despejado el siguiente puesto de guardia y necesitan que anules el sistema allí».

Jadeó. «¿Habláis telepáticamente entre vosotros?».

Asintió con la cabeza. «Así es».

«Eso está muy bien».

Sonrió.

—Lo sé —le dijo.

Se levantó y el chimpancé la agarró de la pierna. «No, cariño, no puedes venir. Todavía no».

El chimpancé la ignoró. Finalmente, le cogió la mano y miró a Striker. «No se va a quedar».

Lo sé. Es un guerrero. Puede que ahora te parezca dulce, pero es un luchador. Mira sus cicatrices. Hablan de sus batallas. Y no olvides que estaba dispuesto a enfrentarse a mí».

Se le hizo un nudo en la garganta y apretó más la mano de Lil' Duke mientras salían del laboratorio.

Striker apuntaló la puerta y rio suavemente mientras los animales escapaban. «Si a algún guardia se le ocurre flanquearnos, se encontrará con una sorpresa».

«Matarán a los animales», dijo con voz apenas audible.

«Solo si los animales no los matan antes. Además, estas criaturas preferirían morir luchando por la libertad que en jaulas. Es su naturaleza. Confía en mí. He estado donde ellas están. Es mejor caer en tus propios términos que en los de otros».

Ella no podía discutir su lógica. Él tomó la delantera y ella y Lil' Duke lo siguieron en silencio y lo más rápido posible. Llegaron enseguida al siguiente puesto de guardia. Corbin dio un respingo al darse cuenta de que el chimpancé la llevaba de la mano.

Boomer dejó lo que estaba haciendo con el teclado. Su mirada se clavó en Striker, que levantó las manos. «Los he liberado a todos. Lo juro».

Con una inclinación de cabeza, Boomer volvió a trabajar en el teclado.

Mercy se dirigió directamente hacia él, y el chimpancé la siguió. «¿Qué intentas hacer?».

«Obtener acceso».

Ella se abstuvo de hacer comentarios, pues se puso al frente del proyecto. El chimpancé se acercó a Boomer y sorprendió a Mercy escalando al hombre, abrazándolo y obligando a Boomer a abrazarlo como si fuera un niño grande. Boomer lo hizo, como si tuviera mucha experiencia en ese tipo de situaciones, y lo siguiente que supo fue que Boomer tenía su sien apretada contra la del chimpancé. Parecían estar unidos en una reflexión silenciosa.

Mercy entró rápidamente en la siguiente zona, sorteando las cerraduras de las puertas correderas. Estas se abrieron y Duke la llevó a un lado. En cuanto entró en contacto con ella, el chimpancé saltó de los brazos de Boomer hacia Duke, chillando. Duke tuvo que apartarla de él.

—¡Lil' Duke, no! —gritó Mercy.

Duke y el chimpancé se detuvieron y la miraron fijamente.

Duke le deslizó una mirada de reojo y le dijo: «¿Le has puesto Lil' Duke?».

Striker se rió. —Me pareció apropiado y todo. El chimpancé odia casi todo menos al doctor Cito. Igual que tú».

Duke la miró fijamente. «¿Le has puesto mi nombre a un mono?».

«No es un mono —protestó ella —.

Striker resopló.

—Tú eras el que hacía chistes de monos antes de salir de Estados Unidos. Ahora tienes uno con tu nombre. Deja de quejarte».

Mercy extendió los brazos y Lil’ Duke vino hacia ella. Pesaba mucho, así que tuvo que ponerlo de pie. Permaneció cerca de ella, mirando mal a Duke mientras le seguían de cerca. Una vez más, Mercy se vio obligada a esperar mientras se adelantaban para despejar el camino.

Lil' Duke permaneció a su lado, al igual que Striker, quien de vez en cuando la miraba y negaba con la cabeza. —Duke no dejará que te lo quedes.

«Ni siquiera pensé en quedármelo», dijo. «Necesita estar en un centro de rehabilitación o quizá en un centro de cuidados de larga duración para otros como él».

Striker la observó atentamente. «No eres como la mayoría de las chicas».

«Gracias. Creo».

Otros dos chimpancés aparecieron por el pasillo y Lil'Duke se alejó de ella en dirección a ellos. Ella no hizo ningún movimiento para detenerlo. Se alejaba de los disparos, así que parecía el lugar más seguro para él.

Striker le tocó el hombro. «Están listos para nosotros».

«¿Por qué eres mi canguro?».

«Porque soy el que tiene más encanto», dijo sin perder el ritmo.

Todos estaban en serios problemas si Striker era su encantador.

Él se rió y le guiñó un ojo, indicándole que se acercara. Ella lo hizo y, de repente, hubo una explosión junto a ellos. Striker se lanzó al suelo y se la llevó consigo, inmovilizándola. Hizo un ruido extraño y se sacudió por encima de ella sin apartarse.

Todo pareció traquetear por un momento y Striker sonó extremadamente lejano durante unos segundos en los que ella supo que realmente estaba sobre ella. Luego ya no lo estaba.

Duke estaba allí, agachado, tirando de ella y sacudiéndola ligeramente. Su boca se movía, pero ella no oía ningún sonido.

«¿Qué?

«¿Te has hecho daño?», le preguntó. Esta vez entendió lo que decía. Era débil, pero estaba ahí.

Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, había sido lo bastante fuerte como para afectar temporalmente a su oído. Asintió y le tocó el antebrazo.

—¿Estáis todos bien? —volvió a preguntar.

«Sí». Se quedó quieta. —¿Qué ha sido eso?

«Boomer intentó acceder a los escáneres de la siguiente estación. No salió bien».

Jadeó. «¿Está herido?».

«Él está bien. Excepto por su orgullo. Todavía tiene todos los dedos de las manos y de los pies. Gana en mi libro. Y este sería solo un ejemplo de cómo se ganó su apodo».

Frunció el ceño. ¿Tenían los hombres deseos de morir? Había sido muy clara con ellos al decirles que era ella quien tenía que saltarse los sistemas. Abrió la boca para decirlo, pero Duke se inclinó y la besó en silencio.

«Ya le he gritado, Doc», dijo sonriendo. «Ahora necesitamos tu ayuda».

«Yo diría que sí», añadió con descaro.

Duke tendió una mano a Striker, que seguía tendido en el suelo, con aspecto de haberse quedado sin aliento. Mercy le echó un vistazo y vio una puerta. Una que no estaba enganchada al marco de una puerta y también una que no pertenecía a la zona. Al darse cuenta de que Striker la había protegido con su cuerpo de ser golpeada por una puerta voladora, se agachó rápidamente y le tocó el brazo.

«Eres encantadora».

Se rió y luego gimió, poniéndose en pie. Se crujió el cuello y estiró los brazos por encima de la cabeza. «Eso hará que bombee la sangre».

Miró a Duke, que también se reía.

Los hombres estaban total y completamente desesperados.

En sus intentos por detener a los locos, de algún modo la habían emparejado con un grupo de inmortales imprudentes que, sin duda, harían caer todo el edificio sobre ellos si ella no los supervisaba de cerca. De repente, se sintió como una gallina madre a cargo de una guarida que cambia formas.

Y ninguno de ellos sabía escuchar lo más mínimo.

Miró a Duke, quien se sonrojó y encogió los hombros al hacerlo. «¿Qué?», preguntó.

Ella frunció el ceño. «Nada. Intenta no romper nada».

Señaló en dirección a Boomer. «Eh, lo ha roto él. Yo no».

Sí, los niños.

Avanzaron con facilidad por el siguiente nivel, y cuando por fin llegaron al nivel de James, dejó de ser fácil. Cuando entraron en el subnivel once, todo cambió. En un segundo estaba de pie y, al siguiente, Duke la tenía inmovilizada bajo su duro cuerpo, con la polla clavándose en la parte baja de la espalda.

«Quédate agachado», dijo mientras una lluvia de disparos pasaba junto a ellos.

Boomer y Corbin estaban delante, respondiendo al fuego mientras Striker lanzaba una granada. Mercy observó el desarrollo de los acontecimientos desde su posición bajo Duke, como si todo ocurriera a cámara lenta. Duke le cubrió las orejas con las manos y las apretó contra sí. La protegió mientras la habitación se sacudía y el calor la lamía.

Cuando terminó, se apartó de ella solo para arrastrarla hacia una esquina y empujarla hasta dejarla sentada. «¡No te muevas!».

Se quedó boquiabierta. Seguía dándole órdenes y ella lo odiaba. Si por un momento pensó que ella era del tipo de mujer que obedece todas las órdenes de un hombre, se equivocaba. Podía seguir jugando con los guardias. Llegaría a James contra viento y marea.

Se alejó de él a toda prisa, pasando por delante de los disparos, tratando de mantenerse agachada con la esperanza de que no le dispararan. Duke le gritó, pero ella le ignoró, con la mente centrada en llegar hasta James.

Capítulo Quince

MERCY SE AGACHÓ y luego se arrastró a través de lo que parecía una tormenta de disparos. Todo era tan fuerte que pronto dejó de oír nada. Era como si su cuerpo ajustara de forma natural el volumen de su audición para proteger sus oídos. Sin pensar en nada, siguió arrastrándose hasta llegar a las puertas del bloque de celdas. Sabía que no debía intentar escanear sus retinas. Probablemente, la Corporación también había intentado bloquearla. No importaba. Tenía una forma de evitarlo, como con todos los escáneres.

Quitó la parte delantera de la unidad y trabajó lo más rápido que pudo para realizar una derivación eléctrica, ya que su tableta estaba dañada. Tardó más de lo que tardaría en realizarse un bypass suave, pero consiguió que hiciera clic y que las puertas se abrieran. Agachada, Mercy siguió adelante, con la necesidad de llegar hasta James y cumplir su promesa, que ardía en su interior.

Duke se enfadaría.

Siempre está enfadado.

Se adentró unos metros en el bloque de celdas antes de que la levantaran del suelo con tanta fuerza que se quedó sin aliento. Se golpeó la nuca contra la pared y, por un momento, todo a su alrededor se desvaneció y volvió a desvanecerse.

El Dr. Bertrand la tenía agarrada y la golpeaba repetidamente contra la pared. Ella se agarró a sus muñecas, muy peludas y deformes, intentando que la soltara. Era fuerte. Mucho más fuerte de lo que debería ser un humano. Y sus rasgos habían cambiado. Eran casi animales.

Dios mío, es sobrenatural.

La mera idea de que hubiera tratado a los de su propia especie como lo había hecho casi hizo que Mercy se pusiera enferma. Explicaba muchas cosas. Por ejemplo, cómo era capaz de infligir tanto daño a James y a los demás cuando estaba solo. Solo un sobrenatural podía herir a otro sobrenatural de esa manera y con tanta fuerza.

«¡Puta!», escupió con la cara cerca de la suya. «Les dije que te mataran hace meses. Ya teníamos lo que necesitábamos de ti. Ya no nos servías».

Ella le arañó los brazos en vano. Volvió a golpearla contra la pared y el dolor fue tan intenso que le costó mantenerse consciente. La energía caliente parecía acelerarse en su vientre. Pateó a Bertrand, pero no consiguió detener su ataque. Desesperada, Mercy cedió a esa pequeña parte de sí misma que deseaba liberarse. Un segundo después, Bertrand la mantenía suspendida del suelo y, al siguiente, ella caía de costado con un fuerte golpe mientras él se tambaleaba hacia atrás.

Sus ojos brillantes parecían encenderse de rabia mientras arremetía contra ella. Retiró el pie calzado y le dio una patada tan fuerte que se deslizó casi todo el pasillo del bloque de celdas y se

detuvo ante la puerta abierta de la celda de James.

El dolor la recorrió, pero apartó los pensamientos sobre él, pensando, en cambio, en que la puerta de la celda estaba abierta.

«Ha matado a James. Llegó demasiado tarde.

Gritó e intentó ponerse en pie, pero no lo consiguió. No lo consiguió. Bertrand se puso sobre ella en un instante y le golpeó la cabeza contra el suelo implacable.

«¡Maldita zorra estúpida!», gritó mientras la golpeaba una y otra vez.

Hubo un movimiento borroso cerca de ella y, entonces, el peso de Bertrand se apartó de ella. Todo en Mercy le dolía tanto que le costaba un gran esfuerzo levantar la cabeza. Algo húmedo le pasó por un ojo, nublándole la vista. Su cerebro tardó uno o dos minutos en darse cuenta de que era sangre.

Su sangre.

Nada de eso importaba. Ella había querido salvar a James.

Había fracasado.

Mercy cerró los ojos y empujó con todas sus fuerzas para levantarse. No dejaría que ganara la Corporación. Primero quemaría su maldito edificio hasta los cimientos. Eso sí conseguía levantarse.

«¿Doc?», preguntó una voz suave y familiar. «Estás herido. No te muevas».

«¿James?», preguntó ella, empujando la sangre que tenía en el ojo. Allí estaba él, con el mismo aspecto que ella. Se había apoyado en la pared y estaba cerca de ella, con la mano sobre la suya.

«Ya estoy aquí. Espera, ¿vale?».

—¿Bertrand? —preguntó ella, temerosa de que matara a James.

Hubo otro destello y un gruñido. Se llevó la mano a la cintura y, sin pensarlo, sacó la pistola aturdidora que había ajustado. La empujó contra la masa que se le venía encima. Comprendió que, al aturdir a Bertrand, se aturdiría a sí misma y posiblemente también a James. Aun así, lo hizo. El dolor la invadió.

—¡Mercy! La voz de Duke rasgó el aire cuando el dolor venció y Mercy se encontró dando la bienvenida a la oscuridad que se deslizaba alrededor de su campo de visión.

Capítulo Dieciséis

DUKE SE PRECIPITÓ hacia lo que en algún momento debió de ser un pasillo totalmente blanco. A ambos lados había celdas alineadas. Eran más elegantes que cualquier celda que hubiera visto, y había visto bastantes. La sangre manchaba la pared y el suelo. Había una línea directa que iba de ella y, al inspirar, supo instintivamente que era la sangre de Mercy.

Está herida.

«¡Piedad!», volvió a gritar, con la desesperación nublándole la cabeza. El rojo parecía acercarse a su campo de visión. Le ardía la boca por el cambio. Quería atacar a algo, cualquier cosa, pero no veía más que sangre.

Suya.

—Aquí, Duque —respondió una voz que pertenecía a un hombre al que no había oído en una década: James. «Está herida. Está mal. Está inconsciente porque nos ha aturdido. Bertrand está aturdido, pero huye hacia el otro lado. Se ha estado inyectando varios ADN sobrenaturales, es algo que nunca había visto. Detenlo, Duque».

«¿James?» Duke corrió, casi resbalando sobre la sangre del suelo, sin reaccionar como el supersoldado que le habían entrenado para ser. No le quedaba ni un ápice de suavidad. Solo sobrevivía la necesidad más básica de velar por su compañero. Llegó al final del largo pasillo y encontró a James parcialmente encerrado en una celda, con la espalda contra la pared y a Mercy en su regazo, a la que sujetaba de forma protectora.

Estaba quieta.

Demasiado quieto.

Oh, dioses, ¡no!

Su corazón latía enloquecido al sentir que se le escapaba rápidamente el control de la realidad. Intentó aferrarse a ella, pero ver a Mercy allí, destrozada y ensangrentada, fue demasiado para él. Estalló. Duke se balanceó y el rojo entró en su visión. El humano que había en él perdió el control de la bestia. Sabía que estaba cambiando de forma y que iba a ponerse feo. No le importaba. Todos debían pagar por haber herido a su mujer.

Y pagarían por ello.

Normalmente, el cambio era indoloro. Este no trajo más que dolor. Tanto que Duke gritó cuando sus huesos crujieron. Su parte racional le dijo que eso era diferente y que iba a hacer algo de lo que no podría retractarse.

El resto le importaba una mierda.

Sus zarpas golpearon el suelo ensangrentado y el lobo que había en él aulló, llorando a su compañera. Duke miró con ojos de depredador y vio a otros cinco guardias que entraban

corriendo desde la otra dirección. Había un hombre con bata blanca detrás de ellos, señalando. La sangre de Mercy estaba en el hombre. El lobo podía olerla, incluso desde la distancia que los separaba. Había herido a la compañera del lobo.

Misericordia.

La rabia consumió a Duque y al lobo. Duke no hizo ningún esfuerzo por controlar al lobo. Lo dejó libre, dejó que controlara cada una de sus acciones. El hombre que había en él perdía cada vez más el control de la situación. Pronto perdería la capacidad de encontrar el camino de vuelta. Lo comprendía, pero no le importaba.

Tenían que pagar. Y el lobo solo aceptaba sangre y carne como moneda de cambio.

Cargó hacia delante, saltando en el aire, y sus mandíbulas rodearon el cuello de uno de los guardias. La sangre caliente del hombre llenó la boca del lobo, sin hacer nada por saciar su sed de más. Cuando sintió que el hombre se le escapaba, lo soltó y pasó al siguiente. El lobo, con el conocimiento del hombre que ahora estaba enterrado en lo más profundo de su ser, susurró que el objeto brillante que sostenía el enemigo era malo y debía ser manipulado antes de matarlo. El lobo saltó, golpeándolo y alejándolo, haciendo que emitiera un fuerte sonido al chocar contra el suelo.

El lobo mordió primero el brazo del hombre y luego se soltó y fue a por su garganta. La sangre llenó la boca del lobo, que corrió por su lengua y llenó su garganta de un sabor bondadoso y cobrizo. Demasio tiempo llevaba el lobo ansiando el sabor de la presa y, por fin, ahora se le permitía hacer lo que deseaba: saborear el momento. La dulce libertad le incitó a seguir adelante, dominado por el deseo de más sangre. Dejaron de ser personas para el lobo y empezaron a parecer presas.

Y era un experto cazador.

El juego era casi demasiado fácil, pero aun así el lobo disfrutaba con él. Mataba donde se le permitía, porque para eso había sido creado.

Los demás no eran rivales para él. No tenía nada que perder. Ellos lo tenían todo. Les haría pagar por causar dolor al hombre que llevaba dentro. Sabrían lo que era herir, sufrir y luego morir a manos del lobo.

Capítulo Diecisiete

JAMES TIRÓ con más fuerza de la pequeña doctora, metiéndola de cabeza en la celda, antes de dar una patada a la puerta para intentar cerrarla. Le dolía todo. La pistola aturdidora de la doctora no se parecía a nada que le hubiera aturdido antes. Tenía un golpe tremendo. Aún no sentía los pies y sospechaba que era lo mejor. Así no podría sentir el dolor. Tenía la sensación de que, cuando se le pasasen los efectos, volvería a desear estar entumecido.

Tiró más de Mercy hacia su regazo, intentando mantenerla a salvo. Duke no era él mismo. Se había perdido en la sed de sangre y la rabia. En su estado actual, podría herir a Mercy sin querer y la pequeña doctora ya había sufrido bastante.

Había hecho lo que había dicho que haría hacía meses.

Había conseguido ayuda, pero a un gran coste para sí misma.

Pero a un gran coste para ella misma.

James había pasado los últimos diez años intentando enmendar pecados del pasado y no podía evitar pensar que, si ella no lo conseguía, él pasaría el resto de su vida intentando compensarlo.

La atrajo hacia su regazo. Todo en él le dolía y nada quería que funcionara como debía. Su brazo izquierdo estaba totalmente inutilizado. No estaba seguro de poder recuperarlo. Desconocía el alcance de sus heridas.

Mercy gimió suavemente y empezó a volver en sí. Volvió a quedarse dormida y James apretó los dientes. Maldita sea. Debería haberle dejado.

Ella no debería haber ido a buscarlo. Debería haberle dejado morir. Él se merecía la muerte. Ella no.

Los sonidos de los gruñidos de Duke llenaron la zona. Los gritos de los guardias resonaban. James no sentía remordimiento por su muerte. Todos eran siniestros en cierta medida. Algunos más que otros.

Los científicos también habían sido así. Todos menos unos pocos elegidos.

Mercy era una de esas excepciones. Había habido otra. Ahora se había ido. Se había ido antes de que llegara Mercy, y James se preguntaba a menudo por ella.

Corbin apareció justo fuera de la celda. Echó un vistazo dentro y James supo cuál sería el espectáculo que presentarían él y el pequeño médico. No era agradable.

Tragando con dificultad, Corbin le hizo un gesto con la cabeza. «James».

«Por ahora estamos bien. Detén a Duke. La sed de sangre se lo ha llevado».

«Mierda», dijo Corbin.

Striker fue el siguiente en aparecer. Llevaba el pelo más largo de lo que James recordaba. El

escocés le dedicó una sonrisa. «Me alegro de verte, aunque tienes un aspecto horrible».

«Gracias», respondió.

«¿El médico?», preguntó Striker.

«Nada bueno».

Corbin dio un golpecito a Striker. «Duke ha cambiado y su sed de sangre es insaciable».

«Joder».

«¿La tienes?», preguntó Corbin.

«La protegeré hasta mi último aliento», respondió James. Tenían que preocuparse de acorralar a Duke antes de que arrasara el lugar transformado en lobo.

Capítulo Dieciocho

MERCY ABRIÓ LOS OJOS, con la cabeza pesada pero sin dolor en el cuerpo. Qué extraño, acababa de echar una cabezada, o eso creía, y ahora sentía dolor. ¿Qué había ocurrido?

Giró la cabeza para observar su situación. Las paredes blancas que la rodeaban la dejaron sin aliento. Se parecían a las paredes de los laboratorios de la Corporación. ¿La había llevado la Corporación? ¿Era ahora un sujeto de pruebas?

Dios mío.

Casi gritó. Su mente se agitó con todas las cosas horribles que la Corporación le haría como castigo por los problemas que había causado. No le mostrarían ninguna bondad y, fuera lo que fuera Bertrand ahora —el monstruo en que se había convertido—, la mataría lentamente. Estaba segura de ello.

No reconocía esta sala como parte de las instalaciones en las que había trabajado, pero sabía que la Corporación tenía más de una ubicación. Nunca la encontrarían. Podía estar en cualquier parte. Nunca llegaría ayuda porque la Corporación podía hacer desaparecer a alguien sin dejar rastro.

Y Duke... Oh, Duke. Nunca volvería a verle.

Otro pensamiento la sacudió: ¿había sobrevivido? ¿Y si lo habían capturado o, peor aún, matado?

Un grito primitivo amenazó con desgarrarla. Se agitó para controlar sus pensamientos. No daría a la Corporación la satisfacción de saber que habían ganado.

«Aquí estás, muchacha», dijo una voz profunda y familiar, cuyo sonido la alertó de que no estaba retenida por la Corporación. De lo contrario, era imposible que Striker sonara tan tranquilo: «Me preguntaba cuándo te despertarías, dormilona».

«¿Striker?», preguntó con la boca seca mientras el pánico se alejaba de su pecho.

El gigante se acercó a la cama en la que ella estaba. Le tendió un vaso de agua. Ella bebió un sorbo de la pajita. Se dio cuenta de que tenía el brazo derecho vendado y un ojo morado. Parecía que había tenido una buena pelea. «¿Dónde estamos?

—Estamos a salvo y en Londres— dijo. «Que sepas que solo acepto quedarme aquí por ti. Inglaterra y yo no coincidimos».

Se rió suavemente. «No lo creo. ¿Y James?».

Striker asintió con la cabeza. «Se está recuperando bien, gracias a ti».

«¿Duque?», preguntó Mercy, con la preocupación por él calándole hasta los huesos. Debería haber estado cerca de ella cuando se despertó. El hecho de que no estuviera la aterrorizaba.

Lamiéndose los labios, Striker apartó la mirada. «Bueno, esa es otra historia».

Se incorporó rápidamente y la cabeza le dio vueltas. Se tocó la sien con los ojos muy abiertos, con el miedo atenazándole el corazón. —¿Está muerto?

—Och, no. No está muerto. No puede estar a tu lado». Miró hacia el otro extremo de la habitación y se dio cuenta de que había un gran agujero en la pared, que daba al suelo. «Aunque lo ha intentado en más de una ocasión».

«¿Cuánto tiempo llevo aquí?», preguntó confusa.

«Tres días». Tragó saliva. «Nos has tenido preocupados, Doc. No vuelvas a hacerlo. ¿Me oyes?».

Ella asintió ligeramente. «Lo he oído».

«Bien».

Se abrió la puerta de la habitación y entraron Corbin y Boomer. Corbin le ofreció una cálida sonrisa al darse cuenta de que estaba despierta. —¿Cómo te encuentras?

«Cansada, pero, aparte de eso, muy bien». Se incorporó lentamente y Striker la ayudó colocándole las almohadas detrás de la espalda. «Cuéntame qué ha pasado».

Corbin frunció los labios. «Mercy, ya sabes lo que somos».

Ella asintió. «Los amigos de James».

Sonrió cálidamente. «Sí, pero también somos sobrenaturales. Cada uno de nosotros puede transformarse en animal».

Ella asintió.

Striker gimió. «Por el amor de Dios, que siento que pasan mis años inmortales, dile que Duke se ha transformado, que se ha vuelto loco y que está atrapado en su forma transformada hasta que pueda calmar su peludo culo».

Jadeando, Mercy intentó levantarse de la cama. Striker la agarró por la cintura antes de que se cayera. Miró al suelo, dándose cuenta de lo bajo que estaba. —¿A qué altura está esta cama?

Striker no la soltó, y su risa llenó la habitación. «Está hecha para hombres de nuestro tamaño. No para pequeñas cositas como tú».

—Quiero ver a Duke.

«No es posible ahora. No es muy agradable estar con él». La dejó en la cama y se dio unos golpecitos en el brazo vendado. «Ayer me arrancó un trozo».

Boomer señaló el agujero de la pared. «Y ha atravesado la pared en un intento de llegar hasta ti. Tuvimos que encadenarlo».

«¿Tenías que hacer qué?», preguntó ella con voz apenas audible. «¿Por qué?».

Corbin se acercó a los pies de la cama. «Es un peligro para ti y para los demás mientras esté sumido en un estado de sed de sangre. Duque no querría que permitiéramos que te hiciera daño».

«¿Pero querría estar encadenado?», preguntó ella.

Todos los hombres parecían culpables.

«Intentamos tranquilizarle. No se queda tumbado y no se calma», añadió Boomer. «Créeme, no queríamos tener que recurrir a eso, pero nos quedamos sin opciones».

«Tuvimos que encerrarlo durante el vuelo hasta aquí. No fue bonito, Mercy —dijo Corbin, acercándose más a ella. Se acercó más a ella. «Nunca habíamos visto a un macho en ese estado, tan fuera de control. Creemos que Duke pensó que habías muerto, lo que le impulsó a cambiar. Ahora no se puede razonar con él. Creemos que necesita ver que estás vivo y sano. Verte en la cama del hospital, inconsciente, no ayudó en nada. Empeoró las cosas».

«Llévame hasta él», dijo con severidad.

«Lass, no es una buena idea. Necesitas descansar más. El médico no te ha dado el alta».

Ella le lanzó una mirada dura y él retrocedió. «Llévame con Duke».

«¿Piensas hacer otra vez lo del brazo en el que me lanzas hacia atrás?», preguntó.

El perro levantó una ceja y preguntó: «¿De qué demonios estás hablando?». «Llévame con Duke».

«Traeré una silla de ruedas», ofreció Boomer. Salió de la habitación y volvió a los pocos minutos.

Capítulo Diecinueve

MERCY ESTABA SENTADA en la silla de ruedas a la que Corbin la había obligado, presa de la rabia. Era perfectamente capaz de andar por su propio pie. Ellos se comportaban como machos testarudos, ejerciendo su dominio sobre ella. Quería taponarles las orejas. Aunque la dejaran andar, lo cual no iba a suceder, no podría alcanzar sus orejas con facilidad. Aun así, lo intentaría si tuviera la oportunidad.

Más que eso, quería ver a Duke ahora, no esperar a que juntos la empujaran lo más despacio posible por el largo pasillo.

«¿Qué te parece esta?», preguntó Corbin, señalando otra obra de arte enmarcada. Aunque normalmente apreciaba mucho las artes, solo quería llegar a Duke y tenía la extraña sensación de que estaban prolongando la experiencia a propósito.

«Es genial». Sabía cómo sonaba: como una enfadada. Porque lo estaba. Volvió a intentar levantarse y Striker, que la estaba empujando, simplemente le puso una mano grande en el hombro, sujetándola firmemente. Ofendida, gruñó.

Se rió entre dientes. «Eso es adorable, muchacha. Hazlo otra vez».

«Voy a morderte», le dijo ella, devolviéndole la mirada. Lo decía en serio. No le importaba recurrir a payasadas de patio de colegio si con ello conseguía convencerlo. Y sospechaba que Striker solo entendía los juegos de niños.

Su largo pelo castaño le caía parcialmente sobre la cara mientras sonreía ampliamente. «Me encantaría, y lo sabes».

«Grrr». Aquel hombre era insufrible. ¿Cómo es que los miembros de su propio equipo no le estrangulaban? Ella era la que echaba a las arañas fuera en lugar de hacerles daño, y estaba considerando seriamente la posibilidad de hacerle daño a aquel hombre.

Boomer se deslizó junto a ella y, por primera vez desde que había vuelto en sí, se fijó en su atuendo. Era muy gótico, pero le quedaba increíblemente sexy. Era alto, como todos los hombres. Llevaba el pelo largo y liso, recogido en la nuca. Se sorprendió al ver que tenía piercings en las orejas, uno de ellos delineado hasta arriba. Lo que le sorprendió aún más fue que los pendientes parecían de plata.

«Miles», dijo ella en voz baja. Él la miró.

—Vi a los médicos de La Corporación utilizar plata para torturar a los Calvià. ¿No te hacen daño tus piercings?

«Sí, lo hacen», dijo con un leve movimiento de cabeza. Había una mirada lejana en sus ojos violetas. «Me gusta el dolor».

Su corazón se oprimió por él. ¿Qué pasado tenía que le llevaba a consolarse con el dolor?

Sabía lo rápido que se curaban las heridas de los machos cambia formas. Apuntaba a que, cada vez que se las sacaba todas, los agujeros se cerraban rápidamente y tenía que volver a perforarlos. Por su mirada atormentada, sospechaba que eso le gustaba.

Extendió la mano y le tocó la suya, incapaz de contenerse. Él se estremeció al principio, como si el contacto no fuera algo que le gustara, pero luego pareció respirar tranquilo y su mano encontró la de ella. Volvió a mirarla y ella sonrió al darse cuenta de que llevaba delineador de ojos negro. Era diferente a los demás miembros del equipo que había conocido.

«Me gustas», dijo.

Tuvo la sensación de que no le gustaba demasiada gente fuera de su círculo de amigos. No pudo evitar sentirse honrada. «Tú también me gustas, Miles».

«¿Cómo es que puede llamarte Miles?», preguntó Striker, con cierto mohín en sus palabras.

Boomer lo miró, aún cogido de la mano de Mercy, mientras caminaban a paso de tortuga por el pasillo. Le dedicó una sonrisa burlona. «Porque es más guapa que tú, Dougal».

«Cuando acabemos aquí, te daré una paliza que no olvidarás», advirtió Striker.

Mercy le devolvió la mirada y puso los ojos en blanco. «No. No lo harás».

«¿No?», preguntó, pareciendo pillado por sorpresa. «Creo que sí».

Dejó que su mirada se endureciera, sintiéndose de nuevo casi como una madre gallina a su alrededor. «No, te portarás bien o tendrás que vértelas conmigo».

Se aclaró la garganta y su atención se dirigió a Corbin. «Ni siquiera me llega al pecho y le tengo miedo. Explícamelo».

«Como debe ser», advirtió Corbin. «Recuerdo haberla visto convertir a un hombre en un charco de baba».

«Yo no he hecho eso», protestó ella, poniéndose una mano contra el esternón.

«Entonces, ¿vino por ahí?», insistió Corbin con una agradable sonrisa en su apuesto rostro. Cuanto más lo miraba, más empezaba a notar el leve indicio de unas cicatrices finas, blancas y apenas visibles que iban desde justo debajo de la mandíbula derecha hacia abajo. Desaparecían bajo la camisa de vestir. Estaban espaciadas como lo estarían unos dedos... o unas garras.

Si la iluminación del vestíbulo no hubiera sido la adecuada, probablemente no se habría fijado en ellas. No desmerecían en absoluto su aspecto. Todos los hombres eran especímenes de primera por derecho propio. Pero para ella, Duke era el más atractivo. Y con el que quería estar ahora, y no siendo arrastrada por un pasillo por hombres que claramente querían prolongar lo inevitable.

«¿Por qué no quieres que vea a Duke?», soltó, alzando la voz mientras en su mente circulaban todo tipo de horribles razones por las que la mantendrían alejada de él.

Corbin hizo un gesto a Striker para que dejara de empujarla. Así lo hizo. La impaciencia de Mercy crecía a pasos agigantados. Una sensación de temor empezó a llenarle el estómago. Había una razón por la que se comportaban así y estaba segura de que no le gustaría saber cuál era.

Corbin suspiró. «Duke está atrapado en estado de lobo, Mercy. No querría que lo vieras en ese estado. En unos días, saldrá de la neblina de la sed de sangre».

«Eso esperamos», añadió Striker, lo que le valió una mala mirada de Corbin. Striker se encogió de hombros, como si no le importara nada. «¿Qué? Es un genio. ¿No crees que se va a dar cuenta de que cuanto más tiempo permanezca Duke encerrado en su forma de lobo, menos probable será que pueda salir con facilidad?».

Mercy jadeó y empezó a temblarle el labio inferior. Pensó en algunos de los informes que había leído sobre lo que habían hecho otras instalaciones propiedad de Dynamics Corp. Habían obligado a los pacientes a adoptar una forma alterada durante meses, incluso años. Sus resultados

no habían sido buenos ni para el paciente ni para los sujetos de prueba. «Hay que detener a la Corporación».

«Lo sabemos», dijo Corbin con cierta tristeza en la voz. «Estamos trabajando en ello. Ahora que te has levantado y estamos aquí, podemos hacer que nos ayudes a desencriptar los archivos que nos enviaste».

Mercy se quedó mirando al frente, con las emociones a flor de piel. «Basé mi encriptación en los códigos que encontré dejados por alguien que trabajó en La Corporación antes que yo. Eran buenos. Muy buenos».

«¿Puedes romperlo?», preguntó Corbin con preocupación en el rostro.

«Sí».

«Eres un verdecillo muy listo», dijo Striker.

«¿Hada?», preguntó ella, sin seguirla.

Se inclinó, dejando que su pelo cayera sobre el hombro de ella, mientras sonreía cerca de su cara. «No lo niegues. Creí reconocer el hada en ti, pero era distinto. Ahora sé de dónde lo recuerdo. Una vez salí con una chica hada. Un petardo en la cama».

Le entraron ganas de darle un cabezazo y se preguntó cuántos más sentirían ese deseo cuando estaban cerca de él. Ya sabía que Duke tenía la mecha corta cuando se trataba de Striker. Sacudió la cabeza y le apartó la cara de la suya.

Se echó a reír. «Niega todo lo que quieras, verdecillo».

Boomer le dio una palmada en la mano. —Conviértelo en sustancia viscosa. Así aprenderá».

«Lo estoy considerando seriamente», respondió, mirando a Striker por encima del hombro. «Ojalá hubiera sido yo quien se lo hiciera al guardia en primer lugar».

Boomer se movió ante ella, con la mano de ella en la suya mientras se inclinaba, poniéndose a la altura de los ojos. «Doc, fuiste tú. Tu magia me invadió en Francia. Se me da mejor percibir la magia que a los demás. Fuiste tú. Solo que no quieres admitirlo».

Pensó más en sus palabras y en la anomalía de su ADN. Todo había sucedido tan rápido cuando entraron en la instalación. Lo único que recordaba vívidamente era que Duke y los demás habrían resultado heridos si el guardia hubiera utilizado el dispositivo que llevaba. Recordó haber pensado que, por encima de cualquier otra cosa, no se podía permitir que el guardia activara el arma. Entonces, todo se oscureció para ella. Pensó en el extraño hormigueo que había recorrido su cuerpo y en cómo se había sentido obligada a levantar las manos. Cuando volvió a tener un momento de lucidez, estaba en brazos de Duke, diciéndole que todo iba bien.

La comprensión de que tenían razón, de que le había hecho eso a un hombre, la golpeó con fuerza. Se hundió en el asiento de la silla de ruedas e intentó soltar la mano de Boomer. Él se negó. Le tocó la mejilla y ella se sintió cautivada por su rostro, tan exóticamente bello y, a la vez, totalmente masculino. Había comprensión. Como si comprendiera la confusión en la que ella se encontraba en ese momento.

«Doc, no pasa nada por ser diferente».

Oírselo decir de algún modo lo hacía mejor. Era muy diferente y parecía aceptarlo. Casi soltó una risita al verle con una camiseta ajustada de Danzig. Sus pantalones negros no eran algo con lo que uno imaginaría a un agente especial. Eran ceñidos en todas las zonas adecuadas, pero holgados en otras, con hebillas a cada lado desde el dobladillo hasta la cintura.

También eran de plata, pero con forma de murciélago.

«Murciélagos», dijo, señalando las hebillas.

Guiñó un ojo. «Les despista».

«¿A quién echa?», preguntó.

Sonrió. «A cualquiera le dejo algo cerca».

«Son de plata de verdad», dijo.

«Sí».

Al hombre le gustaba torturarse.

Qué tristeza.

«Gracias por decirme que no pasa nada y que soy diferente, pero que ser diferente no es malo», dijo.

La sorprendió dándole un beso diminuto en la frente. Se levantó y retiró la mano de la de ella. Por la forma en que Corbin y Striker permanecían extrañamente callados, con la boca abierta, se preguntó si se trataba de un gran avance para Boomer.

«Puede que Duke no te reconozca», dijo Boomer en voz baja. «En este estado, podría no entender quién eres para él».

Corbin se acercó a ella, con aire pensativo. «Quédate atrás hasta que estemos seguros de que es seguro que estés cerca de él».

«No es seguro para nadie estar cerca de él», dijo Striker, dándole un pequeño apretón en los hombros. «El idiota va a ser el gilipollas de la semana, por esto durante meses».

«De acuerdo», añadió Boomer.

«No estaba seguro de que nadie pudiera superar tu intento de apareamiento», añadió Corbin. «Ha sido un clásico».

Boomer se sonrojó.

Striker resopló.

—Al menos siempre te quedará el zoo.

«Cómeme», respondió Boomer.

Mercy no estaba segura de lo que estaban hablando. Le dio un golpecito en la mano de Striker. —¿Puedes llevarme hasta él ahora, por favor?

«Sí». Empujó la silla de ruedas hacia el interior de la celda, revestida de bloques de hormigón. Parecía una gigantesca zona reforzada hecha para resistir casi cualquier cosa. Dicho esto, la habitación había recibido una paliza. Allí, en el fondo, yacía un enorme lobo negro, más grande que cualquier lobo que ella hubiera visto jamás. Era enorme. Levantó el pelo y olfateó el aire. Lo siguiente que supo Mercy fue que saltó y se abalanzó sobre Boomer. Si el lobo no hubiera estado encadenado por el cuello, podría haberle arrancado también un trozo a Boomer.

«Duke», dijo ella con voz queda. Hace un año, nunca habría creído que existieran hombres capaces de transformarse en animales. Su visión de la vida había cambiado mucho. Si los hombres no le hubieran explicado que la llevaban a ver a Duke, tal vez no habría creído que el lobo era él. Por otra parte, tenía los ojos negros de Duke.

Y, al parecer, también su temperamento.

El lobo siguió gruñendo a Boomer, enseñándole los dientes. Parecía que lo único que quería era arrancarle un buen pedazo a Boomer.

—¡Para! Está viva y aquí —dijo Boomer, señalando a Mercy. Había una nota de desesperación en su voz y ella supo entonces que a Boomer le preocupaba que Duke no volviera de lo que fuera, que lo mantenía en forma de lobo.

El lobo no parecía comprender lo que decía Boomer. Fue entonces cuando lo comprendió: Boomer lo había encadenado para protegerlo a él y a Duke. No era para ser crueles, sino para proteger tanto a los demás como a Duke. La sed de sangre que habían mencionado la dejó en un estado de confusión. Le partía el corazón saber que la había provocado. Corbin le había explicado por qué Duke se había desplazado: había visto su cuerpo destrozado y probablemente

había supuesto lo peor.

Le dolía el pecho mientras le asaltaba la culpa. Esto era obra suya. Nunca habría perdido así el control si ella le hubiera hecho caso. Si se hubiera quedado quieta y le hubiera dejado despejar la zona en la que James estaba retenido. Había estado demasiado concentrada en llegar hasta James para pensar en nada ni en nadie más, y el coste de sus acciones estaba ante ella: encadenada a una pared. Mercy intentó levantarse para ir hacia él.

Striker le puso una mano en el hombro para mantenerla en su sitio con muy poca presión. —Lass, no es seguro estar cerca de él. Ya le has visto. Ahora necesitas descansar».

Intentó girar la silla de ruedas y apartarla de Duke. Mercy reaccionó y salió disparada de la silla con más fuerza de la que pretendía. Sintió que Striker la agarraba, sus dedos resbalaron y cayó de bruces sobre Duke. Chocaron contra el suelo y ella rodó a su lado. Tuvo medio segundo para preguntarse si se la comería. El pensamiento y la preocupación fueron fugaces. Le dio un codazo con el hocico y luego le lamió la mejilla, sintiendo la lengua como papel de lija.

Se echó a reír.

Los demás intentaron acercarse. El lobo se volvió y les gruñó cuando intentaron acercarse. Levantaron las manos.

«Duke», dijo Corbin. «Solo queremos que Mercy esté a salvo».

Mercy descubrió que su mano se movía hacia la parte superior de la cabeza del lobo. Lo acarició como lo haría con un perro cariñoso.

Él se giró, bajó las orejas y el hocico lo empujó contra ella. Miró a Corbin. «No me hará daño. Lo sé con todo mi ser».

Striker no parecía convencido.

Boomer, por su parte, se echó hacia atrás y bajó los brazos. —Ella tiene razón. ¿Lo sientes? Duke está liberando energía de apareamiento. Sabe quién es ella para él, al igual que su lobo».

«¿Y si su lobo intentara montarla?», preguntó Striker, antes de sonrojarse y mirar en su dirección. «Lo siento».

Se encogió de hombros y siguió acariciando la cabeza del lobo. «No me hará daño. Puedes irte».

Corbin negó con la cabeza. «Piedad».

Ella le miró fijamente. «Vete».

Hizo una seña a Striker y Boomer se marchó sin incidentes. Corbin fue el último en salir de la habitación. Dejó la puerta abierta y ella sospechó que todos estaban de pie junto a ella. Se preocupaban por ella. Eso era agradable. Se preguntó si así se sentía la familia.

El lobo se acercó más a ella, empujándola con el hocico. Sonriendo, volvió a frotarle las orejas. —Yo también me alegro de verte, aunque ahora preferiría al hombre. Necesito que me abraces, pero probablemente no tengas muchas ganas de consolarme, ¿verdad?».

En un segundo, tenía piel bajo la punta de los dedos y, al siguiente, pelo largo y sedoso.

Jadeando, se sacudió y se apartó ligeramente de Duke, que ahora tenía forma humana.

Una forma humana muy desnuda.

Tragó saliva.

—¿Piedad? —preguntó Duke, con la voz baja y más grave de lo normal. Parecía confuso.

Ignoró su desnudez y le tocó la cara desaliñada, con los ojos cada vez más húmedos. —Eh, tú.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, pareciendo desorientado —.

«Dijeron algo sobre cambios y sed de sangre».

Aspiró un gran suspiro e intentó apartarse de ella, como si temiera hacerle daño. Eso era una

tontería. No se la había comido cuando había tenido la oportunidad. Se sentía segura con él.

Mantuvo las manos en su sitio, relajándose más, casi tumbándose contra él en el suelo. Sus manos fueron a parar al collar que le rodeaba el cuello y las lágrimas lograron escapar. Entonces se dio cuenta de que, en su forma de lobo, su cuello había tenido el mismo tamaño que en su forma humana.

Menudo lobo.

Intentó deshacerlo varias veces, pero lloraba demasiado para avanzar.

Duque le tocó la mejilla y negó con la cabeza. «No. Lo hicieron porque no tenían elección. Estoy seguro de ello». Apartó la mirada un momento y se tensó.

—Estabas tendida en un charco de sangre. No te movías».

«Me he dado un buen golpe, pero ya estoy bien. Te lo prometo». Odiaba ver cómo se castigaba por lo que había pasado. No era culpa suya. Su estupidez había provocado que le hicieran daño. Se inclinó y sus labios tocaron la cadena del cuello de él. Besó el lugar, odiando verle así. «Dime cómo te quito esto».

El duque se puso rígido, como si recordara el espectáculo que presentaba. «Por favor, Mercy, vete. Desharán esto y luego podré asearme y vestirme».

Su mirada bajó por el torso acerado y se detuvo en la polla. Era enorme y dura. No podía apartar la mirada. «Los informes eran ciertos. Eres más grande que la media de los machos. Mucho, mucho más grande».

Duke la cogió por debajo de la barbilla con un dedo y la obligó a levantar la mirada. La suya parecía hambrienta y eso la excitó. «No vuelvas a hablar así de otros machos. Ahora vete antes de que haga algo para lo que no estás preparada».

Tenía la ligera sospecha de que algo de lo que le había advertido tenía que ver con su pene. El deseo se apoderó de ella y Duke olfateó el aire en el mismo momento en que el interior de sus muslos empezaba a humedecerse.

«Piedad, vete», suplicó.

«No». No iba a volver a ninguna parte.

«Doc, te has hecho daño y me parece que aún estás dolorido. Ahora no te cogeré. No te haré más daño —dijo, haciendo fuerza contra su cadena.

Pasó las manos por los duros planos de su pecho. Estaba esculpido de una forma que ella nunca había soñado, que pudiera tener un hombre. Aunque nunca había pensado demasiado en el sexo, comprendía el proceso. De hecho, probablemente sabía más sobre el sexo que un veterano experimentado. Comprendía las respuestas de su cuerpo ante él, pero nunca había soñado con las sensaciones que acompañarían a la experiencia.

No deseaba nada más que tener a ese hombre dentro de ella. Entregarse a él por completo. Su boca se estrelló contra la suya y su beso fue posesivo, exactamente lo que ella necesitaba. Sus manos encontraron su pelo y le sujetaron la cabeza, controlando su beso, haciendo que todo su cuerpo se encendiera de ardiente necesidad.

Duke se deslizó sobre ella, con su enorme cuerpo, haciéndola sentir muy pequeña en comparación. Le tocó la bata de hospital y gruñó suavemente. Ella le acarició la mejilla. «Estoy bien. Te lo prometo».

«Voy a matarle», dijo con voz dura. El odio brotaba de él en oleadas. —Bertrand.

«Lo sé», susurró, y sus labios encontraron los suyos. Una oleada de placer la recorrió. Quería que se concentrara en ella, no en Bertrand. Duke y su equipo localizarían al médico enloquecido y se asegurarían de que no volviera a hacer daño a nadie. Tenía mucha fe en ellos. Por ahora, solo quería a Duke con ella, queriéndola.

Le metió la mano por debajo de la bata y su lengua se deslizó por la de ella, excitándola aún más. Cuando Duke le metió la mano entre las piernas, Mercy se puso rígida. La besó más profundamente, haciendo que dejara de preocuparse por su inexperiencia.

Separó sus pliegues y ella casi se derritió contra él mientras le frotaba el clítoris. Jadeó en su boca y sus manos encontraron la cadena que llevaba al cuello. Estaba a punto de insistir en que trajeran a uno de los dos para quitársela cuando Duke le introdujo un dedo, desgarrando su barrera virginal. El dolor fue pasajero y ella se retorció contra la mano, mientras el placer de su pulgar frotando su clítoris hinchado ahuyentaba cualquier incomodidad.

«Apretada», dijo, apartando ligeramente la boca de la de ella. «Demasiado apretada para aceptarme, nena».

Confundida, se agarró a él mientras se deslizaba a lo largo de su cuerpo, arrancándole la bata con una mano llena de garras. Jadeó y luego sonrió al ver la cruda necesidad en el rostro de su hombre. Y, sin duda, supo que era él.

Y qué hombre era.

Levantó la vista de entre sus piernas y la expresión de su rostro lo decía todo. Iba a hacerla gritar como le había prometido. Mercy nunca había sido tan feliz.

Él le metió la cabeza entre las piernas y estuvo a punto de estallar allí mismo. Nunca había sentido nada igual. Nunca se había sentido así, dándose placer a sí misma. Le lamió la raja con la lengua y le pellizcó el clítoris, acercándola cada vez más al orgasmo.

Jadeando, se agachó y le entrelazó los dedos en el pelo, acercándole la cabeza. Él rio en su coño y Mercy inclinó la cabeza hacia atrás, encontrando el éxtasis.

Capítulo Veinte

DUKE no se cansaba de saborearla. Maldita sea, la mujer estaba tensa y húmeda. Respondía a cada una de sus caricias como debía hacerlo una compañera. Sentirla correrse alrededor de su lengua hizo que su pene cobrara vida. Quería penetrarla y rápido. Más que eso, el impulso de reclamarla como suya le golpeaba la cabeza. Había pensado que la había perdido una vez. No dejaría que el momento se le escapara de nuevo.

Ella era suya, y ya era hora de que tomara lo que le pertenecía.

Volvió a introducirle un dedo y esperó a que su cuerpo se adaptara a él antes de añadirle otro. Le lamió el capullo hinchado, haciéndola gemir. Sonrió, porque le gustaba cómo reaccionaba.

Cuando sintió que ella estaba lista, se relajó y se deslizó sobre ella, con la polla empujando en su entrada. Ella abrió más las piernas y Duke la penetró de un largo empujón.

—¡Duque! —gritó ella, clavándole las uñas en los brazos, sacándole sangre y espoleándole a seguir adelante. La pasión desenfrenada se reflejaba en su cálida mirada. Él bombeó dentro de ella una y otra vez, perdiéndose en su cuerpo, apretado, cálido y húmedo.

Ella hizo lo impensable: levantó la cabeza y lamió la sangre que se acumulaba cerca de las marcas de los arañazos de sus brazos. En cuanto su lengua entró en contacto con su sangre, el lobo que llevaba dentro rugió y le exigió que hiciera lo que debía hacer.

Alargó los dientes e inclinó la cabeza, acercando la boca a la parte superior de su pecho. Empujó más profundamente y sintió cómo ella se estrechaba a su alrededor, cómo su espalda se arqueaba y el olor de su crema inundaba sus fosas nasales. Duke mordió y la sangre le llenó la boca. Tragó y luego lamió la herida; las capacidades curativas naturales de su saliva cerraron la herida y la curaron casi al instante. Perdió el control y se corrió a chorros dentro de ella.

—Mío —gritó, manteniéndose firme en ella mientras el placer le sacudía el cuerpo.

«Tuyo», dijo ella, lamiéndose el labio inferior.

«Y yo soy tuya, Doc. Lo siento».

Le tocó el labio inferior y se le humedecieron los ojos. «No lo seas».

Se inclinó y la besó apasionadamente, sin dejar nada a la imaginación en cuanto a lo que pensaba de ella. Su pene quería otra ronda. Tuvo que esforzarse para no cogerla. Necesitaba un momento. No era tan caballeroso como para no apartarse de ella. No podía. Se sentía demasiado bien.

La miró fijamente, tan feliz que ni siquiera encontraba las palabras adecuadas. «No te odio».

Ella soltó una carcajada y le pasó la mano por la mejilla con ternura. «Yo tampoco te odio, Duque. Ni mucho menos».

Empezó a moverse de nuevo dentro de ella, necesitaba más de ella, al tiempo que odiaba

haberla tomado mientras estaba encadenado y sobre un suelo frío y duro. Estar dentro de ella era demasiado agradable para detenerse. Así que siguió adelante.

Le rodeó con las piernas y llevó las manos al cuello de su camisa. Lo sujetó y tiró de él. «Más fuerte».

«Sí, Doc». Hizo lo que ella le pedía, apartando la gruesa cadena, haciendo que se deslizara por su espalda mientras hacía el amor con su mujer. Sabía lo animal que era todo aquello. El lobo formaba parte de él y no se avergonzaba de ello. Le caían gotas de sudor mientras seguía penetrando a su mujer.

Sin duda, era su compañera. Él la había reclamado y ella lo había aceptado, reclamándole a su vez.

Duke mantuvo su peso apoyado en los brazos, con los músculos tensos, mientras encontraba el paraíso dentro de su mujer. Nunca había sentido algo tan perfecto.

«Piedad», susurró, y movió los labios con los suyos una vez más.

Ella lo besó con lujuria, haciendo que alcanzara el clímax. Se le infló la bolsa y eyaculó dentro de ella, sacudiendo su cuerpo al hacerlo. Ella le apretó los brazos, sacudiéndose contra él, disfrutando también de él.

Sonrió a su pequeño médico, sintiéndose más dichoso que nunca. Maldita sea, si no se sentía como si tuviera muy poco que odiar en el mundo.

Ella le había cambiado para mejor, sospechaba firmemente.

Se apartó de ella y lloró la pérdida de su tacto de inmediato. Inclinó la cabeza y le besó la punta de la nariz. —Vamos a levantarte del suelo y luego podremos limpiarnos. Siento haberte llevado por este camino».

«No, no lo eres», dijo ella, sentándose. «La verdad es que no».

Le cogió el pecho y le apretó el pezón con los dedos. «Tienes razón. No lo siento tanto».

Ella le regaló su estrafalaria sonrisa.

Duke negó con la cabeza. «Sigue así y me negaré a dejarte salir de aquí».

«Estás encadenado. Puedo irme cuando quiera», se burló.

La cogió por la cintura y la estrechó contra él. Ella jadeó. Él sonrió.

—Te seguiría hasta el fin del mundo. Nunca me dejarías».

«¿Es esto un argumento de venta?», preguntó riendo suavemente.

Cogió su mano y la guio hasta su erección. A Duke le preocupaba vivir empalmado de por vida cerca de ella, sin saciarse nunca. «Esto es».

Se puso de rodillas y movió las cejas. «De acuerdo, te concedo eso. Es un argumento de venta».

Estaba tan increíblemente sexy allí ante él que Duke no pudo contenerse mientras la levantaba suavemente y la giraba, colocándola sobre las manos y las rodillas ante él, asegurándose de que tenía suficiente juego con la cadena para moverse libremente detrás de ella.

Su culo era perfecto. Lo recorrió de arriba abajo antes de introducir un dedo en su húmedo interior. Ella gimió y se balanceó contra él. Su médico era una descarada. Y a él le encantaba.

La quiero.

Aquel pensamiento le cortó la respiración. La amaba. Sintió una oleada de alegría al coger su pene y guiarlo hasta su entrada. Esta vez empujó lentamente, sabiendo que así se sentiría aún más grande por detrás.

Golpeó el suelo y asintió, devolviéndole la mirada con anhelo en su expresión. Sin duda era un duende. Eran insaciables y ella no mostraba signos de ralentización.

Un verdecillo pelirrojo.

¡Era el hombre más afortunado del mundo!
Y él lo sabía muy bien.

Capítulo Veintiuno

MERCY nunca se había comportado de manera tan salvaje ni había sido tan libre con sus deseos. Se sentía una mujer nueva, una mujer cambiada, y tenía que agradecérselo a Duke. Afloraron emociones que no debería sentir por él, confundiéndola mientras la penetraba por detrás. Tanto placer, tanta pasión y tantos sentimientos de amor.

Apenas le conocía. No debería amarle. Todavía no. No tan pronto. Era una mujer racional. El sexo no equivalía al amor. Sin embargo, amaba al hombre que la llenaba. Como si lo hubiera amado toda su vida.

Compañeros.

Las palabras rebotaron en su cabeza mientras él la agarraba del pelo y la sujetaba con fuerza mientras la penetraba más profundamente. Ella gimió de placer porque él la llenaba por completo. El hombre parecía no acabar nunca. Le tiró del pelo, obligándola a echar la cabeza más hacia atrás. Se inclinó sobre ella, apretando su cuerpo contra su espalda, y la sensación de su torso acerado contra su piel casi la hizo alcanzar el clímax. Se balanceó contra él, deseando más de lo que le ofrecía.

Bienaventuranza.

Arqueó la espalda mientras él la penetraba. Clavó los dedos en el suelo, haciendo todo lo que podía para intentar anclarse a tierra. Sería muy fácil caer en un estado de placer sexual. No quería perder el control así, pero estaba peligrosamente cerca de convertirse en una mentirosa.

Duke le besó el hombro y luego se lo mordisqueó, sus dientes parecían más afilados de lo que deberían. Ella había pensado lo mismo cuando él le había mordisqueado el pecho. Había sentido dolor, pero solo un poco antes de que el placer la invadiera. En lugar de preocuparse, la idea de que pudiera morderla la excitaba aún más. Mercy empujó contra él.

Apenas podía pensar con el cuerpo de él entrando y saliendo del suyo con tanta fuerza. Su cuerpo se estremeció en torno al suyo y perdió el control, sumiéndose en un éxtasis erótico. Duke golpeó con más fuerza, prolongando su orgasmo.

«Di que eres mía», me ordenó. «Quiero oírlo otra vez».

«El tuyo».

Sintió una presión en el hombro y, entonces, una intensa gratificación lo invadió, acompañada de una extraña sensación de zumbido en el aire que la rodeaba. Sintió como si alguien la estuviera atando a Duke desde dentro hacia fuera con el hilo más fino y resistente.

Lo siguiente que supo fue que tenía la palma de la mano ante ella, lo bastante abierta como para que manara sangre. Mercy no pudo contenerse y acercó los labios a la herida y la lamió. En cuanto la sangre corrió por su lengua, otro orgasmo se apoderó de su cuerpo. Se estremeció

cuando Duke la penetró profundamente, manteniéndose firme y liberándose dentro de ella. Había oído que la gente veía estrellas en momentos así y siempre había pensado que era solo una expresión. Pero cuando el blanco estalló tras sus párpados cerrados, supo la verdad. Acababa de follársela hasta los sesos y el dicho estaba totalmente justificado.

Se sentía borracha de pasión. Pero, más que eso, se sintió conectada a Duke en un nivel más básico. Sabía que lo que acababa de ocurrir entre ellos trascendía el simple sexo. Fuera lo que fuese, la había cambiado para mejor.

Él se retiró y ella se volvió para mirarle, intentando comprender qué había ocurrido exactamente. Se llevó la mano al hombro y luego al pecho. La había mordido.

No, hizo mucho más que eso, pensó ella. Me reclamó.

«¿Qué significa esto?», preguntó ella con voz débil, preocupada por que él pudiera arrepentirse de lo que había hecho.

Duke le dio una palmada juguetona en la nalga, haciéndola chillar. «Significa que me perteneces».

Levantó una ceja. «No pertenezco a nadie. Soy mi propia persona».

Volvió a darle un azote y le frotó el punto con el que su mano había hecho contacto en el trasero. «No es cierto, Doc. Verás, a los ojos de la comunidad sobrenatural, ahora somos marido y mujer», le dijo inclinándose hacia ella y abriendo mucho los ojos.

Mercy se desmayó.

Duke la agarró por la cintura, tirando de ella para que descansara contra su cuerpo, de espaldas a él. —Te tengo, nena —.

Bebé.

Oír la palabra la hizo sentir más pánico. No habían utilizado protección. Ella lo sabía. Comprendía los riesgos, pero ¿cómo había podido perder la cabeza de manera tan completa cuando se trataba de él?

Porque sois compañeros. Es el destino.

Jadeó.

—¿Duque?

«Sí, Doc», dijo él, y su mano se relajó al ir a buscar el pecho de ella. Empezó a juguetear con él perezosamente, como si no fuera gran cosa que él estuviera encadenado y ellos en el suelo de una celda de detención, o que acabara de decir que eran marido y mujer.

«No utilizamos protección».

«Lo sé», dijo él. Le besó el hombro y le apretó el pezón. «No nos habría servido de nada. Somos compañeros, Doc. Eso significa que ningún método anticonceptivo funciona para nosotros. La naturaleza se encarga. No tenemos elección, y antes de que te pongas nervioso, tampoco podemos transmitir ninguna enfermedad sexual. Créeme, eso ya lo investigué hace tiempo».

Ella se puso rígida y él se sacudió.

«Bueno, lo que quiero decir es que...»

Ella se zafó de él. «Exacto, ¿con cuántas mujeres has estado?».

Silencio.

Le miró por encima del hombro. Él miraba al suelo, como si la superficie desnuda y dura pudiera darle una respuesta perfecta. Una que ella quisiera oír. No la verdad, que probablemente era mucho más de lo que ella quería saber.

Maldito sea.

También estaba enfadada consigo misma por haber caído tan fácilmente en sus encantos.

«A partir de ahora, eres la única mujer para mí», dijo. «Así es como funciona».

A partir de ahora.

Las palabras parecían clavarse en ella, incitándola a picar. ¿Antes de ella cuántos habían sido? Mercy sabía que era irracional molestarse por su pasado, pero no podía evitarlo. Para ella no había habido más hombres que él. Esperaba que a él le ocurriera lo mismo, que se hubiera estado reservando para ella todos esos años.

Está claro que no fue así.

Necesitaba espacio.

Distancia.

Tiempo para pensar.

Sin él cerca.

Resoplando, cogió los restos rotos de su bata de hospital y se levantó. Duke intentó agarrarla, pero ella se escabulló de su alcance. La cadena que llevaba al cuello lo atrapó, apartándolo de ella.

«Piedad», suplicó. —Lo digo en serio. Las otras mujeres no importan. Tú eres mi compañera».

Abrumada, asintió y retrocedió para alejarse de él mientras intentaba cubrirse lo mejor que podía. «Necesito tiempo para asimilarlo todo».

Él la alcanzó. —¡Piedad!

Sacudiendo la cabeza, salió corriendo de la habitación y llegó al pasillo antes de que Striker estuviera allí, quitándose la camisa, con la mirada perdida. Le tendió la camisa. «Cúbrete, muchacha. Te llevaré a una habitación de invitados. Puedes ducharte y te traeré algo de ropa».

«Gracias», dijo ella, incapaz de contener sus emociones. No estaba segura de qué le ocurría. Quizá Duke la había destrozado. «¿Puedo ver a James cuando me haya aseado?

—¿Y tu marido? —preguntó. «No le gustará que andes detrás de otro hombre».

«Está encadenado para que se siente y se ocupe de él», dijo en voz alta, sabiendo que Duke la oiría.

«¡Lo siento!», gritó. «No sé qué hice mal, pero lo siento».

Striker se rió. «Oh, te advertí sobre las pelirrojas».

«Tenías razón», respondió Duke. «¡Valió la pena!».

Mercy levantó las manos. Eran increíbles.

Capítulo Veintidós

DUKE SE DIRIGIÓ a la habitación donde Striker había dicho que había dejado a Mercy unos cuarenta minutos antes. Cada Cuartel General de División disponía de habitaciones anexas. A menudo se necesitaban para alojar a agentes o informadores de fuera de la zona. Estaba a punto de llegar cuando Corbin y otro hombre salieron y se interpusieron en su camino.

Duke hizo todo lo posible por disimular su malhumor. Sabía que no debía armar demasiado jaleo con el hombre del Cuartel General de la División de Londres allí plantado, pero le costaba concentrarse cuando su compañero le necesitaba. Striker y Boomer lo habían dejado encadenado durante casi treinta minutos, burlándose de él antes de dejarlo libre, e insistieron en que se duchara, se afeitara y se pusiera algo que no fuera una cadena para ver a su mujer.

Duke puso cara de circunstancias, se balanceó sobre las puntas de los pies y deseó llegar a Mercy, pero al mismo tiempo fue consciente de que tenía que seguir el juego. —Coronel Lovett.

El coronel Ulric Lovett tenía mucho peso y poder en Inglaterra y fuera de ella. Descendía de su línea de licántropos reales. Como el jefe del Equipo de Operaciones Inmortales, Lukian Vlakhusha lo era para los licántropos de Estados Unidos, Ulric lo era para los de Inglaterra. No importaba lo alfa que fueras, presentabas tus respetos.

Ulric inclinó la cabeza y su pelo negro como la tinta, ondulado y largo hasta los hombros, cayó hacia delante. Su mirada azul se clavó en Duke. «He oído que te felicito».

Duque exhaló, agradeciendo que Ulric no estuviera allí para enviarle a otra misión todavía. Necesitaba tiempo con su mujer. Tenía que arreglar las cosas.

Aunque no estaba seguro de qué le pasaba.

«Conocí a tu compañera hace un rato», dijo Ulric. «Me preguntó si yo también podía convertirme en lobo».

Frotándose la frente, Duke suspiró, avergonzado de que su superior supiera de sus problemas con las mujeres. «Mierda. Lo siento».

Ulric se rió. «No lo sientas. Me pareció encantadora. Tiene información vital para nosotros y he estado en contacto con el general Newman. Nos gustaría ofrecerle un puesto en la PSI. Sería muy valiosa en nuestro departamento de investigación y desarrollo, la División B Estatal, por supuesto».

Duke estuvo a punto de protestar. Ninguna de sus mujeres funcionaría.

Corbins intervino antes de que Duke pudiera protestar. «Es una mujer de carrera. Preséntale la opción. Si la quiere, apoya su decisión. Si no lo haces, sospecho que pasarás mucho tiempo en la caseta del perro».

«Joder». Duque gruñó y entonces recordó quién estaba cerca de él. Miró a Ulric. «Perdona».

Ulric agitó una mano y se rió. «Algún día solo puedo esperar tener el mismo problema».

«Como todos nosotros», añadió Corbin. Y Duke supo que lo decía en serio. «Una pareja es algo glorioso. No la des por sentada y, hagas lo que hagas, piénsatelo bien antes de abrir la boca. Sueles tener el síndrome del pie en la boca».

Tenía razón.

Duke odiaba que Corbin tuviera razón.

Se apartaron y Corbin dirigió a Duke una mirada dura que lo decía todo. Estaba seguro de que Duke lo estropearía todo. El problema era que Duke pensaba lo mismo. No quería estropear las cosas con Mercy más de lo que ya lo había hecho, aunque seguía sin estar seguro de qué había hecho para enfadarla.

No importaba.

Estaba enfadada y eso no serviría.

Sus instintos más bajos le exigían que las cosas fueran suaves entre ellos, que no tuvieran desavenencias. Era un hombre difícil. Lo sabía. Vivir con él no sería fácil, pero ella le importaba lo suficiente como para hacer lo que fuera necesario para hacerla feliz.

Pensó en ello más que en preocuparse por ella. La quieres. Díselo.

Recorrió la distancia que lo separaba de su habitación y llamó suavemente, deseando irrumpir en ella, pero conteniéndose. Controlar su lado alfa era imprescindible con una mujer como Mercy. Lo mantendría alerta durante el resto de sus largas vidas. Y tendría una larga vida: los pichis eran inmortales. Los poderes fácticos no emparejaban a un mortal con una inmortal como compañeros de vida. Sería cruel.

Duke sabía desde el fondo de su alma que su mujer era inmortal. También estaba cabreada.

Una cosa cada vez.

Volvió a llamar a la puerta, preguntándose si estaría otra vez bailando con auriculares reductores de ruido. Sonrió al pensarlo.

La puerta se abrió y se quedó sin aliento. Ella estaba allí, con el pelo mojado, un fuerte olor a jabón y vestida solo con una camiseta extragrande de la PSI. Lo miró fijamente, con los labios en un suave mohín.

«¿Estás aquí para hablar de todas las mujeres con las que has estado en tu larga vida?», preguntó.

Espera. ¿Por eso estaba enfadada?

Al pensar en las palabras que le había dicho y en cómo probablemente le habían sentado, se dio cuenta del error que había cometido. Sacudió la cabeza y se quedó en el vestíbulo, negándose a entrar hasta que ella le diera la bienvenida. Su orgullo estaba por los suelos. Haría lo que fuera por caerle en gracia. Si eso significaba suplicar, lo haría.

«No», dijo. «Fui un estúpido y no era eso lo que quería decir».

Ella levantó una ceja, sin decir nada. Estaba claro que no le iba a facilitar la disculpa. No podía culparla.

Se lamió el labio inferior, con la garganta repentinamente muy seca. «No soy bueno con las palabras. Nunca lo he sido. Normalmente, estoy de mal humor todo el tiempo. Odio casi todo». Hizo una pausa, mirándola a los ojos. «Pero te quiero y nunca he querido nada en toda mi vida».

Se le formó una arruga en la frente. Permaneció allí lo que le pareció una eternidad, observándole, sin decir nada. El silencio entre ellos era casi ensordecedor. ¿Intentaba provocarle un infarto?

Empezó a temblarle el pulso. Nunca podría soportar que su compañera lo rechazara. «Lo digo en serio, Mercy, te quiero. Y soy un gilipollas».

Ella resopló y se lanzó hacia él. Él la atrapó, la levantó en el aire y sus labios encontraron los suyos. Podía oler su crema corporal y sabía que estaba lista para él.

Gruñendo, la besó con más fuerza, deseando devorarla. Apenas consiguió cerrar la puerta tras de sí, se dirigió rápidamente a la cama con ella en brazos.

Ella le pellizcó la mandíbula, haciendo que le costara concentrarse en no correrse en los pantalones. «Doc», suplicó.

«Dijiste que me querías». Ella le tiró del labio inferior con los dientes.

Luchó contra el impulso de permitir que su boca cambiara de forma. «También he dicho que soy gilipollas».

Se rió. «Esa parte ya la sabía».

Sonrió y la miró.

—Entonces, sobre ese sondeo anal que me ofreciste la primera vez que llamaste a la PSI.

«Yo no te he ofrecido nada de eso. Tú me lo ofreciste a mí». Ella resopló y se rió más fuerte. «Cerdo».

«Lobo», corrigió.

«Debería hacerte esperar para tener sexo hasta que te disculpes por eso también», dijo juguetonamente.

Jadeó. «¡Lo siento!»

Ella sonrió más abiertamente. «Ajá, claro».

«Entonces, ¿el sondeo anal?»

Lo besó, moviéndose sobre él, apretándose contra él. El más leve de los pitidos musicales captó su atención, deteniendo su avance. Se apartó ligeramente de Mercy y miró a un lado. Había otra de las tabletas portátiles a las que ella parecía tan aficionada y estaba haciendo ruido.

Ella chilló y luego saltó de sus brazos, dejándole allí de pie, con los brazos vacíos y la polla dura.

Odiaba de verdad la tecnología.

Levantó la tableta y tecleó varias cosas. Lo siguiente que supo Duke fue que estaba mirando la imagen de Eadan en la pantalla. El maldito hada estaba interrumpiendo el sexo con la compañera de Duke. De él emanó un gruñido grave mientras miraba en dirección al macho demasiado rubio de la pantalla.

Eadan sonrió de oreja a oreja, como el gato que se ha comido al canario. —Llamé primero al teléfono de Corbin. Dijo que estabas ocupado, pero me dio la información de contacto de Mercy».

—Le daré las gracias —dijo Duke.

Mercy se sentó en el borde de la cama y Duke tuvo que moverse a su lado para no perder de vista a Eadan. —Hola, soy la doctora Mercy Deluca y acabo de pasar los últimos veinte minutos leyendo sobre ti y tus operaciones inmortales.

—¿Mencionaban los archivos que eran gamberros? —preguntó Duke.

Mercy le hizo un gesto despectivo con la mano antes de mirar a Eadan. «Me han dicho que eres Hada».

Eadan asintió, parecía demasiado satisfecho de interrumpir a Duke. Así le agradecía a Duke que le ayudara a salvarle el culo una semana antes. Se inclinó, acercándose a la cosa a la vista, comoquiera que la llamaran. «Me lo debías, hada».

Eadan resopló.

—Todas las bromas sobre hadas vuelven a perseguirte. Piedad —dijo, centrándose en ella —.

Mercy movió la tableta para quedar centrada en el pequeño recuadro de la pantalla. «Estoy aquí. Ignóralo. Quiere sexo. Puede tenerlo cuando acabe de hablar contigo. Sí, se porta bien».

Eadan soltó una carcajada y tuvo que tomarse un momento para calmarse antes de hablar. —Green tiene los resultados de tus pruebas aquí delante —dijo Eadan, señalando al varón alto y pelirrojo que tenía cerca—. Dice que eres en parte verdecillo. También parece entusiasmado por hablar contigo».

Mercy saludó con la mano. «Eres el Dr. Thaddeus Green».

«Así es», dijo Green. «Encantado de conocerla, Dra. Deluca. He leído algunas de tus publicaciones sobre ingeniería biométrica. Estoy impaciente por tener la oportunidad de hablar en persona contigo. Eadan me ha dicho que estarás de vuelta en Estados Unidos antes de que acabe la semana».

Mercy miró a Duke con emoción en los ojos. «¿Lo haremos?».

Por mucho que deseara estar dentro de ella, no podía negarle este momento de dicha de friki científico. Asintió con la cabeza. «Sí, nena, así será».

«Oh, ¿puedo conocerle?».

Duke ocultó su risa. «Sí, Doc, puedes conocerle».

Dejó caer la tableta y se lanzó de nuevo sobre él. «¡Gracias!».

Duke echó un vistazo a la tableta y la metió debajo de la cama. Quería a su mujer, al diablo con el público.

Capítulo Veintitrés

PSI-División B Sede central-EE.UU.

DUKE ESTRECHÓ a su mujer entre sus brazos, aspiró su aroma y su cuerpo vibró de placer. No recordaba ningún momento de su vida en el que hubiera sido tan feliz. Los hombres se sentaron alrededor de la mesa de la sala de reuniones, esperando a Boomer, que llegaba tarde.

«¿Cuándo podré conocer a Tut?», preguntó Mercy, que ahora trabajaba para la ISP. Era la jefa de Investigación y Desarrollo de la división. Le encantaba su trabajo y solo llevaba una semana en él.

Corbin se aclaró la garganta. «Malik odia que le llamen Tut. Estará dentro de una semana. Se ha registrado esta mañana. Yo, por supuesto, dejo todas estas noticias para cuando él esté presente».

—Oh —dijo Mercy, mirando a Striker, que probablemente le había dicho que a Malik le encantaba que le llamaran Tut. Entrecerró la mirada y Duke observó cómo el escocés se hundía más en la silla. Estuvo a punto de reírse al ver a Striker nervioso por Mercy, pero de nuevo Duke le tenía miedo.

Había visto lo que ella podía hacer cuando alguien a quien amaba estaba en peligro.

Ella seguía negando que fuera obra suya, pero todos los hombres sabían la verdad. La piedad era poderosa, y Duke no podía estar más contento de saberlo.

Boomer entró y levantó el teléfono. «Siento llegar tarde. Uno de los centros de conservación y rehabilitación de animales salvajes que financio acaba de enviarme noticias».

Era un gran defensor de los derechos de los animales y apoyaba la rehabilitación. Todos los hombres lo eran, pero ninguno hasta el punto de Boomer. Duke sospechaba que el hombre tenía sus demonios personales y razones para todo. No preguntó.

Mercy se levantó de la silla. «¿Noticias de Lil' Duke?».

Duke gimió.

Striker se rió.

Corbin incluso parecía divertido.

Asintiendo, Boomer le entregó su teléfono. «Hay una foto de Lil' Duke».

Mercy cogió el teléfono y puso cara de confusión. «Lleva un tutú».

Boomer se rascó la nuca. —Sí, le gusta jugar a disfrazarse y esa es su pieza favorita. No pude convencerle».

Duke bajó la cabeza, suspirando, cuando el equipo empezó a reírse y a mirarle. Se desentendió de ellos. «Eh, dejad que el mono se ponga lo que quiera».

«No es un mono —respondieron Boomer y Striker al unísono, mirando a Mercy para pedir su aprobación —.

Besa culos.

Mercy se acercó y abrazó a Duke, apretando sus pechos contra su mejilla, haciéndole olvidar por qué estaba enfadado. «Deja de meterte con mi marido».

«Lo siento», dijo Boomer.

«No lo siento lo más mínimo. ¿Tú también te vas a vestir con volantes rosas, lobo?».

—Vete a la mierda —dijo Duke, tirando de su mujer hacia su regazo.

Resopló y luego se tocó el estómago, y su risa se desvaneció rápidamente. Se llevó la otra mano a la boca y palideció.

La preocupación le punzó el corazón.

Se abrió la puerta de la sala de reuniones y apareció James, ayudándose de un bastón para estabilizarse. Seguía estando demasiado delgado para su constitución y no se curaba ni de lejos al ritmo que debería, pero había insistido en que lo readmitieran en el equipo y le dieran su puesto de médico jefe en las instalaciones. Echó un vistazo a Mercy y asintió.

«Venía a buscarte para compartir las noticias sobre tu actual ronda de pruebas», dijo. Echó un vistazo a la habitación. «Le doy cinco, quizá diez minutos antes de que todos huelan la verdad».

Duke inhaló profundamente, preguntándose de qué demonios estaba hablando James. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el olor de su compañero había cambiado. Había algo diferente, nuevo. Olía aún más a él.

Confundido, miró a James.

James sonrió ampliamente. «Parece que tendrás una nueva incorporación dentro de unos nueve meses».

Mercy jadeó. «¿Estoy embarazada?».

James asintió.

Duke palideció y tuvo que respirar hondo varias veces. ¿Iba a ser padre? Tardó un momento en darse cuenta de que todos los ojos estaban puestos en él. Cuando asimiló la noticia, se levantó de un salto y se puso en pie, con Mercy en brazos. La levantó en alto, con la emoción recorriéndole el cuerpo. —¿Lo has oído?

Parecía un poco verde. «Abajo o voy a vomitar».

La dejó en el suelo con cuidado. «¿Le he hecho daño al bebé?».

Ella gimió. «Me sacudiste cuando tenía náuseas. Tienes suerte de que no me haya puesto mala contigo».

Se echó a reír. «Odio el vómito».

Sonrió débilmente.

«Pero te quiero, mujer».

Le tocó la mejilla. «Yo también te quiero, tío».

EL FIN

Sobre el autor

A Mandy M. Roth, autora superventas del New York Times y del USA TODAY, le encantan la música y las películas de los 80 y le gustaría que volvieran a ponerse de moda los calentadores. También cree que la película El club de los cinco debería ser de visión obligatoria para... bueno, para todo el mundo. Cuando no está bailando en su oficina al son de los 80 o escribiendo libros, se la puede encontrar diseñando portadas para editoriales neoyorquinas, pequeñas editoriales y autores independientes.